
SANOS
por la
PALABRA
JORGE HIMITIAN

JORGE HIMITIAN

SANOS POR LA PALABRA

Himitian, Jorge
Sanos por la palabra / Jorge Himitian ; con colaboración de Virginia Himitian. - 2a ed. - Buenos Aires : Logos, 2010.
208 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-950-9334-69-4

1. Educación Cristiana. I. Himitian, Virginia, colab. II. Título
CDD 268.4

Fecha de catalogación: 16/07/2010

Condarco 1440
(C1416AQH) Buenos Aires - Argentina
Tel. y Fax: (011) 4584 8582
editoriallogos@editoriallogos.com.ar
www.editoriallogos.com.ar

Diseño tapa e interior: Oscar Vena - oscarvena@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN 978-950-9334-69-4

CONTENIDO

PRÓLOGO A LA VERSIÓN AMPLIADA

Esta nueva versión del libro ***Sanos por la Palabra*** nos llega en una interesante y valiosa revisión y ampliación. Incrementa en un 50% la cantidad de páginas de la versión original. Esta obra, que aborda la temática de la sanidad y salud de nuestro ser interior, ha sido usado por el Señor para traer solución, liberación y edificación a miles de personas. A la vez, desde su primera aparición, ha sido una herramienta fundamental para trabajar con aquellas personas que tienen heridas interiores provocadas por el rencor, el pecado no resuelto, las opresiones satánicas y las mentiras del diablo. A través de sus páginas descubriremos las armas que tenemos en Dios para desechar la mentira y edificar nuestra mente con la verdad de Dios.

La nueva VERSIÓN AMPLIADA ofrece más ejemplos ilustrativos y una profundización temática acerca de las causas por las que se producen las enfermedades espirituales; especialmente el rencor y cómo superarlo cuando hemos sufrido injusticias, abusos y heridas muy profundas. También aborda más detenidamente las actitudes que le abren la puerta de nuestra vida al enemigo, y nos conduce en el camino de la liberación. También hallaremos un nuevo aporte acerca de lo que significa en la práctica el concepto bíblico de estar *en Cristo*, *con Cristo* y *Cristo en nosotros*.

En fin, les presentamos un libro **que ha crecido y se ha enriquecido por la reflexión bíblica y la experiencia ministerial del autor**; una poderosa batería de herramientas a nuestra disposición para hallar, en Cristo, la propia salud integral y para conducir a otros por este victorioso camino de la construcción interior por medio de la poderosa palabra de Dios.

Virginia Himitian de Griffioen

AGRADECIMIENTO

Los pastores de Recife, Brasil, me pidieron que predicara sobre el contenido de este libro en el Encuentro de las Comunidades que se realizó durante los días de Carnaval del verano del 2007. Fueron cuatro días de intensa ministración. Dios fue glorificado por su palabra. Cuando el retiro concluyó, varios tuvimos la convicción que en una próxima edición de este libro se debería incluir los aspectos que fueron predicados con mayor amplitud y claridad.

Agradezco profundamente el arduo y excelente trabajo de Paula de Figueiredo, esposa del pastor Luciano, de Recife, y al equipo que le ayudó, en transcribir las grabaciones y hacer una primera edición de todos los mensajes del retiro.

Luego las partes agregadas a la versión original fueron traducidas del portugués al castellano y editadas por mi hija Virginia de Griffioen. Gracias Vicky.

A Silvia, mi esposa, que hizo la redacción de la versión original de este libro, le estoy sumamente agradecido. Sin su valioso aporte mi ministerio no hubiera alcanzado la extensión que ha tenido por medio de la página impresa.

Jorge Himitian

PREFACIO

Cada día es más alto el porcentaje de personas que están heridas o lastimadas en su ser interior, enfermos emocional y espiritualmente. Hay mucha gente con amarguras, resentimientos, depresiones, complejos, opresiones, ataduras, temores y angustias.

El deseo y la intención expresa de Dios para con el ser humano es restaurarlo a una plena salud espiritual y emocional.

Jesús vino precisamente *«para anunciar buenas nuevas a los pobres … a sanar los corazones heridos, a proclamar liberación a los cautivos y libertad a los prisioneros … a consolar a todos los que están de duelo, y a confortar a los dolientes de Sión … a darles … traje de fiesta en vez de espíritu de desaliento»* (Isaías 61:1–3 NVI).

El propósito de Jesús al entrar a cada vida es obrar desde adentro, por su Espíritu y su Palabra, hasta llevarla a una salud total. Sin embargo, muchos cristianos, por falta de luz, dejan trunca la obra del Señor en ellos y siguen por años con depresiones, heridas interiores, complejos, temores, y decaimiento anímico.

Más de uno se resigna, con la idea de que no se puede esperar más de esta vida, y pone toda esperanza de cambio en el más allá, en el cielo.

Jorge Himitian declara que la propuesta de Dios es otra: Plena salud emocional para todo cristiano aquí y ahora.

Hay un poder sanador en la persona y en las palabras de Jesucristo que cada hijo de Dios debe experimentar.

El argumento principal de este libro consiste en señalar que la palabra de Dios es poderosa y eficaz para sanarnos interiormente y darnos vida abundante hoy. Ningún cristiano tiene que vivir en derrota. Dios ya ha puesto a nuestro alcance la victoria. *«Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó»* (Romanos 8:37).

Los temas desarrollados en este libro fueron predicados en muchos lugares por el pastor Himitian durante las últimas tres décadas, y resultaron muy edificantes para aquellos que recibieron su rico ministerio.

Volcar estos mensajes del estilo oral a la página impresa ha sido la trabajosa tarea de Silvia Palacio de Himitian, esposa del autor, a quien expresamos nuestra más sincera gratitud y reconocimiento por su excelente labor.

Nos complace presentar este libro con la seguridad de que ayudará a muchos a ser «SANOS POR LA PALABRA».

Los editores

Primera Parte

INTRODUCCIÓN

Capítulo 1

¡QUÉ LINDO ES VIVIR!

Era una hermosa mañana de verano. El pastor Alfredo Vartabedian, gran amigo y compañero en la obra del Señor por cincuenta años, y yo nos encontrábamos visitando una ciudad del interior de la Provincia de Buenos Aires. Una familia que estaba de vacaciones nos había prestado su casa. Nos habíamos levantado temprano para prepararnos para la reunión congregacional de ese domingo por la mañana. Desde la mesa donde desayunábamos podíamos contemplar, a través del amplio ventanal, el hermoso jardín de la casa. Había un sol espléndido. Una temperatura ideal de veinticuatro grados centígrados. Corría una placentera brisa. El verde del césped, los árboles, el canto de los pájaros, las flores y el celeste intenso del cielo, brindaban un marco que armonizaba muy bien con la paz interior que sentíamos en ese momento de quietud y comunión con el Señor. Y vino a mi corazón esta reflexión: ¡Qué lindo es vivir! ¡Qué linda es la vida tal y como Dios la creó y la planeó! ¡Qué hermoso es conocer a Dios y tener comunión con él; saber que él es nuestro Padre y que nos ama tanto! Y así comenzamos a expresarle a Dios nuestros sentimientos de gratitud y adoración. Nos encontrábamos en uno de esos momentos de plenitud en los que desearíamos permanecer para siempre.

Luego mis pensamientos tomaron otra dirección y me dije: Lamentablemente hoy hay pocos que pueden decir ¡qué lindo es vivir! La mayoría de las personas están cansadas de la vida. En lo profundo de su interior hay tristeza. No son muchos los que tienen alegría y entusiasmo de vivir. Muchos sienten alegrías superficiales y pasajeras, que no logran llenar el corazón. Hoy, gran parte de las personas huye de su ser interior. Cuando están a solas, sin nada que hacer, se deprimen. Necesitan siempre una actividad, un entretenimiento: música, televisión, mp3, Internet, programas, salidas, paseos, amigos, ruido, movimiento.

Es posible que algunas de estas cosas constituyan un sano entretenimiento, pero dejan de serlo si se convierten en una forma de escapar de nuestra interioridad. Pues todo acaba. Las fiestas finalizan, los programas terminan; las vacaciones llegan a su fin. Y otra vez tenemos que encontrarnos con nosotros mismos, con nuestra interioridad.

Mucha gente está dominada por un sentimiento negativo; son personas que consideran que han fracasado en la vida y se sienten perdedoras, desafortunadas, sin futuro. Se comparan con otros y piensan que no han tenido suerte en la vida. Algunos viven dominados por este pensamiento: «Algo en mí está mal y no sé lo que es».

Otros atribuyen su estado a las circunstancias negativas que les ha tocado enfrentar en la vida, falta de dinero, de una mejor casa o de un mejor empleo.

El que está enfermo cree que su problema es la falta de salud. Los que son solteros consideran que casarse es la solución. Algunos que se han casado piensan: «Mi problema es que me casé con la persona equivocada».

Debemos enfocarnos en superar o sanar el problema que está en nosotros mismos, en nuestro interior. Dios no nos prometió que todos los días brillaría el sol, o que tendríamos una temperatura ideal de veinticuatro grados. Habrán días nublados, de lluvia y hasta de terribles tormentas. Lo importante es que el sol brille en nuestro corazón permanentemente.

Capítulo 2

UNA SOCIEDAD ENFERMA

La nuestra es una sociedad con muchos conflictos psíquicos, emocionales y espirituales. La gente vive presa de ansiedades, temores, angustias. Algunos caen en intensas depresiones. Muchos están llenos de traumas y complejos que no logran superar. Tampoco faltan aquellos que se sienten atrapados por ataduras u opresiones. Estas y muchas otras circunstancias igualmente graves, han llevado a las personas a estados de preocupación e insomnio. La desesperanza ha cundido entre muchos por no ver una salida o solución. Hasta tal punto, que son cada vez más numerosos los intentos de suicidio; y muchos de ellos cumplen su cometido. Pero la muerte no es fin, sino principio de problemas para el que la enfrenta lejos de Dios.

Miles se han vuelto a la psiquiatría o al psicoanálisis en busca de alivio para los males mentales y espirituales que padecen. Llenan los consultorios. No saben qué más hacer para resolver sus conflictos interiores.

También un buen porcentaje de la población se ha volcado a las ciencias ocultas, pensando que la meditación trascendental o prácticas como el yoga podrían ayudar. Asisten a cultos espiritistas, van a los curanderos, se hacen tirar las cartas, consultan a adivinos. Realizan tratamientos por hipnosis. Acuden tanto a la magia blanca como a la negra para obtener lo que buscan: salud interior, paz, felicidad. Algunos encuentran cierto alivio, pero transitorio, porque Satanás, sumo sacerdote del ocultismo, no da nada sin pedir mucho a cambio. Y a la larga, los males espirituales se ven muy agravados a través del contacto con todas estas prácticas, que Dios mismo prohíbe. La Biblia dice que Satanás obrará milagros mentirosos en los últimos

tiempos para engañar a la gente. Él hace prodigios para extraviar a los hombres. Y lo logra con aquellos que se internan en este terreno escabroso. Verdaderamente, la nuestra es una sociedad cada vez más enferma y doliente.

CAUSAS EXTERNAS

Sobre la situación actual advierte Osvaldo Cuadro Moreno:

«La situación actual del mundo lleva más y más a la práctica de la sanación interior; según está previsto por los profesionales de la medicina, de la psicología, de la sociología, esta necesidad irá en aumento al correr del siglo, pues nuestra civilización aumenta la neurosis colectiva año a año.

Este desasosiego progresa favorecido por ciertas tendencias que hoy se han hecho universales y que son resultado típico de la civilización que vivimos:

a. Trepidación de los centros urbanos: ruidos, smog, publicidad, profusión de medios de comunicación, música irritante.

b. Agotamiento físico producido por vivir en centros urbanos sujetos a tanto fárrago y a tantas exigencias, medios de transporte abarrotados, déficit habitacional.

c. Agotamiento afectivo por causa de propuestas a menudo inalcanzables (status, riquezas, erotismo exagerado) y por incomunicación crónica.

d. Agotamiento intelectual, que viene de la cantidad de preocupaciones, conocimientos, conflictos, problemas que exceden la capacidad humana de almacenamiento simultáneo.

e. Mundo materialista incapaz de ofrecer alternativas espirituales para satisfacer lo que hay más adentro en el hombre.

f. Régimen competitivo en todos los órdenes, tanto internacional, industrial, comercial, deportivo, social, laboral, familiar, lo cual imposibilita el régimen del amor.

g. Impotencia para defenderse de situaciones caóticas gigantes, como la posibilidad de una guerra, de una depresión económica, de un sistema político despótico.

h. Aumento de la agresividad y aun de la violencia en todos los niveles, y justificación de la misma de acuerdo con los objetivos que permita alcanzar.

i. Anonimato en medio de la masa.

j. Vida familiar desprestigiada y subvertida.

k. Autoritarismo anónimo y al mismo tiempo pérdida de autoridad personal.

l. Todos los signos monetario-comerciales que han invadido las relaciones entre los hombres».[1]

Podemos resumir todo esto diciendo que vivimos en medio de una "civilización neurotizante". Esto se debe a que el progreso científico-tecnológico sin Dios y sin el respeto a sus leyes es absolutamente incapaz de brindar bienestar a la humanidad.

¿POR QUÉ HAY TANTO DOLOR?

Como hemos señalado, vivimos en una sociedad cada vez más enferma emocional, psíquica y espiritualmente. Y nos preguntamos: ¿Por qué existen tantos trastornos?

Cuando Dios creó los cielos, la tierra, las plantas, los animales, los árboles, los peces, las aves y, finalmente al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza, contempló la obra que había hecho en seis días y declaró que todo era bueno. ¡Es tan linda la creación! ¡Tan hermoso todo lo que Dios ha hecho! ¡Tan perfecta la voluntad de Dios para el hombre! Y es lo mejor porque tiene que ver con el plan que Dios se ha determinado a llevar a cabo. Si un padre o una madre desea lo mejor para sus hijos, y lo proyecta, ¡cuánto más lo hará Dios para nosotros! Él no creó esta clase de vida que vemos hoy, sino otra mucho más linda. ¡Maravillosa!

¿Por qué existe tanto dolor y sufrimiento en medio de la humanidad? Veamos en la Palabra la razón de todas las razones. Solo así podremos encontrar la solución entre las soluciones.

Dios, a través del profeta, dice en Jeremías 2:13: *«Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua».*

En eso consiste el error de la humanidad.

En este versículo el profeta señala con claridad que Dios es la fuente de vida, la fuente de la sabiduría, la fuente del amor, de la paz, de la armonía. Dios es la fuente de todo bien, de toda buena dádiva, de todo don perfecto. Él es fuente de gracia, de toda autoridad, de todas las virtudes que necesitamos para vivir, para relacionarnos unos con otros y con él. Y nosotros hemos dejado la fuente, el manantial de agua viva.

El segundo error que cometimos fue cavar cisternas rotas que no retienen agua.

Antiguamente, las cisternas eran huecos cavados en la roca. Se trabajaba mucho para lograr un depósito de agua. A veces la roca se rajaba, o tenía alguna pequeña fisura, y no era capaz de retener el agua. Uno colocaba allí el agua y al poco tiempo no había más.

Del mismo modo, la humanidad se apartó de Dios y cavó «cisternas» rotas. Las cisternas de hoy en día podrían ser las soluciones humanas que buscamos para nuestros males: nuestro

[1] Osvaldo Cuadro Moreno, *Psicoterapia de fe,* pp. 7, 8.

razonamiento, nuestras ideas, el propio criterio, la filosofía, la sociología, la psicología. Es decir todas las soluciones que el hombre se procura a través de su raciocinio, sin resolver antes el problema número uno: su alejamiento de Dios. Estas cisternas rotas también podrían ser las religiones humanas, y el cristianismo mezclado con humanismo.

SOLUCIONES SUPERFICIALES

El hombre transformó su relación con Dios en religión y tradiciones. Hoy, para la mayoría de los cristianos, tanto evangélicos como católicos, la religión consiste en ceremonias, ritos, costumbres, cultos o misas. Puede contar con una buena alabanza, un gran programa, un excelente predicador y música de alto nivel. Ya sea que se trate de un rito tradicional o totalmente renovado, se puede percibir cuando eso es apenas una religión exterior. Los predicadores religiosos solo le dicen a la gente cosas lindas: no hablan de pecado, no mencionan que el mal de todos los males es haber dejado a Dios.

Hoy estamos, ante el peligro de transformarnos en una religión amoral. Notemos que no digo inmoral, sino amoral. ¿Qué es algo amoral? Es no hacer referencia a lo que está bien y a lo que está mal. Se habla de paz, de perdón, de bendición, de poder, de prosperidad.

Nos dicen: «No sufra más». «Dios te ama». «Dios te puede ayudar». «Dios está contigo».

¡Prestemos atención! En ese tipo de iglesias no se dice que mentir es pecado. No se menciona que fornicar es pecado, ni que adulterar es pecado. Tampoco se enseña que los hijos tienen que obedecer a los padres. O que el marido debe ser amable con su esposa. No se dice que corresponde que la mujer se sujete a su esposo. No se advierte que no hay que robar. Que no se debe dar ni recibir soborno. Que no se pueden tener relaciones sexuales antes del matrimonio. ¡De eso no se habla!

Y mientras el pueblo continua en pecado, los pastores y predicadores tocan el violín. Ponen una música linda, suave, para tranquilizar a la gente, del mismo modo en que David tocaba el arpa para Saúl. Saúl era un rebelde contra Dios. El espíritu malo venía sobre él y lo atacaba. Saúl, el rey de Israel, estaba endemoniado. Y como David tenía la unción de Dios, fue contratado para tocar el arpa para Saúl. Cuando él tocaba, los demonios huían y Saúl se sentía mejor. Sin embargo, a David no le era posible tocar las veinticuatro horas, de modo que cuando se detenía, los demonios regresaban. El espíritu malo, venía nuevamente sobre Saúl.

Notemos que el efecto ambiente de la unción, junto con la música, lograba aliviar momentáneamente a Saúl. Sin embargo, su problema no tenía una solución final, no era sanado. Su mal y su rebeldía contra Dios, y su alejamiento de él no cambiaban.

Lamentablemente, en muchos lugares hoy también estamos así. Se ha creado un aparato religioso que funciona muy bien comercialmente. Hasta se montan sistemas financieros que progresan. Entonces, hablar de pecado podría significar una disminución en la participación de la gente.

Muchos dicen: «Yo ya tengo suficientes problemas en mi casa y en mi trabajo. El domingo quiero ir a 'la iglesia' y no escuchar cosas que me incomoden. Aspiro encontrar un ambiente confortable, y recibir una palabra de ánimo, con buena onda». Se trata de un evangelio 'ligth': ¡cisternas rotas que no retienen agua!

LA VERDADERA CAUSA

Hay otro texto en Jeremías 2:19 en el que el profeta dice: *«Tu maldad te castigará, y tus rebeldías te condenarán; sabe, pues, y ve cuán malo y amargo es el haber dejado tú a Jehová tu Dios, y faltar mi temor en ti, dice el Señor, Jehová de los ejércitos»*.

La vida es muy amarga cuando hay pecado. Y no existe solución posible si no resolvemos el problema básico que es el pecado, si no lo abandonamos y nos volvemos a Dios, buscando su voluntad en su Palabra.

El alejamiento de Dios y el quebrantamiento de sus leyes es la causa fundamental de los males de la humanidad. La necedad del corazón humano ha puesto al Señor a un lado, con la pretensión de edificar una sociedad sin Dios, con las consabidas consecuencias.

Por lo tanto, afirmo que la condición esencial para que se opere sanidad interior es volver a Dios por Jesucristo. Esto se produce a través del arrepentimiento y la fe en su nombre, la sujeción a su autoridad, la renuncia al pecado, a las mentiras de Satanás y al demonio.

Este principio fundamental para la liberación de los trastornos y conflictos psíquicos y emocionales es válido para todo hombre y mujer.

La mayoría de las enfermedades son psicosomáticas.

Hoy los entendidos afirman que la mayoría de las enfermedades físicas son causadas por problemas psíquicos.

Cuadro Moreno dice también:

> «Resulta un llamado de atención que las sociedades médicas adjudiquen hoy en día una importancia básica dentro de las causas de enfermedades a los desequilibrios síquicos. Se dice que el 85% de las causales, son precisamente psíquicas, y empieza a no sorprendernos, por ejemplo, escuchar teorías muy elaboradas acerca de que el cáncer generalmente tiene connotaciones psíquicas. Ciertos estados deficientes en "anticuerpos psíquicos" contribuyen en gran medida a disminuir la supervivencia del enfermo».[2]

¿Tiene nuestra sociedad recursos para subsanar esta problemática? ¿Cuenta con una terapia efectiva para enfrentar estos conflictos psicoemocionales?

[2] Íbid., p. 9.

Encomiables esfuerzos realiza la psiquiatría moderna en este sentido, pero es preciso reconocer que son más los casos que deja sin solución que los que resuelve. Su capacidad terapéutica es bastante limitada.

Por otro lado, el psicoanalista, al ayudar al paciente a descubrir mediante el diálogo la motivación más profunda de su conducta, puede justificar cualquier inconducta, explicar los factores concurrentes y las causas objetivas de determinados comportamientos, y eximir al paciente de su responsabilidad personal. Este es un procedimiento erróneo que se opone a la terapia de Dios, que opera a través del arrepentimiento.

Además, bucear en el subconsciente no significa necesariamente lograr cambios.

NEUMOSICOSOMATOLOGÍA

La psicosomatología estudia la relación que existe entre la psiquis y el cuerpo, y la influencia que esta ejerce sobre aquel, a través de la observación de los trastornos psíquicos (mentales y emocionales) que desarreglan y enferman el cuerpo (soma). Pero dado que el hombre es una unidad neumopsicosomática (espíritu-mente-cuerpo), la raíz de los problemas debe buscarse más allá, en su mismo espíritu. En la mayoría de los casos, allí se encuentra el origen del desajuste. Por lo tanto, la terapia debe ser intensa y comenzar en el espíritu. En consecuencia, Dios se constituye en el mejor psiquiatra, el verdadero Sanador.

> *Porque así ha dicho Jehová: Incurable es tu quebrantamiento, y dolorosa tu llaga. No hay quien juzgue tu causa para sanarte; no hay para ti medicamentos eficaces. Mas yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas, dice Jehová; porque desechada te llamaron, diciendo: Esta es Sion, de la que nadie se acuerda*. (Jeremías 30:12–13, 17)

¿Quién nos conoce como el Señor, y quién entiende la verdadera causa de nuestros problemas como él?

Capítulo 3

LA ÚNICA FUENTE DE SALUD

Jesús entra en la sinagoga de Nazaret un día sábado y se levanta a leer. Se le entrega el libro del profeta Isaías. Su voz clara resuena proclamando los versículos del 1 al 3 del capítulo 61:

El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya.

Nótese que el profeta habla de «quebrantados de corazón» (resentidos, ofendidos), «cautivos» (atados), «presos» (oprimidos), «enlutados» (melancólicos), «afligidos» y «angustiados»: Todos términos que describen enfermedades espirituales y psíquicas.

Entonces declara:

Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros. (Lucas 4:21)

SANIDAD INTERIOR

Jesús es el Ungido, el enviado para sanar a aquellos que sufren trastornos interiores, liberarlos, consolarlos y darles gloria, óleo de gozo y manto de alegría. Él es el Sanador, el único que puede dar salud total al ser humano.

La palabra «salvación», que aparece en la Biblia que usamos hoy, se traducía por «salud» en la versión española antigua. En realidad, el concepto que intenta expresar es más amplio de lo que se interpreta corrientemente. Vale decir que aunque incluye la idea de la liberación del alma del infierno y su admisión al cielo, su sentido encierra mucho más que eso. Se refiere a una salud total, que abarca al ser entero. Jesús viene al mundo no solo a salvarnos sino a sanarnos completamente. Su misión no es simplemente redimir espíritus para el más allá. La intención es restaurar vidas, personas en su totalidad. Convertir al hombre en un ser pleno aquí y ahora.

Dios es prolijo, meticuloso, exacto. Basta colocar una simple hoja de árbol en el microscopio para comprobarlo. Allí bajo la lente, amplificada, aparece la maravilla de la prolijidad y meticulosidad de Dios. Y así como el médico cirujano, conocedor del cuerpo humano, detecta y extirpa un tumor con su bisturí, el Señor con mucha mayor precisión puede extirpar de nosotros los males espirituales que nos aquejan. Él conoce nuestra mente, nuestras emociones, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y hasta las intenciones de nuestro corazón. Y ha provisto para nosotros una salvación completa.

Pero es preciso señalar con claridad que Jesús no es un curandero. El curandero a veces sana, pero se trata de una cura parcial, y nunca de la solución total. Además, ese manejo de demonios acarrea como consecuencia males mayores, en forma de opresiones, ataduras o aun posesión.

Jesús no viene a arreglar problemitas sino a darnos una sanidad completa. El reino de Dios trae una salud total a la vida. Cristo no pone un remiendo de paño nuevo en vestidos viejos.

Si alguien padece temores, por ejemplo, él no solo quiere quitarle sus miedos, sino descubrir las causas, las raíces mismas que los originan. Y desde allí sanar, implantando el gobierno de Dios en la vida, porque precisamente es el reino de Dios lo que restaura al hombre a una salud completa.

Por eso cuando Jesús lee Isaías 61:1–3 en la sinagoga de Nazaret, él mismo se declara el enviado del Padre para realizar la obra de restauración de todos los que están enfermos interiormente.

Jesús viene a extender la misericordia y el amor de Dios a los que sufren, a los que están abatidos, afligidos, heridos en su corazón, oprimidos por el diablo, enlutados, cubiertos por un manto de tristeza o en angustia interior. Ha sido ungido por su Padre para llevar buenas noticias a los abatidos y para vendar y curar las heridas de los que están lastimados por dentro. Jesús conoce al hombre y sabe de sus necesidades. Por eso puede, como médico divino, devolverle la salud perdida.

Muchos se han sanado de enfermedades físicas, pero sus males espirituales aún subsisten. Tienen profundas heridas interiores procedentes de experiencias del pasado. Algunas vienen desde la niñez y persisten hasta el presente. Esto se percibe en la vida cotidiana. Problemas por los que atravesaron, circunstancias adversas o pecado, causaron dolor y enfermedad en el alma y en el espíritu.

SÍNTOMAS

Hay muchas formas de exteriorizar los problemas interiores. Algunos lo expresan a través de la depresión, la tristeza, un gran desánimo más allá de lo común. Otros explotan. Se vuelven nerviosos, iracundos. Responden mal a su esposo o esposa e hijos. Tienen mal genio en el trabajo. Hay algo dentro que está mal y precisa ser sanado.

Otros reaccionan con sarcasmo, crítica o liviandad. Resulta interesante descubrir que muchos de los que siempre bromean son los que tienen mayores problemas en su interior. La broma, la chanza es muchas veces un disfraz que esconde la realidad interior.

Hay quienes se ofenden fácilmente, se molestan, se resienten y se amargan. Guardan esa amargura contra una u otra persona y contra las circunstancias. Se vuelven muy susceptibles. Cuando alguien pasa y no los saluda o les dice una palabra un poco fuerte, ya les cae mal y se incomodan. Se aíslan, se repliegan, se alejan de la comunión. Se cierran y comienzan a consumirse por dentro. Se transforman en apáticos ante la periódica aparición de nuevos incidentes (intrascendentes para otros, pero para ellos muy importantes).

A algunos los envuelve el desinterés, la indiferencia, la pasividad. Se apagan. Vienen y van, pero sin entusiasmo. No tienen aspiraciones. Se sienten frustrados, derrotados. Todo les da igual.

Existe un grupo que toma una postura aun peor: la hipocresía. El hipócrita esconde la realidad tras una cara falsa, una careta. Asume una actitud superficial y simula que todo está bien. Adopta palabras y gestos «espirituales» en las reuniones y en su relación con otros cristianos. Cultiva el fingimiento en medio del pueblo de Dios. En la mayoría de los casos se nota una vida en la carne con un manto de religiosidad. Estas son las exteriorizaciones más frecuentes.

Además, todo ello va acompañado de un sentimiento de culpa y vergüenza, porque estando en el Señor aún subsisten problemas de esta naturaleza. Como existe el concepto de que situaciones como esas no son dignas en un cristiano, la mayoría esconde sus problemas, muestra una cara bonita, saluda a los hermanos aparentando alegría. No se abren a los hermanos ni a Dios para que la verdadera sanidad les llegue.

Mi intención no es explayarme sobre los síntomas de las enfermedades espirituales, como depresión, nerviosismo, burla, sarcasmo, susceptibilidad, pasividad, hipocresía, sino ir a las raíces, a las causas que las provocan, para que a partir de allí comience un proceso de sanidad.

SALUD TOTAL

Jesucristo quiere poner fin a esa situación de enfermedad. Quiere curar y librar al hombre de todo mal que lo aqueja.

No nos veremos llenos de la gloria de Dios a menos que cada uno sea sanado de toda herida interior, de toda enfermedad espiritual, emocional o mental.

Jesús declaró:

> *Me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos … a ordenar que … se les dé gloria … óleo de gozo… manto de alegría en lugar del espíritu angustiado*.

Hay quienes viven como vestidos de luto, no en su ropaje exterior sino en su espíritu. Por más colores que se pongan, por mucho que se arreglen o maquillen, no hay brillo en su alma, ni gloria, ni alegría.

Eso es lo que el Señor quiere restaurar en cada uno. Él anhela que el gozo y la gloria sean nuestra experiencia continua. Que sepamos enfrentar los problemas con la paz del Señor y vivir en victoria. Jesús es poderoso para hacer todo lo que se ha propuesto y cumplir plenamente con su Palabra.

SEGUNDA PARTE

CAUSAS DE ENFERMEDADES ESPIRITUALES

Capítulo 4

PRIMERA CAUSA DE ENFERMEDADES ESPIRITUALES:

EL PECADO

Jesús es un verdadero médico. Él sana extrayendo la raíz del problema e implantando en nuestros corazones el reino de Dios.

Hoy en día, muchos quieren sanarse superficialmente atacando los efectos, modificando el ambiente, cambiando las situaciones externas, y hasta a veces tomando píldoras que solo consiguen controlar los efectos, sin embargo Jesús va a las causas. Existen distintas causas específicas para las enfermedades del alma.

La primera y principal causa de las enfermedades del alma (y no voy a buscar una palabra sofisticada y complicada para nombrarla) **es el pecado.** Simplemente el pecado. La Biblia declara que no hay paz para el impío (Isaías 57:21). Resulta imposible pecar y no sufrir las consecuencias del pecado.

Todo pecado hiere al hombre en su interior. Produce autodestrucción y autodegradación. Atenta contra la imagen de Dios en nosotros.

El pecado transgrede la conciencia moral y viola los propios principios. Provoca sentimientos de culpa que aumentan con el conocimiento y comprensión de la ley de Dios; estos son mayores cuando se comete contra un semejante.

¿QUÉ ES EL PECADO?

Para comprender con claridad lo que es el pecado y entender su naturaleza, vamos a considerar el primer pecado del ser humano.

Génesis 2:7–8

«Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente. Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado».

Génesis 2:16–17

«Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás».

Génesis 3:1–13

«Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales.

Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del que yo te mandé no comieses? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí. Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí».

Este relato del primer pecado es suficientemente claro como para que toda la humanidad comprenda lo que es el pecado. Si alguien me pregunta: *¿Qué es el árbol del conocimiento del bien y del mal?*, tengo que responder que no sé. Existen muchas interpretaciones que no vienen al caso. Pero entiendo muy bien lo que es el pecado. Pecado, dicho simplemente, es desobedecer a Dios. No hace falta ser muy sabio ni muy culto para comprenderlo. Pecado es desobedecer la voluntad manifiesta de Dios.

Dios le comunicó con toda claridad su voluntad a Adán. Él entendió perfectamente lo que Dios le dijo, al punto que se lo transmitió con precisión a su esposa. Y tanto Adán como Eva comprendieron cuál era esa voluntad de Dios. El pecado es rebelión contra la máxima autoridad que existe en el universo, contra Dios.

Pecar es simplemente hacer la voluntad propia, decidir ir en contra de la voluntad de Dios.

Pecar es comer cuando Dios dice: *¡No comas!*

Pecar es hacer algo cuando Dios dice: *¡No lo hagas!*

Cuando Dios dice **no**, es **no**.

Cuando Dios dice **ve**, tienes que **ir**.

No se requiere mucha teología, filosofía, psicología ni ciencia para entender una cosa tan simple como el pecado. Si Dios dice: «No tengas relaciones sexuales antes del matrimonio», ¡no las tengas antes del matrimonio! Es muy simple.

No necesitamos razonarlo. No hace falta discutir. No tenemos que entablar una conversación con el diablo. Él se mete fácilmente en los caminos de nuestros pensamientos. No precisamos pensar, razonar, deducir, y concluir. Solo es necesario **obedecer**.

¡Muy simple!

Cuando Dios dice: «No mientas», y uno miente, está pecando. No le busquemos explicaciones ni justificativos, y no intentemos quitarle gravedad.

Si Dios dice: «No hurtes» y uno hurta, llevándose a su casa un lápiz de la empresa, se convierte en un pecador, en un ladrón.

¡Es muy simple!

Dios dice: «No hurtarás». Entonces no hurtemos ni un centavo. Significa que no nos llevemos a nuestra casa ni siquiera una hoja de papel del trabajo si no es nuestra. Porque se comienza por un papel y luego vienen otras cosas.

Cuando el Espíritu claramente nos dice: «No entres a aquel sitio de pornografía en Internet», y nosotros, conociendo la voluntad de Dios, entramos, estamos pecando.

Cuando Dios dice **no**, y uno, de todos modos, lo hace, peca. Viene una palabra: «No veas ese programa de televisión porque no es digno de un hijo de Dios; apaga el televisor». Pero uno se queda mirando: eso es pecar.

El mandato es: «No desees la mujer de tu prójimo». No la desees, entonces. Si te viene algún pensamiento a la mente o al corazón, eso aún no constituye pecado. Pero se vuelve pecado cuando dices «yo quiero», «yo deseo». Si descubres en ti algún pensamiento, puedes discernirlo: «Este pensamiento no es de Dios; proviene del diablo y yo lo rechazo, lo reprendo. No me permito desear la mujer ajena».

Dios ha dicho: «Hijos, obedezcan a sus padres», debemos obedecerlos. ¡Es simple!

«¡Pero no es justo lo que me piden!», podría decir alguno. No importa, ¡obedece! De ese modo serás feliz y llegará la paz a tu hogar, si es que lo haces en amor, en fe y en obediencia a Dios.

Dios le dijo a Jonás: «Ve a Nínive», y Jonás se encaminó en la dirección contraria. Eso es pecado. ¿Cómo podía Jonás permanecer tranquilo? Su viaje azaroso hasta Tarsis representaba la tormenta que se estaba produciendo en su interior.

Dios le dijo a Saúl a través del profeta Samuel: «No des comienzo a la guerra hasta que yo vaya y haga el sacrificio». Saúl esperó y esperó. Pero ya estaba impaciente, así que dio inicio a la guerra. Enseguida llegó Samuel y le dijo: «Actuaste locamente; desobedeciste la palabra de Dios». Uno podría razonar: «¡Pero si no fue tan grave...! » Sí, fue muy grave. Cuando Dios dice «No inicies», ¡entonces no se debe iniciar, aun cuando venga el enemigo y nos ataque! La obediencia es un asunto muy importante.

El pecado representa una ofensa grave contra Dios.

El pecado produce consecuencias muy serias en la vida de las personas. Dios le advirtió a Adán: «Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás». Y aquel día, primero Eva y después Adán, comieron y murieron. La muerte entró al mundo a través de un hombre, a causa del pecado. Ellos no murieron física o psicológicamente. La vida biológica, psicológica, mental y emocional continuó, pero experimentaron la muerte espiritual. Muerte significa separación. Comenzaron a vivir separados de Dios, desconectados de la Fuente de vida. Se produjo una alteración total en la existencia del hombre. Y esa transformación trajo aparejada consecuencias biológicas, psicológicas, mentales, sociales, emocionales, familiares, y de todo tipo. Se originó un tremendo trastorno.

El pecado abre la puerta de nuestra vida a Satanás y a los demonios. Porque pecar es hacer la voluntad del diablo. El pecado arruina la imagen de Dios en nosotros y causa heridas en nuestro interior.

Veamos lo que ocurrió con Adán y Eva. Ellos experimentaron un cambio tremendo. Hasta ese momento su vida era de una manera. Pero apenas comieron, se produjo una transformación. Sus ojos fueron abiertos y percibieron que estaban desnudos. Nunca antes lo habían notado. Estaban desnudos y no había nadie más. El marido y la mujer pueden estar desnudos uno frente al otro en su habitación. ¡Es algo natural! Pero ahora empezaban a sentir vergüenza.

Tenían emociones negativas y se produjeron cambios extraños, así que decidieron hacerse delantales con hojas de higuera. Se escondieron.

El pecado trae trastornos, un desequilibrio interior.

Imagino lo terrible que debió haber sido lo que ellos experimentaron. Porque antes de eso Adán y Eva se encontraban en un estado de pureza y santidad, sin pecado.

¡Qué linda es la santidad! ¡Qué bueno es vivir en pureza de pensamientos y de deseos! ¡Qué hermoso es llevar una vida santa! No hay nada mejor que ser santo. No podemos imaginar la belleza de vivir en la total voluntad de Dios. ¡Eso sí que es plenitud!

SIETE CAMINOS ERRÓNEOS

1 - No querer abandonar el pecado

El pecado produce temor, miedo, cobardía, sentimientos de culpa. Nos lleva a culpar a otros.

Todos hemos pecado. Sin embargo, mucha gente, una vez que peca, elige tomar el camino equivocado. El peor camino es pecar y luego no querer abandonar el pecado.

Si uno continúa pecando, no existe solución posible. No hay paz, ni salvación, ni perdón. No hay cura cuando no se desea abandonar el pecado.

Recuerdo que en cierta ocasión un psiquiatra de uno de los principales hospitales psiquiátricos de Argentina envió a mi casa a una de sus pacientes. Anteriormente ya me había mandado otra mujer a la que había podido ayudar. También era su paciente y había encontrado una mejora extraordinaria en Jesús. Entonces ese psiquiatra me derivó a esta otra paciente, que era viuda de un médico. Siendo una mujer joven, su marido había muerto. Vino en varias ocasiones a mi casa para que yo le diera la Palabra y orara. Sin embargo, no mejoraba. Yo oraba, pero no sucedía nada. Le enseñaba, le predicaba, le reprendía demonios, y ella continuaba igual. Finalmente, la cuarta vez que se presentó, abrió su corazón. Estaba saliendo con un hombre casado. La mujer era viuda, pero el hombre estaba casado y tenía hijos. Ella no lograba dormir de noche, y tomaba pastillas para poder conciliar el sueño. Finalmente habíamos llegado a la causa que producía su insomnio. La mujer y el hombre planeaban que él dejara a su esposa para irse con ella. «¿Qué puedo decirte?», le respondí. «Esto es pecado. Estás equivocada. Van a hacer algo contrario a la voluntad de Dios». La mujer me dijo entonces: «Yo amo a ese hombre y no lo voy a dejar».

Entonces le contesté: «Desgraciadamente no puedo hacer nada. No te puedo ayudar. No soy psiquiatra, ni psicólogo, ni médico: soy un siervo de Dios. Solo puedo transmitirte la palabra de Dios. Si decides dejar a ese hombre, arrepentirte de tus pecados, y entregarle tu vida a Jesús, eres bienvenida. Si no, por favor no pierdas tu tiempo. No podemos hacer nada por aquel que no quiere abandonar el pecado».

Dios no tiene una solución para el que elige no abandonar el pecado. Es necesario arrepentirse y renunciar al pecado.

2 - Esconder el pecado

Se trata de una reacción natural del hombre, causada por su orgullo. Brota casi instintivamente. La podemos observar en los casos de Adán y Eva, Caín, Acán, David, y Ananías y Safira.

Cuando Adán y Eva se dieron cuenta de que Dios se aproximaba, se escondieron de él. Y de ahí en más, todos los que pecamos nos escondemos. No queremos mostrar nuestra miseria. Tratamos de aparentar ante los demás. Pretendemos ser mejores de lo que en realidad somos. La humanidad vive disfrazada. ¡Sin Dios es así!

Dios le preguntó al hombre: «¿Dónde estás?». Adán respondió: «Oí tu voz y me escondí porque estaba desnudo». Antes de eso se encontraba desnudo y no se escondía. «¿Has comido del árbol del que yo te mandé que no comieses?».

Del mismo modo en que actuó Adán, obramos todos. Él no le respondió al Señor: «Dios, perdóname. ¡Qué locura he cometido! Te desobedecí».

Las Escrituras declaran:

> *El que encubre sus pecados no prosperará; Mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia*. (Proverbios 28:13)

Hay cristianos que guardan cosas ocultas en ciertos ámbitos de su vida. Eso les causa muchos trastornos. Trastornos espirituales, mentales y hasta físicos.

El rey David es un ejemplo de los que estamos diciendo. Él reconoció:

> *Mientras callé, se envejecieron mis huesos En mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; Se volvió mi verdor en sequedades de verano*. (Salmo 32:3–4)

David había pecado. Dios conocía su pecado. Pero los que lo rodeaban no. Por eso hizo esa declaración. En tanto permaneció en silencio ocultando su pecado, esquivando confesarlo, gimió en su interior. Aunque había caído, David tenía la conciencia sensible. Y esa conciencia lo molestaba, lo redargüía. Se sentía muy mal por dentro. Su gemido interior era indicio del gran conflicto por el que atravesaba. Esa angustia le acarreó problemas físicos: *«Mientras callé, se envejecieron mis huesos»*. El mal aun entró en sus huesos.

Tan profundamente sufría su silencio y falta de confesión que hasta su salud se quebrantó.

Cuando David por fin confesó su pecado, expresó confiadamente: *Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido*. (Salmo 51:8)

Santiago señala en su epístola el procedimiento a seguir cuando un hermano enferma:

> *¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados*. (Santiago 5:14–16)

Dios conoce nuestra vida, nuestros pensamientos, nuestras actitudes. No hay rincón del mundo donde podamos pecar sin ser vistos. Todo está desnudo ante el Señor. ¿De quién nos esconderemos? ¿A dónde huir? Dios ve todas nuestras acciones.

¿Hay pecados ocultos en la vida? El remedio es sencillo: Confesión. Confesar es expresar claramente en palabras la falta cometida. No es pedir perdón; eso viene después. Primero es necesario confesar, reconocer a través de una manifestación verbal que se pecó y señalar en qué consiste ese pecado. Es preciso confesar a Dios y a los hermanos. Abrir el corazón al pastor o a quien sea el guía espiritual y pedir oración para que haya liberación y victoria. Nunca cerrarse y ocultar. Porque todo aspecto de la vida que permanece en tinieblas es territorio de Satanás, desde donde él puede operar destructivamente sobre la vida.

En cierta oportunidad, durante un retiro espiritual, una joven cristiana se acercó a pedir oración. Desde mucho tiempo atrás tenía una opresión en el pecho. Se sentía turbada y deseaba que orara por ella para que fuera liberada, pues pensaba que podría haber ataduras satánicas. Por diez minutos reprendí al demonio sin que nada sucediera. Me detuve y le pregunté a la muchacha: «¿Hay algún pecado oculto en tu vida?». Me respondió que no. Pero los temblores aumentaron. Pocos instantes después, mientras continuábamos orando, cayó quebrantada y dijo que tenía un pecado que confesar. Había cometido fornicación siendo cristiana y activa en la obra. Y no solo una vez, sino muchas. Cuando abrió su corazón y confesó, oramos por ella e inmediatamente fue liberada de su opresión interior.

Recuerdo mi propia experiencia. A los veinte o veintiún años el Señor me mostró que debía confesar mis pecados. De niño, en reiteradas oportunidades había robado dinero a mis padres. El Espíritu de Dios me impulsaba a confesarlo. Luché interiormente por hacerlo durante dieciocho meses. Pero no me atrevía. Me daba mucha vergüenza. Mis padres habían depositado en mí su confianza. Siendo niño yo tenía acceso a la caja del negocio que tenía mi padre en sociedad con dos tíos. ¡Cuántos trastornos interiores experimenté durante ese período! *«Mientras callé, se envejecieron mis huesos»*, había dicho David. En mi caso no fueron los huesos sino el sistema respiratorio. Mis pulmones se cargaban de flemas durante la mayor parte del invierno y también en otras épocas del año. Y aquella bronquitis se transformó en asma. Cuando finalmente confesé y pedí que oraran por mi sanidad. Luego de tres días, no quedaba una sola flema en mi pecho. Dejé las inyecciones que me estaba aplicando y tiré todos los remedios. ¡Nunca más los precisé! El Señor me había sanado.

Cuando el conflicto interno se saca a la luz, viene el alivio a todo el cuerpo. El organismo humano no fue diseñado para vivir en tensión o bajo presión. Está hecho para existir en paz.

3 - No asumir la responsabilidad de nuestros actos

Dios le preguntó a Adán: «¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?» Él no le respondió diciendo: «Dios perdóname, cometí una locura, te desobedecí. Señor, soy responsable de mi pecado». ¡No!

¿Cuál fue su respuesta? «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y yo comí». ¡El viejo y equivocado camino! No asumir nuestra responsabilidad.

Yo pequé, pero fue culpa de mi esposa y un poco de Dios, pues ella es «la mujer que me diste». «Ella tomó el fruto y lo acercó a mi boca y yo no sé qué sucedió, mi boca se abrió sin querer, y mis dientes se cerraron solitos y comenzaron a masticar. Yo no sé qué pasó con mi garganta». Eso es trasladar la responsabilidad a otros, es culpar a los demás de nuestros pecados.

Un marido dice: «Yo cometí una falta, pero fue por culpa de mi esposa, ella me provocó. La culpa es de ella porque me insultó».

Una mujer señala: «Yo adulteré porque mi marido es un hombre muy duro, no me trata con cariño, siempre actúa groseramente. Entonces, yo sentí la necesidad de que un hombre me abrazara, me amara. Sí, pequé, cometí adulterio, pero la culpa es de mi marido».

Dios le preguntó a la mujer: «¿Qué es lo que has hecho?» Y la mujer le respondió: «La serpiente me engañó, y comí». Ella culpó a la serpiente. ¡Nadie asume su responsabilidad! ¡La culpa es toda del diablo! «Yo pequé por culpa del diablo, él me tentó y yo comí, me engañó».

Aunque hayamos sido engañados, de todos modos somos responsables. ¿Por qué fue engañada Eva? Por mantener una conversación con el diablo. Fue engañada por no creer que lo que Dios le había dicho era verdad. Por oír otra voz, otro criterio, otro razonamiento, otra palabra. Por dudar de Dios.

Existe un solo camino para llegar al arrepentimiento: asumir nuestra responsabilidad. Si el otro también peca, eso no me justifica de ningún modo. Cada uno debe asumir su propia responsabilidad.

Pensemos en José, el hijo de Jacob. Él fue hasta donde estaban sus hermanos a llevarles comida de parte de su padre. Ellos primero lo quisieron matar, después lo tiraron a un pozo y luego lo vendieron a los ismaelitas. José fue llevado a Egipto y vendido a Potifar. Comenzó a trabajar como esclavo pero progresó rápidamente y se convirtió en el administrador de la casa de Potifar. Sucedió que la esposa de su amo se enamoró de José y todos los días le insistía: «Ven, acuéstate conmigo». Él le respondía: «No, tú eres una mujer casada y yo sé cuál es la voluntad de Dios para mí. No me voy a acostar contigo». Eso ocurrió un día, dos, tres… ¡Todos los días lo acosaba! José era joven. A partir de los diecisiete años se encontró lejos de la casa de sus padres. No había un pastor cerca. Ni su padre, ni su familia. Solo una mujer que todos los días lo tentaba a acostase con ella. ¿Quién puede soportar algo así? Cualquiera que desea hacer la voluntad de Dios y afirma su corazón en él.

Cierto día la esposa de Potifar, después de mucho acoso sexual, intentó violarlo. Lo tomó de su capa y lo forzó a acostarse con ella. José se quitó la capa que tenía puesta ¡y huyó sin pecar!

Este ejemplo me ha bendecido desde que era un muchacho hasta el día de hoy. Yo escribí en mi Biblia: ¡Bravo José!

Uno tiene que admirar a los santos. ¡Bravo José! Él no pecó porque sabía que Dios estaba con él. Si José hubiera pecado, en esas circunstancias podría encontrar todo tipo de excusas que justificaran su conducta: que era joven, que se encontraba lejos de su hogar, que sufría la soledad, que la mujer había sido muy insistente, que ella lo forzó... José no era de plástico, era de carne. Cuando una mujer abraza, o fuerza a un hombre, sabemos lo que sucede. José podría haber suavizado su responsabilidad diciendo: «Intenté no pecar, pero una vez excitado no puedo resistir y caí». Sin embargo no lo hizo, huyó y no pecó.

Es importante asumir nuestra responsabilidad y no justificar ninguna acción. Puede haber tentaciones; algunas de ellas muy grandes. Pero la Biblia dice que Dios no nos da más de lo que podemos soportar. Juntamente con la tentación, él da la salida. Nosotros también podemos huir.

Tomás de Aquino era un hombre que tenía una conducta santa. Él vivió en el siglo XI. Un día sus amigos (o enemigos) para tentarlo contrataron una prostituta y la colocaron desnuda en el cuarto de Santo Tomás. Cuando más tarde él entró a su cuarto y encendió la lámpara, al ver a la mujer desnuda ofreciéndose, Tomás inmediatamente se quitó el cinturón, abrió la puerta y la echó a los cinturonazos. La mujer huyó desnuda y despavorido. ¡Perfecto! Así se debe hacer. A la tentación se la debe vencer de entrada y enérgicamente.

4 - Justificar el pecado

A través de largas explicaciones acerca de las circunstancias que rodearon un hecho, o sobre los factores que influyeron, se busca en definitiva que el pecado cometido aparezca como inevitable o por causas ajenas a la propia voluntad. Un claro ejemplo es el caso de Saúl cuando ofrece el sacrificio en desobediencia a la palabra del profeta (véase 1 Samuel 13:8–13) y luego pretende justificarse.

Otros intentan demostrar que en realidad aquello que han hecho (o desean hacer) no es pecaminoso sino lícito. Argumentan e ilustran con diferentes ejemplos (que muchas veces no vienen al caso). O explican que ciertos pasajes de las Escrituras tienen que ver con la cultura de su época y no mantienen vigencia hoy. A la luz de las leyes del país o de las costumbres de determinada sociedad, defienden ciertas conductas como aceptables.

Es preciso admitir como pecado todo lo que Dios llama pecado. La evolución de la humanidad y el transcurrir de los siglos no modifican la Palabra ni los principios de Dios. Justificar el pecado solo trae confusión a la mente y deterioro de la vida espiritual.

5 - Racionalizar el pecado

Freud, padre del psicoanálisis, sostiene que el sentimiento de culpa está condicionado por la religión. Al eliminar la religión se suprime el sentimiento de culpa. No considera al pecado como algo real y existente en sí, sino como causado por la religión cuando condena ciertas conductas.

Lo cierto es que muchos ven aumentar sus perturbaciones y conflictos psicológicos al eliminar la religión de su vida.

Como cristianos, es muy peligroso adherir a corrientes de pensamiento como esta, que muchas veces logran cauterizar la conciencia. Aunque la conciencia no moleste, los efectos devastadores del pecado se dejan ver a corto plazo. Hay quienes se sienten cristianos de avanzada y sonríen burlonamente ante la mención de la palabra pecado. Poco a poco pierden el temor de Dios, y no tardan en caer en los lazos del diablo. Antes de que se den cuenta han naufragado en la fe (véase 1 Timoteo 1:19). Es preciso rechazar esta filosofía de vida.

6 – Evadirse de la realidad

Muchos se llenan de actividades, programas diversos y entretenimientos para escapar de su conflictiva realidad interior. Procuran no dejar «huecos» en su tiempo. Se aturden para no pensar. No quieren enfrentarse consigo mismos en la reflexión y la pausa porque temen encontrar lo que saben que está allí, en lo más recóndito de su ser.

Algunos hasta huyen a través de las drogas y el alcohol.

De nada sirve ignorar el pecado, hacer como si no existiera. Uno puede esquivarlo por años, pero cuando haga una mirada introspectiva, lo encontrará esperando ser solucionado. Entre tanto, la vida interior se habrá deteriorado, o cuando menos, estancado. Es preciso enfrentar la realidad y solucionar el pecado a través de la confesión y el arrepentimiento.

7 - Atacar los efectos sin solucionar las causas

Hoy vemos que muchas personas recurren a los psicofármacos para aplacar su angustia interior. No hay tranquilizante que devuelva la paz y el equilibrio perdidos. Puede actuar sobre nuestro sistema nervioso y «entontecernos» un poco, lo que trae un pequeño alivio. Pero pasado el efecto, vuelve la depresión, la tristeza, a veces la desesperación. Y el estado de intranquilidad interior se agudiza más. En lugar de atacar los efectos, se deben buscar las causas internas. Y si se trata de pecado, seguir el procedimiento indicado, porque mientras no se solucione, los efectos persistirán.

EL CAMINO INDICADO POR DIOS

Asumir nuestra responsabilidad, abandonar el pecado y confesarlo

> *Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño.* (Salmo 32:1–2)

Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; Y tú perdonaste la maldad de mi pecado. (Salmo 32:5)

Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras. (1 Corintios 15:3)

En resumen, lo indicado por el Señor es confesar y apartarse del pecado.

Confesar es lo opuesto de ocultar, transferir a otros, justificar o racionalizar el pecado. Es ponerse en luz, decir la verdad, asumir la responsabilidad de los propios actos.

Se debe confesar a Dios, a quienes se haya ofendido y también los unos a los otros (véase Santiago 5:14–16).

Hay algunos que abandonan el pecado pero nunca lo confiesan. La Biblia dice en Proverbios 28:13: *«El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia».*

En este texto se mencionan dos posibilidades: Una es encubrir los pecados; la otra, confesarlos y apartarse de ellos. Cuando ocultamos el pecado el problema subsiste. Necesitamos abrir el corazón y confesar con arrepentimiento lo que hemos hecho. ¿A quién podemos ocultarle nuestros pecados? ¡Es imposible ocultárselos a Dios! Él lo ve todo. Ocultamos nuestro pecado de las demás personas, de nuestros padres, de nuestro marido, de nuestra esposa, de los hijos, del pastor, de los hermanos.

Caín mató a su hermano imaginando que nadie se enteraría. Los padres no lo sabían; pero Dios había visto todo. Y le preguntó: «Caín, dónde está tu hermano?». Él respondió: «No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?». Y Dios le dijo: «La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra». No podemos ocultarle nuestro pecado a Dios, es una tontería pretender hacerlo.

David cometió un pecado muy grave. Adulteró con Betsabé y, cuando supo que ella estaba embarazada, ordenó que enviasen a su marido al frente de la batalla para que muriera en la guerra. David se puso sus vestiduras reales y su corona, y siguió gobernando como si nada hubiera ocurrido. ¿De quién encubrió sus pecados? No de Dios sino de los hombres. Externamente todo parecía igual, pero en el Salmo 32:3 declara: *«Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día»*. Eso es lo que produce el ocultar el pecado: perdemos la paz; solo quedan el dolor, el sufrimiento, los gemidos. Y hasta nos enfermamos físicamente.

Muchos creyentes tienen una actitud demasiado liviana ante el pecado. No toman en serio la vida cristiana y su sumisión al Señorío de Cristo. Pecan y nunca se arrepienten ni confiesan sus pecados. Dios perdona nuestros pecados por la muerte de Jesús a nuestro favor. Pero para ser perdonados tenemos que arrepentirnos y confesar nuestras faltas.

Apartarse del pecado significa tomar la firme determinación de no seguir andando por el camino del mal. Una cosa es caer en una ocasión y otra es vivir en estado de pecado. Debemos renunciar definitivamente a un estilo de vida pecaminoso.

Pecado no es solo adulterar, fornicar, robar, matar. Pecar es hacer nuestra propia voluntad cuando contraría la voluntad del Padre. Esa es la naturaleza del pecado.

El Señor quiere que examinemos nuestro corazón. O mejor aún, que le digamos como el salmista: *«Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón… y ve si hay en mí camino de perversidad»* (Salmo 139:23–24). Ve si hay en mí una actitud desobediente, de rebeldía. Quiero dejar de hacer mi propia voluntad. ¡Examíname, oh Dios y ve si hay pecados ocultos, no confesados!

Si necesitas el perdón de Dios por algún pecado específico, si necesitas ser lavado por la sangre de Jesús, él está cerca de ti. Su Palabra dice en 1 Juan 1:9: *«Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad»*.

Confesémosle a él todo pecado. Oremos como David (Salmo 51): *«Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos … Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve … Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí … Vuélveme el gozo de tu salvación»*.

«Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:7–9).

Gracias Jesús por tu Palabra, gracias por tu Espíritu Santo, por tu muerte, por tu sangre derramada para el perdón de mis pecados. Purifícanos Señor. Límpianos. Lávanos. Quita de mi toda maldad. Amén.

Capítulo 5

SEGUNDA CAUSA DE ENFERMEDADES ESPIRITUALES:

EL RENCOR O EL RESENTIMIENTO

Guardar rencor o resentimiento es no tener la disposición a perdonar a aquel que nos ha ofendido y herido interiormente. Esto nos suele suceder cuando somos objeto de malos tratos, recibimos desprecios, somos agredidos, criticados, burlados, insultados, golpeados, engañados, estafados… Naturalmente todo maltrato nos lastima emocionalmente y nos causa dolor. Ese dolor puede transformarse en amargura, resentimiento y rencor. La presencia de la persona que nos ha lastimado, y a veces solo la mención de su nombre, nos provoca una emoción negativa y termina alterando nuestra conducta.

Si no sanamos rápida y correctamente esas heridas emocionales y espirituales según la Palabra de Dios, se van a infectar y todo el cuadro se puede complicar. Sucede lo mismo que con las heridas físicas: hay que curarlas inmediatamente con algún medicamento que desinfecte y sane el área. Debemos aprender a curar nuestras heridas emocionales según la palabra de Dios.

En este plano hay personas más sensibles que otras, que se ofenden con más facilidad. Por lo general las mujeres se sienten más afectadas que los hombres. Lamentablemente, en muchos casos, donde más heridas se recibe es en el seno de la propia familia. Sucede así, porque en casa cada uno se comporta más espontánea y descuidadamente. Habla como quiere, no cuida sus palabras, ni los modos, ni las actitudes. Generalmente en nuestro hogar estamos más relajados, nos sentimos más libres. Y es el lugar donde más herimos a los otros miembros de la familia y donde más somos heridos.

Hay muchas esposas lastimadas por maridos duros que hablan con palabras agresivas, despectivas, groseras, insultos; aún delante de los hijos o de terceros. Existen maridos que se encolerizan, levantan la voz, gritan, amenazan, golpean la mesa y cuando el nivel de alteración los supera, aun son capaces de pegarle a la mujer. La violencia familiar es un asunto muy generalizado en nuestro días.

También existen mujeres heridas por maridos indiferentes, egoístas, que no discuten, que no agreden con palabras, pero sí con sus actitudes. Esos maridos dejan que toda la tarea de la casa y de la crianza de los hijos recaiga sobre la esposa. La mujer ve que su marido regresa del trabajo se sienta en el living y enciende el televisor mientras ella lucha, trabaja y lo hace todo. Ese tipo de actitudes también causa heridas en las mujeres.

Por otro lado también es frecuente ver maridos lastimados. A muchos hombres sus esposas les faltan el respeto, les levantan la voz o los deshonran y desprecian. Son víctimas de mujeres nerviosas que gritan y lanzan palabras filosas como cuchillos que lastiman al hombre en su masculinidad. «¡No eres un hombre!». «No eres como este o como aquel». «No tienes éxito en tu trabajo». «No eres capaz de traer suficiente dinero como para que vivamos bien y por tu culpa toda la familia sufre». Y cosas por el estilo.

¿Quiénes aman a los hijos más que los padres? Sin embargo, desgraciadamente, hay muchas personas que tienen heridas provocadas por los padres durante su infancia. Padres que se han mostrado duros, injustos. Que insultan a sus hijos. Que constantemente levantan la voz, gritan, desprecian, y les dicen cosas horribles. Hay hijos heridos en su interior desde su infancia que van guardando rencor, amargura. Se vuelven personas rebeldes por haber sido permanentemente maltratados por sus padres.

Estas heridas interiores también se producen en el ámbito social, en la escuela, en el trabajo. Colegas que se burlan, que desprecian, que se ríen y ofenden. Y eso también causa dolor.

Vivimos en un mundo lleno de pecadores. Somos tratados injustamente de diversas maneras. Toda acción injusta nos causa un dolor o una herida. En la sociedad existen personas lastimadas físicamente; sin embargo las peores heridas son las emocionales.

También hay personas que están resentidas con la sociedad. Ven que otros tienen éxito, dinero, casa, auto; que viven rodeados de placeres, por toda clase de beneficios. Y por ese resentimiento, y por otras causas, desde temprana edad se han vuelto violentas y han optado por el crimen. En el fondo están heridas. La sociedad discrimina, margina y crea un entorno de mucha violencia y agresión.

Esta sociedad es necia. La Biblia (especialmente Proverbios) clasifica a las personas en dos grupos: los sabios y los necios. Esta es una sociedad necia. El egoísmo es necedad. Tratar a los demás injustamente es necedad, porque de ese modo nos destruimos a nosotros mismos y a nuestra sociedad. Y tarde o temprano esa actitud injusta se volverá en contra de nosotros mismos. Es mucho más sabio amar al prójimo, respetar, hacer el bien, ayudar, perdonar. Incluso resulta mucho más sabio amar a los enemigos porque de ese modo desactivamos posibles bombas humanas que están en la sociedad y que algún día pueden explotar.

Existen también heridas provocadas por los abusos sexuales. Ciertas personas han sido ultrajadas, violadas en su intimidad. Niñas y niños abusadas desde la infancia.

La amargura, el resentimiento, indican falta de espíritu de reconciliación. Es la atadura interior que se produce por no querer perdonar, por no querer reconciliarnos con la persona que nos hizo el mal. Ese sentimiento es como un cáncer. No queda pequeño sino que crece. Primero se muestra como rencor, como una indisposición a perdonar, a entablar de nuevo el trato. Luego se convierte en odio. Es decir, en un deseo de mal hacia el otro. A veces aun llega hasta la búsqueda de venganza, de retribuir de alguna manera su mala acción.

Cierta vez viajamos a Inglaterra y fuimos hospedados en la casa de un hermano. Era un hombre alto, tenía cincuenta años y había quedado totalmente ciego. En mi curiosidad quise saber por qué estaba en esa condición, ya que no parecía una ceguera de nacimiento. Antes de que tuviera ocasión de preguntarle, él mismo me contó que un muchacho había golpeado la puerta de su casa y que cuando él abrió, le lanzó a la cara un líquido que traía en un recipiente. Era ácido, que quemó sus ojos y lo dejó completamente ciego. Yo le pregunté: «¿Conocías a ese

chico?». Me respondió: «No, jamás lo había visto». «Y sabes por qué lo hizo?», le dije. «No tengo idea», me contestó. ¿Cómo pudo ese hombre, y su esposa e hijos superar esa situación sin guardar rencor? ¿Cómo no odiar a aquel muchacho que lo agredió de ese modo tan tremendo?

Un día, estando en casa de Luciano, un pastor amigo de Recife (Brasil), él me mostró el diario. En Río una pandilla de ladrones había tomado a una mujer que se encontraba en su auto con sus dos hijos y como ella no había logrado terminar de desprender el cinto de seguridad de su hijo de seis años para entregarles el auto a los ladrones, ellos se llevaron el auto y arrastraron a aquella criatura, que pendía del vehículo durante siete kilómetros. Los automovilistas gritaban: «¡Pare, pare!», sin lograr detenerlos. Se cree que esa criatura murió decapitada en los primeros cien metros… ¿Cómo puede una madre sanarse de un golpe como ese? ¿Existe en el mundo una solución posible? ¿Tiene Dios alguna cura para las heridas de esta naturaleza? Es impresionante el incremento de la maldad y de la violencia en el mundo.

Un muchacho fue contratado para trabajar durante treinta días. Trabajó esforzadamente. Le habían prometido una paga muy buena. Pero cuando terminó, el que lo contrató no le quiso pagar lo que le había prometido. Le pagó menos de la mitad, simplemente porque así lo decidió. ¿Cómo se sintió ese joven? ¿Qué podía hacer ante tal injusticia, ante un hombre miserable que se sentía poderoso?

En algunos casos, ese rencor transforma a las personas en seres agresivos y violentos. En otros casos los convierte en gente triste, depresiva, derrotada por la vida. Las reacciones pueden ser diversas, pero en todos los casos hay una raíz de amargura. Y si no se arranca en seguida, esa raíz crece y se transforma en un cáncer espiritual. Cada vez que la persona vuelve a recordar aquella situación dolorosa, vuelve a tener un sentimiento negativo, por eso lo llamamos *re-sentimiento*. Es una herida no curada que sigue causando dolor.

Jesús tiene mucho amor y misericordia por aquellos que sufren, sobre todo por los que sufren injustamente.

Cuando nosotros pecamos, sufrimos por causa de nuestro pecado y la solución está en nuestras manos a través del arrepentimiento. Pero cuando otros nos agreden y nos tratan injustamente, sufrimos por causa del pecado de otros. No podemos controlar la conducta de los demás. Con frecuencia nos toca atravesar por situaciones injustas en esta sociedad.

¿CUÁL ES EL REMEDIO?

Yo no puedo controlar la acción de los demás hacia mí, pero puedo dominar mi interior y encontrar, en Dios, una solución profunda y completa para todas esas situaciones. La cura está a nuestro alcance. Jesús la incluyó en el 'Padrenuestro' (Mateo 6:9–12), que es una oración que debemos hacer cada día:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo

hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también ***nosotros perdonamos a nuestros deudores****»*.

Cuando Jesús completó esta oración, la única frase que retomó es esta: *«Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas»*.

Existe un solo camino, y es el indicado por Jesús.

No podemos acabar con las injusticias que se comenten contra nosotros, ni en nuestros hogares ni en la sociedad. Pero podemos recibir de Dios la gracia de perdonar a los hombres sus ofensas. No hay otro camino para alcanzar la sanación profunda de esta enfermedad.

Humanamente no tenemos la capacidad de perdonar en ciertas situaciones; sin embargo, la gracia de Dios es algo que supera nuestra limitación.

Yo tenía curiosidad por conocer la historia de aquel hermano de Inglaterra que había quedado ciego siete años antes que yo me encontrara con él, por una razón especial: Todos los ciegos que yo había visto hasta entonces tenían un rostro triste, pero la cara de este hermano resplandecía, él estaba siempre sonriente. Cuando entré a su casa me saludó radiante de alegría, y me dijo: «Bienvenido a mi casa hermano Jorge. ¡Qué bendición tenerlo en nuestro hogar!». Yo pensé: ¡Este hombre es muy diferente a todos los no videntes que yo he conocido!. Al día siguiente, su hija me completó la historia. Cuando su padre sufrió aquella agresión y fue internado en el hospital, llegaron los periodistas y le preguntaron:

—¿Usted qué siente por aquel joven que le hizo esto?

—Yo siento mucho amor —respondió él.

—¿Cómo amor? ¡No es posible! ¿No siente ira, no tiene rencor?

—No, con la ayuda de Jesús yo perdoné a ese muchacho. Estoy orando por él, para que Dios lo bendiga y llegue a conocer que Jesús lo ama, y que murió por él.

Ese testimonio fue publicado en los diarios de la ciudad. Y toda la familia también lo perdonó.

No existe otra solución. La solución de Dios es Jesús. Es una solución muy simple, profunda y radical.

La madre de ese niño brasilero que murió al ser arrastrado colgando del cuello por el cinturón de seguridad del automóvil, declaró a la prensa: «Yo personalmente perdono a aquel muchacho, pero es importante que la justicia se haga cargo del asunto». El perdón y la acción de la justicia no son incompatibles. Pero ella se liberó de toda amargura y odio.

Yo intenté ponerme en la situación de esa mujer, procurando imaginar lo que sentiría si se tratara de mi hijo o de mi nieto. Poder perdonar de corazón no me resultaría nada fácil, humanamente imposible. Solo es posible por medio del Señor Jesús.

¿CÓMO PERDONAR?

Dios nos llama a tener una reacción diferente de la reacción humana y natural: perdonar y amar al ofensor.

Jesús nos enseña a perdonar a todos los hombres sus ofensas. Él mismo nos dio el ejemplo:

> *Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes*. (Lucas 23:33–34)

Para nosotros hacer eso es imposible en nuestra condición natural. Pero en la muerte de Jesucristo fue crucificado nuestro viejo hombre, y el Señor ahora vive en nosotros por medio del Espíritu Santo.

> *Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado*. (Romanos 6:6)

> *Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*. (Gálatas 2:20)

El Espíritu Santo nos da el poder para perdonar.

> *Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*. (Filipenses 4:13)

Mediante Cristo, que vive en nosotros, queremos y podemos perdonar, nos libramos de todo rencor, amamos al que nos hace mal y bendecimos al que nos maldice.

Perdonar tiene que ser una acción concreta y definida. ¿Cómo lograrlo en la práctica? ¿Qué pasos dar para vencer el rencor?

Las instrucciones del Señor son muy claras:

> *Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno*. (Marcos 11:25)

Debemos perdonar orando y en el nombre y poder de Jesucristo. Al hacerlo, opera la gracia de Dios en el corazón y descubrimos que es posible.

La oración se puede hacer más o menos en estos términos:

«Padre, en este momento, en el nombre y poder de Jesucristo, perdono a por el daño que me ha causado (mencionarlo concretamente). Perdona tú también mis pecados. En el nombre del Señor Jesús. Amén».

«Gracias Señor. Ya he perdonado. Recibo también tu perdón y creo que tu amor me llena. ¡Gloria a tu nombre! Amén».

Al solucionar el aspecto voluntario del rencor (querer perdonar), el emocional (la amargura) desaparece a corto plazo.

Cierta vez una señorita me confió que tenía un conflicto interior. Había estado de novia durante varios meses. Pensaban casarse. La madre del muchacho no deseaba esa boda y hábilmente logró convencerlo de que terminara el noviazgo. La chica quedó profundamente herida. En su corazón comenzó a acumular amargura. Estaba resentida con esa mujer. Cada vez que se hablaba de ella le brotaba el rencor.

—Tienes que perdonarla —le dije.

—Sí, pero ¿como hago? No puedo. Este resentimiento es más fuerte que yo.

—Debes perdonarla en el nombre de Jesús. Él te dará el poder. Todo lo puedes en Cristo que te fortalece. Entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a Dios. Y mientras oras, perdona. Di: «Señor, ahora, en tu nombre, perdono a esa persona. Amén». ¡Así de simple!

—¿Solo eso?

—Me dijiste que esa persona está enferma, ¿verdad? Entonces, empieza a orar por ella, para que el Señor la sane.

—Bueno. Lo voy a intentar. Después le cuento.

—Además, envíale una carta diciéndole que te enteraste de su enfermedad y que estás orando por ella.

—¡Ah, no! No creo que pueda hacer eso.

—¡Inténtalo!

Ella lo hizo. Perdonó, oró y envió la carta. ¡Y se liberó! Dios la sanó cuando fue a la raíz del problema.

Dios quiere sanarnos interiormente y sanar nuestras relaciones. Para eso, el perdón es un paso insoslayable. El apóstol Pablo nos insta:

> *De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros*. (Colosenses 3:13)

Tenemos que perdonar todos los días. Perdonar setenta veces siete (Mateo 18:21–22). Y aprender a vivir perdonando.

EL EJEMPLO DE JOSÉ

Volvamos al ejemplo de José, el hijo de Jacob. Sus hermanos sentían celos de él porque era el preferido del padre. En cierta ocasión había tenido algunos sueños y cometió la imprudencia de contárselos a sus hermanos y a su padre. La interpretación de aquel sueño indicaba que tanto el padre como sus hermanos un día se inclinarían ante él, y eso aumentó los celos y la envidia que los hermanos ya le tenían.

Los hijos de Jacob eran pastores de ovejas. En una oportunidad, como se habían acabado las pasturas en aquella región, tuvieron que desplazarse a unos 80 kilómetros al norte para hallar pastos. Jacob mandó a José a llevarle comida a sus hermanos y a traerle noticias acerca de ellos. Le costó encontrarlos pues se habían desplazado 30 kilómetros más al norte del lugar en que deberían estar. Sus hermanos, al verlo llegar, primero planearon matarlo, luego lo arrojaron a un pozo, y finalmente lo vendieron a un grupo de comerciantes ismaelitas que iban a Egipto.

José lloraba y rogaba: «Por favor, no hagan esta maldad contra mí».

Y ellos, insensibles, lo vendieron como esclavo.

¡Por cuántos sufrimientos e injusticias pasó José! Tuvo que soportar la maldad de sus hermanos. Por la calumnia de la esposa de Potifar, su señor, fue a parar a la cárcel. José tenía todas las condiciones como para convertirse en una persona amargada, lleno de odio y resentimiento contra sus hermanos, contra la esposa de Potifar, y finalmente contra Dios. «Yo fui fiel a Dios, no pequé. ¿Cómo permitió Dios que la mentira y la calumnia prevaleciesen y yo fuera a prisión?».

Sin embargo, no fue así. José tuvo otra actitud. Él conocía la solución. Y la aplicó cada día a su vida. No había aprendido el Padrenuestro, pero sí había aprendido a caminar con Dios. La Biblia dice vez tras vez que Dios estaba con él. Y después de trece años de injusticias, sufrimientos, dolores y soledad, José llegó a ser gobernador de todo Egipto.

Veinte años después de haber sido vendido por sus hermanos hubo hambre sobre la tierra. Llegaron diez hijos de Jacob a Egipto a buscar alimentos, sin imaginar que el gobernador de aquel país era José. Cuando estos hombres regresaron por segunda vez, José no aguantó más y se dio a conocer a sus hermanos. El texto bíblico (Gen.43) dice: *«Entonces se dio a llorar a gritos…* Y José le dijo a sus hermanos: *Yo soy José; ¿vive aún mi padre? Y sus hermanos no pudieron responderle, porque estaban turbados delante de él. Entonces dijo José a sus hermanos: Acercaos ahora a mí. Y ellos se acercaron. Y él dijo: Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto. Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros. Pues ya ha habido dos años de hambre en medio de la tierra, y aún quedan cinco años en los cuales ni habrá*

arada ni siega. Y Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación. Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios, que me ha puesto por padre de Faraón y por señor de toda su casa, y por gobernador en toda la tierra de Egipto. Daos prisa, id a mi padre y decidle: Así dice tu hijo José: Dios me ha puesto por señor de todo Egipto; ven a mí, no te detengas»

¡Qué maravilla!

José tenía ahora toda la autoridad, sus hermanos estaban en sus manos. Pero se percibe en sus palabras que José no tenía ni una pisca de rencor hacia ellos. No los acusó, todo lo contrario; él mismo ayudó a aliviar el peso que ellos sentían, diciéndoles: *«Fue el soberano Dios, no ustedes, el que me envió aquí»*. Y el versículo 14 agrega: *«Y se echó sobre el cuello de Benjamín su hermano, y lloró; y también Benjamín lloró sobre su cuello. Y besó a todos sus hermanos, y lloró sobre ellos; y después sus hermanos hablaron con él»*.

Teniendo el poder para matarlos, José no se vengó de ellos; no los acusó. ¿Por qué? Porque mucho tiempo atrás él los había perdonado en su corazón y había comprendido una de las grandes lecciones de la vida: que por sobre todas las injusticias de los hombres está Dios. Y nada sucede sin que él lo permita. Porque *a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien* (Romanos 8:28).

José ya había perdonado a sus hermanos, y cuando se le presentó la oportunidad, solo les comunicó perdón y amor. Los abrazó y lloró, expresándoles amor, perdón y reconciliación.

Sus hermanos regresaron a casa a buscar a su padre. Imaginemos el desconcierto y la alegría de Jacob, después de haber llorado tantos años la supuesta muerte de su hijo José, enterarse ahora que su hijo vivía. Y Jacob fue llevado a Egipto.

Algunos años después, cuando Jacob murió, los hermanos temieron que José se vengaría de ellos.

Génesis 50:15–21 narra lo que sucedió entonces:

> *«Viendo los hermanos de José que su padre era muerto, dijeron: Quizá nos aborrecerá José, y nos dará el pago de todo el mal que le hicimos. Y enviaron a decir a José: Tu padre mandó antes de su muerte, diciendo: Así diréis a José: Te ruego que perdones ahora la maldad de tus hermanos y su pecado, porque mal te trataron; por tanto, ahora te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre. Y José lloró mientras hablaban. Vinieron también sus hermanos y se postraron delante de él, y dijeron: Henos aquí por siervos tuyos. Y les respondió José: No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos. Así los consoló, y les habló al corazón»*.

El que hablaba de ese modo no era José, era Jesús dentro de él. No había nada de odio, nada de venganza.

Es maravilloso perdonar. Es maravilloso amar a los enemigos. Es maravilloso vencer el mal con bien, mediante el Espíritu de Jesús. ¿No es maravilloso Jesús?

Si dices: «No puedo perdonar; ¡lo que me hicieron es demasiado fuerte!», Jesús no te condena, no te rechaza, no te acusa. Ni siquiera te obliga a perdonar. **Jesús te ayuda a perdonar**. Te dice: «Lo lograremos juntos tú y yo».

Cuando decimos: «No puedo perdonar», a él le agrada nuestra sinceridad. Jesús te dice: «Yo te comprendo». Solo él nos puede entender, porque él fue herido y despreciado en nuestro lugar. Cada vez que alguien nos trata injustamente, o nos lastima, o nos menosprecia; es a Jesús a quien se hiere, porque él llevó nuestras heridas y todos nuestros dolores. Él se hizo uno con nosotros. Nos dijo: «Yo no vine para condenar, sino para salvar». Fue escarnecido, insultado, escupido, robado, golpeado, empobrecido juntamente con cada uno de nosotros. Y finalmente fue asesinado. Experimentó todos los dolores y heridas en su cuerpo.

Aquel que se hizo uno contigo, ahora está muy cerca de ti. Él te quiere abrazar, besar. Quiere ser uno contigo para ayudarte a perdonar.

Capítulo 6

TERCERA CAUSA DE ENFERMEDADES ESPIRITUALES:

OPRESIONES DIABÓLICAS

Al predicar el apóstol Pedro en casa de Cornelio, señaló con claridad el propósito de la venida de Cristo:

> *Vosotros sabéis … cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*. (Hechos 10:37–38)

La unción de Jesús era para sanar a los oprimidos del diablo, tanto de las enfermedades físicas como de las ataduras espirituales, y Cristo desarrolló un amplio ministerio en la esfera de la liberación de opresiones demoníacas.

Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó. (Mateo 4:24)

Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos. (Mateo 8:16)

Además, hay casos particulares narrados en detalle, como el del endemoniado gadareno (Marcos 5:1–20), el mudo (Mateo 9:32), la mujer cananea (Mateo 15:21–28) y el muchacho lunático (Mateo 17:14–21).

San Juan declara en su primera epístola que Jesús apareció *«para deshacer las obras del diablo»* (1 Juan 3:8).

Satanás es un ser real, espiritual e invisible. Pero sus manifestaciones son visibles en la vida de muchas personas a través de los efectos destructivos y devastadores que ocasiona.

En todos los siglos la presencia del diablo se ha dejado sentir, generando opresiones, ataduras y aun posesiones satánicas en hombres y mujeres. La hechicería, la brujería, el culto a los muertos, la hipnosis, la magia, la adivinación, los encantamientos, las agorerías, son todos productos del infierno para someter a los seres humanos al dominio de Satanás.

En los tiempos actuales, vemos un crecimiento del ocultismo. El diablo sabe que le queda poco tiempo y multiplica su accionar. Cultos como la macumba, el umbanda y el espiritismo han invadido muchos países. Todos ellos se basan en ritos satánicos que producen destrucción tanto en quienes los practican como en aquellos que toman contacto con ellos. Engañan las mentes y prenden el alma a través de la búsqueda de experiencias sobrenaturales o de poderes que van más allá de las posibilidades naturales del hombre.

Por otro lado, prácticas aparentemente inocentes como el péndulo, el tirar las cartas, el juego de la copa, el tarot y la astrología, condicionan y atan a causa del temor o el fatalismo. Las cábalas y las supersticiones colocan al hombre en una situación de sometimiento al mundo espiritual de los demonios.

Muchos están ciegos y no ven hasta qué punto viven expuestos a la acción directa y libre de Satanás y sus huestes, algunos por libre elección y otros por ignorancia. Lo cierto es que una vez que el ser humano se coloca bajo la influencia de los demonios no puede escapar de su accionar a menos que reciba liberación divina.

El diablo reclama como suyo propio todo territorio rendido a él.

Al desarrollar la labor pastoral, me resulta increíble encontrar tanta cantidad de personas que sufren de ataduras y opresiones espirituales. La mayor parte de ellas ha tenido relación en algún momento de su vida con alguna práctica de ocultismo.

Satanás obra en las personas por distintas vías y en diferentes momentos. Algunos son perseguidos por los demonios desde la niñez. De algún modo su casa y su familia han estado abiertas al accionar del diablo.

Otras, en su juventud despertaron a una curiosidad por lo oculto e incursionaron en terrenos peligrosos. O tal vez se dieron a una vida de desenfreno sexual. El pecado sexual es una de las puertas favoritas del diablo. Hemos conocido prostitutas endemoniadas, poseídas por un espíritu de sexo desordenado. También en la homosexualidad operan los demonios. Y en ocasiones hemos visto mujeres bajo un fuerte espíritu de condenación y depresión de origen satánico a causa de haberse sometido a abortos.

Algunas personas se acercan a adivinos, brujos o curanderos en momentos de crisis, enfermedad o desesperación. Y quedan atrapados en sus lazos.

Son muchos los que sufren ataduras y opresiones diabólicas. Otros llegan al punto de quedar endemoniados y perder el control sobre su propia vida, mente y emociones cuando ese espíritu se manifiesta sobre sus acciones y conductas.

No todos tienen el mismo grado de opresión o posesión diabólica. Algunos sienten opresiones en su carácter permanentemente. Viven oprimidos, presos, deprimidos. Otros atraviesan por opresiones momentáneas. Los malos espíritus vienen y van, como en el caso del rey Saúl. Jesús describió la acción del diablo de la siguiente manera: *«El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir… »* (Juan 10:10).

De ese modo se da la acción del enemigo sobre la vida de las personas y de las familias. Resulta una labor destructora. Él roba la paz, la felicidad, la salud, la tranquilidad, la santidad, la armonía. Él mata, arruina, destruye. Así opera el diablo. Viene como un ladrón que se esconde. Trabaja en la oscuridad. Es un engañador, un mentiroso. Opera en las tinieblas.

El diablo no viene vestido de negro, con cuernos, un tridente y una cola larga. Si fuese así resultaría muy fácil descubrirlo. Él se esconde en las tinieblas. Trabaja a partir de la ignorancia de las personas, de su desconocimiento de la verdad y de la voluntad de Dios. De ese modo él entra furtivamente, como un ladrón en medio de la noche y destruye la vida de las personas.

Jesús vino *«para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia»* (Juan 10:10). Para que recibamos una vida plena, con alegría, paz y salud integral, porque Jesús nos ama y desea nuestro bien. Él declaró: *«Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia»*.

Tener vida en abundancia es poseerla de un modo que desborde como para compartir con los demás. Para poder brindarles a otros nuestra paz, nuestra alegría, nuestro amor, la presencia de Dios, la verdad, la gracia, el perdón. De manera que esa abundancia de Dios fluya a través de nuestras vidas. Todo lo opuesto al accionar del enemigo que viene para matar. Uno viene a dar vida, y el otro a quitarla. A robar y destruir.

El proyecto de Jesús es construir; el plan del diablo, destruir. El objetivo de Jesús es dar vida; el del enemigo, muerte.

De modo que en nuestra sociedad actual existen muchas personas oprimidas, que viven con un peso sobre su alma. Hay muchos abatidos, encadenados, presos, atados y endemoniados.

A raíz de estas opresiones, muchos sufren angustias exageradas y temores que los paralizan hasta un nivel irracional e incomprensible para la mente humana.

Sienten una compulsión muy fuerte a hacer cosas que no quisieran hacer. Tienen conductas que no pueden controlar porque están oprimidos y dominados por el enemigo. Algunos han sido invadidos por ideas y pensamientos obsesivos de destrucción, suicidio, maldad, violencia, criminalidad y cosas destructivas hacia los demás.

Lo cierto es que en cualquiera de esos casos se hace necesaria una liberación, y Cristo vino justamente a destruir las obras del diablo y a liberar a los que él tiene oprimidos.

Hace un tiempo, al viajar por el interior del país, conocí un matrimonio de nuevos convertidos. Eran jóvenes y enfrentaban un serio problema. Cuando él se enojaba, se descontrolaba y golpeaba a su esposa muchas veces durante aproximadamente una hora.

Ella estaba llena de moretones y machucada. Al volver en sí, él le pedía perdón llorando y le rogaba que no lo abandonara. Pero al poco tiempo, frente a otra situación parecida, volvía a enfurecerse y a pegarle nuevamente. Cuando me los presentaron, los hermanos de la localidad me pidieron que orara por ellos. Entramos en una habitación y conversamos un rato. Se hizo evidente que había ataduras satánicas. Él ya se había arrepentido y confesado sus pecados, así que pedimos su liberación a través de una oración sencilla:

«Señor, tú viniste a deshacer las obras del diablo, y en este momento reprendemos las obras de Satanás sobre esta vida y desatamos toda ligadura en el nombre de Jesús. Amén». El hombre quedó libre.

En otra ocasión fuimos un pastor y yo a orar por una mujer joven que acababa de ser madre. Era pariente de una hermana de la congregación. Una semana antes del parto había sufrido un ataque. Luego de una crisis de nervios había perdido la vista. A partir de ese momento comenzó a tener visiones de cosas obscenas y horribles que la torturaban día y noche. La llevaron al hospital. Después de todo tipo de estudios, los médicos declararon que no se trataba de ningún problema físico. No era neurológico. Dos días antes del parto recobró la vista pero las visiones continuaron. El niño nació bien pero ella siguió atormentada. No podía comer y se estaba consumiendo. Fue entonces que nos pidieron que oráramos por ella. De camino, con mi colega Alfredo Vartabedian pedimos la guía de Dios. Vino la unción del Espíritu Santo sobre nosotros, y el Señor nos dio esta palabra: «El Hijo del hombre vino para destruir las obras del diablo». Llegamos a la casa. Al conversar con la mujer, percibimos que algún hecho extraño debía haber ocurrido. Ella entonces nos relató que días atrás, mientras se encontraba en el trabajo, una amiga de su esposo había venido a visitarlo a la casa y los dos se habían quedado solos hasta

las doce de la noche. Ella no sabía lo qué había sucedido allí. Pero poco después le sobrevino este mal. Descubrió entonces que la amiga de su marido era espiritista y que había colocado un trapo blanco lleno de alfileres debajo de su colchón. Le había hecho una brujería, un daño que había tenido efecto sobre ella.

Oramos y reprendimos a Satanás y en el nombre de Jesús destruimos aquel objeto y nos fuimos. Durante un mes no tuvimos noticias. Cuando posteriormente vimos a su pariente nos informó que estaba completamente sana. Había sido liberada de las ataduras satánicas en el nombre de Jesús.

Y nos preguntamos, ¿por qué suceden estas cosas? ¿Cómo logra el enemigo atacar a tantas personas?

PUERTAS ABIERTAS

La Biblia dice: *«Al que aportillare vallado, le morderá la serpiente»* (Eclesiastés 10:8)

Al traspasar el vallado establecido por Dios, el hombre queda expuesto a la obra destructora y dañina de Satanás.

¿Qué actitudes le abren la puerta al enemigo, habilitándolo a realizar en nosotros su obra destructora?

1. Ocultismo

Una de las principales puertas que la gente le abre al diablo, la mayoría de las veces por ignorancia, es el ocultismo: la macumba, la hechicería, el espiritismo, el curanderismo, la adivinación y cosas semejantes. Esas no son cosas nuevas, porque el enemigo es muy viejo. Él es la serpiente antigua y no utiliza métodos nuevos. Repite las mismas estrategias y acciones bajo otros nombres.

Deuteronomio 18:9–14 dice: «*Cuando entres a la tierra que Jehová tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones Jehová tu Dios echa estas naciones de delante de ti. Perfecto serás delante de Jehová tu Dios. Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y a adivinos oyen; mas a ti no te ha permitido esto Jehová tu Dios*».

Se trataba de pueblos paganos e idólatras que adoraban a los ídolos y practicaban el ocultismo, algo que Dios les había prohibido a sus hijos cuando los introdujo a la tierra prometida. Dios les advirtió, los instruyó y declaró abominables aquellas prácticas. Los conminó a no practicarlas.

Aquí se nos presenta una larga lista de prácticas ocultistas. La idolatría muchas veces se mezcla con ocultismo, magia, curanderismo, adivinación, hechicería, horóscopos y predicciones, además de otras cosas semejantes que han aparecido hoy en día. También la Biblia advierte acerca de aquellos que consultan a los muertos, una práctica común entre los espiritistas. Todo eso abre puertas al enemigo.

Muchas personas, en su ignorancia, se abren a este tipo de prácticas, intentado comunicarse con algún ser querido ya muerto o procurando saber qué les depara el destino.

Algunos se acercan a una curandera para deshacer trabajos que se han hecho en contra de ellos, y de ese modo se meten en más problemas con los demonios.

Otros acuden a alguna hechicera de la magia negra por odio y con deseos de vengarse de alguien, a fin de hacerle un daño. Otras personas buscan obtener algún bien a través de la magia blanca. Todo eso constituye un campo abierto para el obrar del enemigo.

Satanás ataca y toma dominio de las personas que se enredan con esas prácticas prohibidas por Dios. Cuando alguien traspasa los límites establecidos por el Señor, queda expuesto a la operación del diablo. De ese modo, las prácticas ocultas prohibidas totalmente por Dios consiguen abrir una puerta.

Ciertas personas hacen alianzas para lograr el éxito en sus vidas, sea en el amor, en los negocios o en lo referido a la salud. No lo saben, pero al acercarse a los curanderos están pactando con el enemigo, y así se ven involucrados en distintos tipos de prácticas. Otros recurren a ellas buscando sanarse de alguna enfermedad. Y están los que consultan a los muertos porque extrañan a algún ser querido que ya falleció y son atraídos y tomados por los demonios.

2. Descontrol moral

También se abren puertas a Satanás a través del descontrol moral. Algunas personas viven en tal libertinaje y descontrol sexual que su conducta le da entrada al maligno. La prostitución, el adulterio, la fornicación, la homosexualidad y el aborto son puertas abiertas.

Cuando uno abre una puerta, no significa que el enemigo vaya a entrar inmediatamente, sino que queda abierta la posibilidad de que entre. Muchas personas, al abrir esta puerta, son tomadas por el enemigo, y ese pecado se vuelve algo compulsivo, no lo pueden controlar.

3. Odio

Esta es otra de las puertas por donde puede entrar el enemigo. El rencor, si no se lo quita a tiempo, puede crecer y transformarse en odio. Y algunos van aún más allá, tienen fuertes deseos de venganza. Algunos bajo una fuerte emoción negativa llegan a gritar a ciertas personas “te odio, te odio”. Y el enemigo aprovecha esta puerta abierta para entrar y potenciar ese sentimiento de odio.

4. Emociones traumáticas

Algunos experimentan emociones traumáticas como un gran susto o una experiencia muy fuerte, en muchos casos, ocurrida en la infancia.

Recuerdo que una mujer contó que, siendo pequeña (de cuatro o cinco años) su abuelo murió y la acercaron al féretro y la obligaron a besar a su abuelo muerto. Aquello le produjo un susto tan grande, una sensación tan fuerte, que el enemigo la tomó, y tuvo trastornos durante muchos años de su vida, hasta que el Señor la liberó.

LA LIBERACIÓN

Podríamos decir mucho más acerca del tema. Estas no son las únicas puertas, hay otras con características similares; pero, en todo este tema, lo importante es la liberación. Ya hemos leído el texto de 1 Juan 3:8: *«Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo»*.

El evangelio declara en Juan 8:36: *«Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres»*.

Este es el propósito de la venida de Jesús. La liberación de todos aquellos que se encuentran presos, oprimidos, atados, enajenados o cautivos en manos del enemigo.

¿Cuál es el **fundamento de la verdadera liberación en Jesús** para todas las personas?

Jesús venció al enemigo en su vida personal

Cuando Jesús recibió la unción del Espíritu Santo, fue conducido al desierto para ser tentado por el diablo. Así como tentó a Eva, y a través de ella a Adán, Satanás se presentó con las mismas intenciones ante una persona que nunca había pecado y que ya tenía treinta años de edad; se llamaba Jesús.

¿En qué consistió esa tentación? El diablo quiso tentar a Jesús para que hiciera un milagro independientemente de su Padre, sometiéndose a la sugerencia o a la voluntad de Satanás: *«Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan»*. Y Jesús le respondió: *«No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»* (Mateo 4:3–4). Y venció al enemigo. Tres veces el diablo lo atacó en el desierto; y las tres veces resultó vencido por Jesús. En ningún momento el Hijo de Dios se sometió al maligno. Jesús venció a Satanás en la tentación personal siempre.

Jesús venció al enemigo en su ministerio

Muchos endemoniados eran traídos ante Jesús, y él con la palabra expulsaba los demonios. Cuando Jesús llegaba a algún lugar, los demonios se agitaban y gritaban; porque Jesús por no haber pecado nunca, tenía autoridad sobre el maligno. El enemigo no tenía ninguna potestad sobre él. Durante su ministerio liberó a todos los oprimidos, cautivos y endemoniados, expulsando a los demonios con su autoridad.

También les dio autoridad a los discípulos para que hicieran lo mismo en su nombre, esto es, de parte de él. *«He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará»* (Lucas 10:19). Ellos fueron revestidos con la autoridad de Jesús para liberar a todos los oprimidos por el diablo.

Jesús venció al enemigo a nuestro favor en la cruz

Lo que habilita a Satanás a tener acceso a nosotros y tratar de dominarnos es nuestro pecado. El pecado no es de Dios, pertenece a Satanás. Cuando yo peco, le doy lugar al enemigo, le abro la puerta. A causa del pecado, el diablo había adquirido dominio y potestad sobre todos los hombres, pues todos somos pecadores. Pero Jesús cargó sobre sí el pecado de todos nosotros y murió en la cruz.

La Palabra de Dios declara que él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Él cargó sobre su cuerpo los pecados de todo el mundo cuando murió en la cruz; y mediante su sacrificio quitó nuestros pecados. Pagó el precio que todos nosotros debíamos pagar por ellos a Dios. Nuestros pecados fueron borrados por la muerte de Jesús a nuestro favor. Así anuló el documento que era contrario a nosotros.

Colosenses 2:13–15, declara: *«Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados. Él anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y la quitó de en medio clavándola en la cruz. Y despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz»* (RVR95).

Alabemos a Jesús por su victoria definitiva sobre principados y potestades. Él anuló aquel escrito, canceló el documento de deuda clavándolo en la cruz. Y así despojó a los principados y potestades de todo derecho, de toda instrumento de dominio sobre nosotros, triunfando sobre ellos en la cruz. ¡Alabado sea el Señor!

Hebreos 2:14–15, señala: *«Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre».*

Jesús se hizo carne. Él participó de carne y sangre, igual que nosotros, para destruir con su muerte al que tenía el poder de la muerte, esto es al diablo. El enemigo que nos tenía dominados fue destruido por Jesús en la cruz para que nosotros hoy seamos libres. Para *«librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre».*

En la cruz, Jesús venció. Murió para destruir al diablo, para derrotarlo en nuestras vidas y para que resultáramos libres de aquel que tenía el imperio de la muerte.

Muchos de nosotros le temíamos a la muerte antes de conocer a Jesús, pero ahora él nos libertó. Y de ese modo, en la cruz, Jesús obtuvo la victoria, la liberación para todos nosotros. Y

una vez que resucitó de entre los muertos, declaró: *«Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra»*.

Hoy Jesús es el Señor, y tiene toda autoridad en los cielos y en la tierra

Toda la potestad del universo le fue dada a un hombre llamado **Jesús**, que siendo Dios se hizo hombre y venció a Satanás como hombre. Lo venció en su vida personal, en su ministerio, y finalmente como representante de todos nosotros lo confrontó y lo venció en la cruz.

Del mismo modo en que David venció a Goliat en representación de todo el pueblo de Israel, y por su victoria todos obtuvieron la victoria; del mismo modo Jesús, él solo venció en la cruz a nuestro Goliat, Satanás, y su victoria nos trajo victoria a todos nosotros sobre el diablo.

El Padre exaltó a Jesús hasta lo sumo y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, ¡y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor!

«Toda rodilla» incluye a Satanás, a los principados, a los demonios del aire, de la tierra, y de debajo de la tierra. Jesús fue puesto sobre toda potestad, principado, poder y dominio, y sobre todo nombre al que se pueda hacer referencia en este siglo y en el venidero. El Padre colocó todas las cosas debajo de sus pies para que él fuera la Cabeza de todas las cosas y de su iglesia.

Hoy Jesús reina sobre todo principado, sobre toda autoridad, sobre toda potestad, sea humana o diabólica. Él es el Señor glorioso y victorioso.

EL CAMINO DE LA LIBERACIÓN

Para aquellos que en sus años de ignorancia y tinieblas han participado de prácticas ocultas (a través de trabajos, hechicerías, macumba, espiritismo y cualquier cosa por el estilo), o han abierto puertas al enemigo a través del descontrol moral, el odio, la venganza o el temor, existe un camino de liberación señalado en la palabra de Dios.

Primero, tenemos que **arrepentirnos y confesar** todo pecado porque el pecado abre puertas al diablo. Debemos confesar y renunciar a todo pecado y a toda maldad. También es necesario **renunciar al diablo**, a toda alianza y rechazar toda vinculación o experiencia que hayamos tenido en el pasado con el enemigo, sea a través del ocultismo o de cualquier participación en prácticas prohibidas por Dios.

Segundo, si poseemos objetos trabajados, es necesario **quemar o destruirlos en el nombre del Señor**. Como hicieron en Hechos 19:18–19. Todos aquellos que practicaban el ocultismo trajeron sus libros y objetos y los quemaron confesando sus pecados. Y hubo en aquella cuidad una gran liberación. Las estructuras religiosas y comerciales de la ciudad se sacudieron por aquel gran avivamiento en Éfeso. Millares de personas que habían practicado

el ocultismo, ahora, en el nombre de Jesús, confesaban su pecado, renunciaban al diablo y quemaban aquellos objetos.

Tercero, tenemos que **confesar a Jesús como Señor**. Porque no actuamos en base a nuestra propia autoridad, sino en base a la de aquel que venció a los principados y potestades. Y luego de renunciar y confesar, es importante orar, reprender al enemigo en el nombre de Jesús, cortar, desatar, expulsar al diablo, y ordenarle en el nombre de Jesús que salga fuera.

Cuarto, debemos **creer que lo que decimos será hecho**. Tenemos que creer en la autoridad de Jesús. Ningún demonio puede resistir la palabra pronunciada en nombre de Jesús, en el nombre de aquel que lo venció. Es muy importante la fe. Dijo Jesús que si dijéramos a esta montaña, ve y échate en el mar sin dudar en nuestro corazón, sería hecho. Y cuando expulsamos al demonio y le ordenamos que salga de una persona y se vaya al abismo, tenemos que creer que no estamos hablando con nuestra boca, sino que es Dios el que lo hace. La fe es crucial para la liberación.

Quinto, debemos **proclamar la verdad**. La verdad de Dios. La victoria de Jesús. Proclamar que Jesús es el Señor. Declarar que en Jesús somos libres, que él ha quebrado nuestras cadenas, y ha roto toda atadura. Es importante **conocer y permanecer en la verdad.** En Juan 8:31–32 Jesús dice: *«Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»*. Conocer la verdad es trascendental porque esa verdad de Dios es la que nos libera. Sin embargo, a mí me gusta la primera parte del versículo: *«Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos»*. Tenemos que permanecer en su palabra. Declararnos discípulos de Jesús. No hay progreso posible si no nos transformamos en discípulos de Jesús. Un discípulo de Cristo es aquel que rechaza toda mentira del diablo. Es el que cree con todo su corazón en la palabra del Señor. Un discípulo es el que conoce la verdad y es libre por ella. Y permanece en su Palabra.

Ahora, entra en tu cuarto, íntima con Dios y concéntrate en el Señor. Si has sido libre de toda atadura, de toda opresión, de toda obra del enemigo, alaba al Señor y agradécele por su victoria y por su gracia en tu vida. Si tienes alguna duda, si existe algo del pasado que todavía no has confesado explícitamente, alguna cosa a la que no has renunciado, ahora puedes confesar, renunciar y rechazar.

Mucha gente es libre de todo su pasado el día en que se convierte. Otros lo son al ser bautizados. Pero en otras ocasiones persisten situaciones que no han sido del todo resueltas. Si ese es tu caso, si tienes alguna duda, no pierdes nada renunciando otra vez, rechazando y rompiendo cualquier alianza o acción del enemigo y cerrando cualquier puerta que hayas abierto en el pasado.

En tu interior ora de este modo, en el nombre de Jesús:

Yo renuncio en el nombre de Jesús y rechazo ahora, en su nombre, toda atadura que haya en mi vida. Toda opresión. Cierro todas las puertas que le abrí al enemigo en el pasado, en el nombre de Jesús. Reprendo a Satanás en mi vida. Satanás y sus espíritus inmundos: en el nombre de Jesús ahora los expulso de mi vida, de mi mente. En el nombre de Jesús. Salgan fuera de mí.

Hoy, Jesús, te declaro mi Señor y mi libertador. Tú eres el dueño de mi vida. Creo en ti, en tu perdón y en tu victoria. Me declaro libre en el poder de tu nombre.

Creo que Jesús es el Señor. Creo en su victoria. Creo en el poder de su muerte y resurrección. Yo acepto tu verdad, Jesús. Tu verdad me hace libre. ¡Gracias Jesús!

En el nombre de Jesús y en la autoridad que él nos confiere, yo reprendo al enemigo en tu vida y ordeno en el nombre de Jesús a los demonios y espíritus inmundos que salgan de la vida de aquel que está leyendo estas páginas y que ha renunciado al pecado y a Satanás. Yo corto ahora toda alianza, toda atadura y opresión del enemigo, invocando el nombre del Señor Jesús. Amén.

Capítulo 7

CUARTA CAUSA DE ENFERMEDADES ESPIRITUALES:

MENTIRAS DEL DIABLO

PRODUCEN DEPRESIÓN, TEMORES Y FORTALEZAS

DEPRESIÓN

> *«Me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón»* (Isaías 61:1)

Los abatidos son los que están deprimidos, vencidos, cansados, desanimados definitivamente. Como decimos vulgarmente, los que «han tirado la toalla». Satanás les ha dicho: «Para ti ya no hay solución. Tus circunstancias son muy difíciles. El pastor predica todos los domingos que hay que creer, pero la realidad es que para tu caso no hay una solución».

San Pablo señala en 2 Corintios 4:9 que podemos estar «derribados, pero no destruidos». Nos muestra la actitud que debemos asumir ante las pruebas.

Pablo tuvo tribulaciones, apremios, apuros, persecuciones, pruebas, en un grado mucho mayor que nosotros. Fue derribado. Pero no quedó destruido. Un boxeador que esté librando

un combate sobre un ring puede ser derribado por su contrincante; esa caída puede resultar definitiva (K.O.), o puede que él se levante y siga luchando. Derribado no necesariamente significa destruido.

Hay quienes están derribados, desanimados, deprimidos, sin fe ni esperanza. Ante los sufrimientos, ante las circunstancias adversas han aflojado, han bajado la guardia. Han dicho: «No puedo más».

Existen esposas derribadas a causa de maridos malos, incomprensivos, groseros, egoístas. También esposos desalentados por esposas siempre quejosas y dadas a la rencilla. Se sienten interiormente vencidos. No pueden divorciarse porque son temerosos de Dios. Además están los hijos de por medio. Deciden seguir adelante hasta el fin, pero vencidos.

Otros están derribados interiormente a causa de enfermedades reiteradas, escasez económica prolongada en la familia, injusticias repetidas. Han orado, han pedido a Dios que les traiga alivio, que les dé victoria. Finalmente se dejaron abatir.

La depresión responde a diferentes razones, que luego expondré. Pero tengo una buena noticia para los deprimidos. Jesús dijo: El Padre me ha enviado a traer buenas noticias a los abatidos, a sanar los corazones quebrantados.

Él no nos engañó, diciéndonos: «Sígueme, y no tendrás más problemas». Él nos advirtió que en el mundo tendríamos aflicciones; pero nos prometió victoria en medio de las aflicciones si confiábamos en él (Juan 16:33).

Nos prometió estar con nosotros todos los días hasta el fin (Mateo 28:20). Nos aseguró que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien (Romanos 8:28).

La buena noticia es que él nos hace más que vencedores en medio de las circunstancias más difíciles (Romanos 8:37). El Señor usará el sufrimiento para santificarnos y conformarnos a la imagen de Cristo.

Lo que nos sana es una actitud de fe ante el sufrimiento. El saber que Dios está por encima de los problemas, que el Señor reina. Y que ese Señor Todopoderoso que reina es nuestro Padre, que nos ama y que todo lo ha determinado para nuestro bien. Que ese esposo tan difícil lo ha colocado él a tu lado. El Señor no aprueba la maldad de tu marido ni el trato injusto que recibes de tu patrón o de tus padres, pero los usa para hacerte como él quiere, para formarte a la imagen de Jesús. Llegará un día en que el Señor juzgará al que te maltrata. Pero eso no es asunto tuyo, sino de él.

El trato injusto no abate a nadie. Basta mirar a Esteban. ¡Mayor injusticia que la que él sufrió, imposible! Los judíos, después de escuchar su mensaje, lo apedrearon hasta morir. Él se sostuvo hasta el último momento y aun oró por sus asesinos, porque no miraba sus sufrimientos presentes, sino al Señor. «¡He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios!» (Hechos 7:56), dijo justo antes de pasar por el martirio. Esa es

la visión que precisamos tener nosotros en medio del dolor. El padecimiento y la muerte no destruyeron a Esteban. Lo derribaron, pero en su espíritu él estaba de pie, firme en la fe y en la gracia de Dios.

Pablo expresa así su confianza:

> *Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria.* (2 Corintios 4:17)

¡Buenas noticias! *Todas las cosas les ayudan a bien a los que aman a Dios!*

Esta es la buena noticia para el derribado: el Señor está trabajando en tu vida. Míralo a él con una mirada de fe. Él te puede levantar, ponerte en pie y fortalecerte en medio de tus aflicciones.

He aprendido una ecuación espiritual:

TEMORES

Muchas personas sufren de temores, ocasionados por las mentiras de Satanás.

Para una mejor comprensión, convendría diferenciar entre tres clases de temor:

a. Temor natural, normal y sano que nos preserva del peligro.

b. Temor reverencial a Dios, que es una virtud, y nos preserva del pecado.

c. Temor esclavizante que inhibe, destruye e impide el pleno ejercicio de las facultades de una persona.

A esta última clase me refiero, la que resulta en una emoción negativa.

Algunos sienten temor por el futuro. Satanás les ha dicho: «Todo es muy incierto en esta época. Quizá el sueldo no te alcance cuando los chicos crezcan. O tal vez pierdas el empleo. Quién sabe si no enfermarás. Nadie tiene seguridad». Y todas estas posibilidades rondan sus mentes y los inquietan.

Otros temen recibir malas noticias, sufrir desgracias en la familia, enfrentar enfermedades o muerte. Pensamientos como: «¡Demoran demasiado, deben haber tenido un accidente!», «¡Hay tanta delincuencia hoy en día! ¿Y si nos asaltan en la calle? ¿Y si entran a robar en casa?»

«¿Si me ataca una patota y me viola o me mata?» «¿Qué será esta inflamación en el brazo? ¿Acaso un cáncer?» Estas ideas asaltan la mente. Son generadas en el mismo infierno y están destinadas a angustiarnos y hacernos vivir inseguros.

El temor a la soledad («Todos te van a abandonar tarde o temprano»), a no ser aceptado («Todos te dejan de lado»), a hacer un papelón en público («Cuando tengas que hablar no vas

a saber qué decir, te vas a olvidar de todo»), a fracasar («Eres un incapaz»), son muy comunes y frecuentes.

Se trata de temores excesivos y agobiantes que asaltan, crean ansiedad, perturban, quitan la paz y la alegría. El temor es fe negativa, es creer las mentiras del diablo y esperar que suceda lo que él anuncia de antemano.

«Porque el temor que me espantaba me ha venido, Y me ha acontecido lo que yo temía», se lamentó Job (capítulo 3:25). El temor invita al accionar del diablo.

Pero la fe mueve el brazo de Dios.

David exclamó:

> *Busqué a Jehová, y él me oyó, Y me libró de todos mis temores.*
>
> *Este pobre clamó, y le oyó Jehová, Y lo libró de todas sus angustias*. (Salmo 34:4, 6)

¿Cuándo nos libra el Señor? Cuando clamamos en forma específica. «Señor, cada vez que mi esposo sale de viaje yo siento temor. Tengo miedo de recibir malas noticias. Líbrame, oh Dios». Entonces el Señor nos libra a través de su verdad. Nos da una palabra que nos fortalece para tomar victoria sobre el temor. Necesitamos creer esa palabra, porque «el justo por su fe vivirá» (Habacuc 2:4).

David la recibió y fue librado:

> *El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, Y los defiende*. (Salmo 34:7)

David decidió creerle a Dios y rechazar la mentira de Satanás, y sus temores desaparecieron.

Es preciso orar, pedir al Señor una palabra específica sobre el temor que nos ata, y cuando la recibimos creerla y proclamarla. Es útil anotar y memorizar una porción bíblica que Dios nos dé para poder repetirla cuando el diablo quiera envolvernos nuevamente en sus mentiras.

FORTALEZAS

La expresión bíblica fortalezas es el equivalente a complejos o traumas (véase 2 Corintios 10:4–5). Resulta un término muy descriptivo, ya que una fortaleza es un castillo o un fuerte de paredes anchas y sólidas, construido piedra por piedra a través de mucho tiempo.

Satanás edifica fortalezas espirituales en nuestra mente. Las construye por medio de la reiteración de una mentira en diferentes ocasiones y circunstancias durante años, como quien acomoda piedras para levantar una muralla.

Generalmente esto tiene origen en la niñez, cuando él comienza a introducir en nosotros pensamientos como: «Nadie me quiere», «Soy un inútil» o «No tengo suerte en la vida».

Jesucristo identifica a Satanás como el gran mentiroso:

> *El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.* (Juan 8:44)

Y contrasta su obra con la del diablo:

> *El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.* (Juan10:10)

El objetivo de Satanás es la conquista de nuestra mente. Su estrategia, colocar en nuestro pensamiento sus mentiras sin que nos demos cuenta de que lo son y de que provienen de él.

Todo lo que pensamos acerca de nosotros, de la vida, de Dios, de otros, de nuestras circunstancias, puede ser verdad o mentira.

Si pensamos en términos de mentiras, estas nos atan y destruyen. Si, en cambio, la verdad es lo que domina en nuestra mente, ella nos libera y edifica.

> *Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.* (Juan 8:32)

William Backus y Marie Chapian escribieron un excelente libro titulado *Dígase la verdad*, del que quiero transcribir algunos párrafos. Backus es fundador del Centro Cristiano de Servicios Psicológicos, pastor luterano, doctor en teología y psicología. Chapian es psicoterapeuta del mismo centro.

«Una vez que extirpamos las irracionalidades y mentiras de nuestro pensamiento y las reemplazamos por verdad, podemos tener vidas satisfactorias, ricas y emocionalmente plenas ...

Las creencias erróneas son la causa directa del desorden emocional, de las conductas inadaptadas, y de la mayoría de las llamadas enfermedades mentales. La causa de aquellas conductas destructivas en las que persiste la gente, aún teniendo plena conciencia de que son perjudiciales (tales como comer de más, fumar, mentir, emborracharse, robar o cometer adulterio)...

Pero por favor, créanme, las creencias erróneas que nos decimos a nosotros mismos vienen directamente de lo más profundo del infierno. Son formuladas y despachadas por el propio diablo. Este es muy sagaz para repetir las creencias erróneas. No quiere correr el riesgo de ser descubierto, de modo que siempre hace aparecer como verdad la mentira que dice...

¿Qué es lo que hace que nos sintamos como nos sentimos? El estado de tu bioquímica puede afectar la manera en que te sientes. Hay formas de cambiar el estado de tu bioquímica, por

ejemplo, medicamentos. Otra forma es comenzar a mantener una buena alimentación y un buen funcionamiento del cuerpo. También tus pensamientos pueden afectar tu bioquímica. Así es; lo que estás pensando en este mismo momento puede en realidad cambiar la composición química de las células de tu cerebro y del resto de tu sistema nervioso central. ¿Puedes creer que las afirmaciones de tu monólogo interno en realidad pueden alterar tu conducta glandular, muscular y neural?…

Cambia las creencias de un hombre y cambiarás sus sentimientos y su conducta. Para lograr nuestras metas, tanto en este libro como en la vida, debemos descubrir, analizar, cuestionar y reemplazar sistemáticamente las creencias erróneas de nuestra vida con la verdad».[3]

Como el asunto de las fortalezas es algo extenso, considero conveniente dedicarle los dos capítulos siguientes, a fin de poder darle al tema un desarrollo adecuado.

TERCERA PARTE

DESTRUCCIÓN DE FORTALEZAS

Capítulo 8

¿CÓMO SE FORMAN LAS FORTALEZAS?

Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo. (2 Corintios10:4–5)

Como mencioné anteriormente, la palabra «fortalezas» alude alegóricamente a los complejos y traumas.

Literalmente, el término se refiere a esas construcciones fortificadas que rodeaban a un castillo o una ciudadela. Dentro de sus muros, el rey o el señor de esa región se sentía seguro y protegido. Él mismo encomendaba y dirigía la edificación de la muralla, con la finalidad de

[3] William Backus y Marie Chapian, *Dígase la verdad*, Editorial Betania, 1983, pp. 16–18, 26–27.

impedir la entrada de quienes no deseaba dentro de los límites de su territorio. Era una ardua y prolongada labor.

Satanás realiza una tarea semejante. Se instala en nuestra mente y desde allí comienza a erigir una muralla de pensamientos mentirosos contra la verdad de Dios. La idea es destruirnos desde adentro, contando con nuestra ignorancia en cuanto a su accionar (generalmente creemos que todos esos pensamientos se originan en nosotros y no caemos en cuenta de que provienen del diablo). Esto le permite continuar su obra devastadora en el ser interior.

Como para despertarnos a la realidad Pablo declara: «porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas ».

Esas fortalezas, obviamente, son algo dañino que ha crecido dentro de nosotros y que es preciso derribar. Como no son materiales sino espirituales, necesitamos para ello armas espirituales.

Es interesante notar la utilización de términos militares en el pasaje: «milicia», «armas», «destrucción», «fortalezas», «se levanta contra», «cautivo» y «obediencia». Es evidente la alusión a una guerra espiritual y el llamado del apóstol a combatir contra todo lo que se opone al conocimiento de Dios; en este caso, argumentos y altivez de origen satánico.

No podemos permanecer pasivos frente al avance del enemigo dentro de nosotros. Tampoco luchar desde el plano de lo natural. «Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne», señala el versículo 3. No podríamos alcanzar la más elemental victoria. La lucha se ha de desarrollar en la esfera espiritual y con las armas de Dios.

Tenemos que destruir las fortalezas: *«Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios»*. Si son argumentos, se trata de obstáculos en un nivel mental. Si en cambio es altivez, tiene que ver con problemas en un nivel emocional o de actitud interior. Cosas que se han levantado contra Dios, contra el conocimiento de Dios, contra la verdad de Dios. Precisan ser derribadas.

Pablo progresa aun más: *«Llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo»*. Todo lo que pensamos, todo lo que sentimos debe ser llevado cautivo para que se someta a Cristo. Cada pensamiento, cada sentimiento tiene que quedar totalmente sujeto a él.

Sintetizando, podemos señalar las dos operaciones que tienen que efectuarse en nuestro interior de la siguiente manera:

1. Toda fortaleza interior, todo pensamiento, argumento o altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, debe ser destruido. Esto es derribar fortalezas, desechar las mentiras del diablo.

2. Todos nuestros pensamientos, sentimientos y actitudes necesitan ser llevados a la obediencia, a la sujeción a Cristo. Esto es edificar nuestro ser interior, creer la verdad de Dios.

¿CÓMO SE FORMAN LAS FORTALEZAS INTERIORES?

Para ilustrarlo, tomemos un caso que suele ocurrir con bastante frecuencia.

Una niña pequeña un día se porta mal. La mamá se enoja mucho. Se pone nerviosa y le da una tremenda paliza. Le grita y la llama tonta o inservible. Enfatiza que su comportamiento le está amargando la vida.

Frente a ese ataque de ira de su madre, la niña sufre un impacto y brota un pensamiento de su interior: «Mamá no me quiere».

¿Quién le sugiere esa idea? Un demonio. Aprovecha esa circunstancia negativa para colocar la primera piedra de la fortaleza. La niña piensa: «Mamá no me quiere», y lo cree. ¡Ya está! La obra de destrucción comenzó.

Pasan algunos días. La mamá felicita a su hermana cuando vuelve del colegio con buenas calificaciones. También ella había sacado buenas notas el día anterior, pero la mamá no le dijo nada. (Tal vez no se dio cuenta o no le prestó mucha atención al asunto.) Entonces el mentiroso se le acerca y le susurra al oído: «¿Te das cuenta? Tu mamá no te quiere». Coloca una segunda piedra.

Se forma en ella lo que se llama un prejuicio o un preconcepto. De aquí en adelante, la niña juzgará la conducta de su madre desde este preconcepto: «Mi mamá no me quiere».

A la semana siguiente, como siente que su mamá no la quiere, comienza a actuar con más rebeldía. Su madre vuelve a darle otra paliza. «¿Lo ves? Te pega porque no te quiere». Tercera piedra de la fortaleza.

Uno de esos días la mamá castiga a su hermana, tal vez más fuerte que lo que le pegó a ella, pero ya no lo toma en cuenta porque quien tiene un prejuicio solo registra lo que responde a lo que tiene en su interior.

El sentimiento de que su mamá no la quiere se va haciendo más fuerte. A medida que pasan los años se vuelve cada vez más sensible, comienza a sospechar que su hermana no la quiere, que su tía siente preferencias por otras sobrinas.

Entra en un círculo vicioso. Como piensa que no la quieren, se porta peor, demuestra rebeldía. Por su mal comportamiento se va ganando antipatías. Los familiares miran con más simpatía a su hermana que tiene mejor conducta. Esto reafirma su sentir: «No me quieren».

Lo que en un principio fue solo una mentira sin fundamentos, parece mostrar evidencias de ser verdad. Pero se trata de una realidad producida por una mentira.

La niña crece, se vuelve mujer, y tiene adentro una fortaleza. Los psicólogos lo denominan complejo o trauma.

La historia particular de cada uno puede diferir, pero toda fortaleza es provocada por la mentira de Satanás. A unos los engaña de una forma, a otros de otra. Lo cierto es que muchas personas llegan a la iglesia con fortalezas interiores. No saben cuándo comenzaron a formarse ni cómo. Pero la realidad es que están allí.

Hay quien se dice: «Yo no soy nadie. No, no soy nadie. Ese otro sí, pero yo no soy nadie. No me saludan. Cuando falto ni siquiera lo notan; nadie se preocupa por mí. Esté o no esté da lo mismo. No soy nadie».

Y se va cargando cada vez más con ese pensamiento repetido a través de los años y contrario a la verdad de Dios.

Otro piensa: «Yo no tengo suerte en la vida. Esa persona, sí. Y esa otra también; ¡mira qué bien le va! Pero a mí no. Yo no tengo suerte».

Claro que esta apreciación no es objetiva. No es la verdad. Uno tiene que estar metido en los zapatos del otro para conocer todas las dificultades que le toca enfrentar. Pero el que está condicionado por el prejuicio «yo no tengo suerte», lo único que hace es fotografiar los momentos buenos del otro. Consigue llenar un álbum grande, pero solo con las cosas positivas que le suceden. En cambio, con respecto a sí solo logra registrar las cuestiones negativas. Y la fortaleza crece y se afirma en él. Toma cuidadosa nota de todos sus problemas y los tiene siempre presentes. Repasa permanentemente su «álbum» de recuerdos negativos; lo compara con los de otros, que le parecen cargados de cosas buenas. Se fija en una y otra persona para contabilizar todo lo positivo que le sucede: «¡Mira que buena esposa tiene! ¡Y qué hijos! ¡Qué casa se compró fulano! ¡Cuánto dinero tiene mengano! Pero yo, ¡no tengo suerte en la vida!» Se siente pobre, desgraciado, infeliz, desolado. El pensamiento negativo le produce un sentimiento negativo, que lo hace vivir triste, angustiado, afligido, sin gozo, sin brillo, como si realmente no tuviera suerte en la vida.

Otro ejemplo: «Yo no sirvo para nada: ¡Soy una inútil! ¡Qué bien cocina fulana! ¡Qué capaz para realizar las tareas de su casa es esa otra! Yo, en cambio, no sirvo para nada. No tengo habilidad para nada en especial».

Quizá, siendo niña, al lavar los platos un día se le cayó una fuente muy bonita y se le rompió. Entonces su madre le gritó: «¡Inútil! ¡Manos de trapo! ¡No sirves para nada!» Ya le colocó la mentira.

¡Cuántas madres les dicen a sus hijas: «El día que te cases te va a ir mal! ¡Pobre marido! No sirves para nada. Cuando yo tenía tu misma edad era de tal manera. Tú en cambio ...» ¡Mentiras! ¡Exageraciones! Sin darse cuenta, se transforman en instrumentos de Satanás para la construcción de fortalezas en sus hijos.

Volviendo a la niña, la próxima vez que le toca lavar los platos se pone nerviosa. Tiene aún en sus oídos las palabras de su madre. Y como está tensa, es probable que otra vez se le caiga alguna pieza de la vajilla y se rompa. Como ya está acomplejada se pone peor, más torpe. Luego

de algunos incidentes más, comienza a comportarse de acuerdo con la fortaleza que se ha levantado en su interior; se convierte en una inútil.

El enemigo construye una fortaleza en su mente, y esa fortaleza altera su conducta. Y quien la observa dice: «¡Pobre chica! ¡Realmente es una inútil, no sirve para nada!» Pero, ¿por qué es una inútil? Porque está atada, porque cree que no sirve. Y conforme a su fe le es hecho. Si uno piensa que no sirve, entonces no sirve. Pero si considera que sirve, ¡pues sirve!

Lo que se tiene adentro es lo que determina la conducta, la forma de actuar.

Algunas chicas dicen: «Nunca me voy a casar. Nadie se va a fijar en mí y voy a quedar soltera». Bueno, conforme a lo que piensan, muchas veces les resulta. Otras expresan este temor: «El día que me case me va a ir mal, voy a fracasar». Lo repiten tantas veces, que se quedan completamente convencidas. ¡Y fracasan! Hay algo adentro que no les permite ser libres como Dios las hizo, que no las deja desarrollar su personalidad.

Como estas, se pueden enumerar muchas otras fortalezas.

ARGUMENTOS

Al hablar de la mentira de Satanás, no aludo a los pensamientos negativos fugaces que en ocasiones podamos tener sobre nosotros mismos, que a todos alguna vez se nos cruzan. Me refiero a esa idea recurrente y pertinaz que al final se instala en la mente en forma definitiva, y se convierte en una fortaleza.

No se trata de pensamientos aislados sino de razones y pensamientos encadenados hasta formar una argumentación fuerte, sólida y muchas veces difícil de destruir o cambiar.

Se trata de un modo de pensar estructurado, construido a través de años, sin que la persona sea consciente de ello. El constructor de estas fortalezas en la mente es el mismo Satanás, el engañador y mentiroso. Él irrumpe en la vida del hombre para hurtar, matar y destruir. ¿Y qué destruye? La personalidad, la imagen de Dios en el ser humano, la vida alegre, feliz, libre, llena de gozo y de gloria. Se propone atar, oprimir y angustiar a través de mentiras que llegan a formar en la mente una fortaleza.

Satanás actúa agazapado, escondiéndose, con todo disimulo o disfrazado. Trabaja en la oscuridad para no ser descubierto. Seguramente, el diablo jamás ha golpeado a la puerta de tu casa, anunciándose: «Permiso. ¿Me permites entrar?. He venido para destruirte, para edificar dentro tuyo una fortaleza que te traerá amargura y angustia. Voy a convertirte en una persona deprimida». ¿Alguna vez se te presentó así? Nunca. Él entra sin que lo inviten. Se mete sin llamar, porque es ladrón. Comienza a colocar sus piedras, sus mentiras, desde muy temprano en la vida, casi desde la niñez.

Se produce alguna circunstancia difícil, ocurre algún incidente en la familia, o surge alguna dificultad, y el enemigo aprovecha para colocar en la mente de algunos de los pequeños una

idea o un pensamiento mentiroso. La persona no tiene conciencia de que esa idea proviene del diablo; mas bien la atribuye a sí mismo. Pero hay dos fuentes generadoras de pensamientos: Dios, que emite verdad, y Satanás, que emite mentiras.

¿Qué pensamos acerca de nosotros mismos en forma constante? Quizá por momentos se nos borra u olvida, pero en cuanto retomamos la reflexión sobre nuestra persona, reaparece.

¿Qué imagen tienes de ti? ¿Qué concepto? «Soy malo… soy malo… soy malo». ¡Y como consecuencia te vuelves malo!

«Siempre el mismo. Nunca vas a cambiar: genio y figura hasta la sepultura». ¿Quién te dice eso? ¿Acaso Dios? Yo creo que este debe ser un versículo de la biblia de Satanás. Pero se nos mete adentro, anida en nuestra mente y nos condiciona.

¡Totalmente contrario al propósito de Dios! El Señor declara enfáticamente:

> *Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo*; (Filipenses 1:6)

> *Somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*. (2 Corintios 3:18)

La Palabra del Señor afirma todo lo contrario a aquel «genio y figura hasta la sepultura». Pero muchos escuchan la Palabra y no la creen. En cambio, dan crédito a sus sentimientos y a las fortalezas levantadas dentro de ellos.

SENTIMIENTOS NEGATIVOS

Muchos creyentes sienten que Dios está enojado con ellos, que siempre están mal delante del Señor. Siempre en falta; siempre en pecado. Creen que Dios nunca los va a escuchar porque son malos, o porque no cumplen. Que no los va a perdonar porque ya los perdonó una vez y volvieron a lo mismo. Se sienten acusados y los pensamientos negativos los dominan.

«Si otro ora, es escuchado. Pero a mí Dios no me oye. Se apartó de mí. Se olvidó de mí».

Cae sobre ellos espíritu de acusación, de condenación. El enemigo les susurra: «Lo que pasa es que no oras lo suficiente». Y ellos reflexionan: «Claro, como no oro lo suficiente, Dios no me escucha. Como sé que no me escucha tampoco tengo ganas de orar y no oro». Entran en el círculo vicioso.

No son solo pensamientos mentirosos lo que se apoderan de ellos, sino también sentimientos negativos. Porque las mentiras producen sentimientos contrarios a Dios.

Muchos hablan en término de sentir o no sentir. «Tendría que hacer tal cosa, pero no lo siento». ¿Sentir qué? ¿Sentir según quién? ¿Dios o Satanás?¿Según el Espíritu Santo que está en mi interior y da testimonio de la verdad, o según la fortaleza que el enemigo ha construido

dentro de mí? Hay que discernir la fuente de la que provienen los sentimientos. Muchos son contrarios a Dios.

De Adán para acá, todos tenemos complejos de inferioridad. Todos. ¿Por qué? Porque no somos lo que deberíamos ser. Ni tú, ni yo. Satanás utiliza esa circunstancia para hacernos creer que se trata de un problema personal que solo nos ocurre a nosotros. Si yo no digo nada y tú no dices nada, cada uno vive su propia soledad. Se aísla, se abate. Se atrinchera detrás de su complejo. Comenzamos a destruirnos nosotros mismos.

Nos invaden muchos sentimientos adversos de inferioridad, de culpa, de timidez, de rechazo, de fracaso. También rencores, amargura, celos, envidias, dudas y cosas semejantes. ¿A qué obedecen? ¿De dónde provienen?

ALTIVEZ

Pablo habla de derribar *«argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios»*.

¿Qué es la altivez? Orgullo. A causa de los complejos, y como una forma de protección personal, reaccionamos con altivez. Una cosa es que yo piense que no valgo nada y otra que alguien me diga: «No vales nada». Aunque en el fondo siento que es verdad, reacciono violentamente y me defiendo. Me siento descubierto y procuro ocultar lo que vivo como una realidad.

«¿Cómo dijiste? Yo sí valgo. El que no vale nada eres tú».

¿Por qué esa actitud altiva? Porque me metieron el dedo en la llaga y me dolió.

Si estuviera realmente convencido de que valgo, de que soy un hijo de Dios, de que el Señor mora en mí y me dignifica, no me sentiría afectado. Pero ahora hay alguien que me dice lo que yo siempre me digo, y me siento amenazado.

El que tiene complejos de inferioridad, en lugar de actuar con mayor humildad, generalmente procede con altivez. Pretende demostrar lo bueno que es, escondiendo su mal.

La altivez es una forma de compensación por los complejos.

Reaccionamos frente al que nos ofende. Si nos gritan, gritamos. La actitud es: «A mí nadie me va a pasar por encima».

Pero el que está seguro de sí mismo es manso, tranquilo. Cuando alguien lo agrede, dice: «Debe tener problemas. ¿Cómo podría ayudarlo?» No mira al otro con soberbia, sino con amor. Tiene paz interior; no precisa defenderse.

El que piensa que no es querido tiene celos. Por su inseguridad. La persona celosa es insegura y sospecha de todo. Agrede, en una actitud altiva de compensación.

Al que tiene fortalezas le cuesta confesar sus pecados. «No vaya a ser que descubran quién soy en realidad, cómo soy». Pero el que se siente libre por dentro, abre su corazón y confiesa sus fallas. Sabe que ese es el camino de la limpieza y la sanidad.

¿Por qué hablamos mal de otros? Para rebajarlos y sentir que estamos por encima de ellos. Otra vez se aprecia como el complejo actúa buscando compensar, con altivez.

Estas cosas aparecen en todas las esferas de la vida. En el hogar, en la relación marido-mujer, en el trato entre hijos y padres y entre hermanos. En la escuela, en la oficina. Aun en la iglesia.

Así que las fortalezas interiores constituyen una sólida construcción formada por argumentos mentirosos, sentimientos negativos y altivez.

Y producen tal desorden interior que desequilibra y arruina la personalidad, modifica la conducta, y al final provoca angustia y depresión.

Capítulo 9

VICTORIA SOBRE LA DEPRESIÓN

Cuando los pensamientos mentirosos y los sentimientos contrarios a Dios aumentan demasiado, provocan depresión en muchas personas, especialmente cuando les toca soportar presiones, tensiones o gran cansancio. En esas condiciones, al pasar por situaciones difíciles, como pérdida de un ser querido, enfermedades, accidentes, quebrantos económicos o fracasos, caen en la depresión.

Todos alguna vez pasamos por depresiones fugaces que carecen de importancia, que ceden con algún buen consejo o una palabra de aliento. No me refiero a ese tipo de depresiones, sino a las provocadas por las fortalezas interiores, que sumadas a las presiones exteriores, llevan a un quebranto interno prolongado.

En este caso, el factor determinante lo constituye la debilidad interior; las presiones externas actúan solo como detonantes. Porque las fortalezas que edifica Satanás no son otra cosa que debilidad espiritual en nuestra vida. En cambio, la fortaleza que viene de Dios equivale a la debilidad del diablo en nosotros. Así que, o Satanás coloca fortalezas de mentira y de destrucción en nuestro interior, o Dios fortalece por su Espíritu y su Palabra nuestro ser.

Los deprimidos, según el lenguaje bíblico, son los «quebrantados de corazón». En Isaías 61:1 leemos: «*Me ungió Jehová; me ha enviado a … vendar a los quebrantados de corazón*». Y el salmista señala: «*¿Por qué te abates, oh alma mía, Y te turbas dentro de mí?*» (Salmo 42:5).

Los siguientes párrafos del libro *Dígase la verdad* arrojan luz sobre el asunto.

> «Los antiguos padres de la iglesia tenían otra palabra para la depresión. La llamaban pereza…, la aflicción del corazón y la falta de disposición para enfrentar cualquier actividad que requiera esfuerzo.
>
> Hoy en día no describimos en los mismos términos a la depresión. ¿Qué es realmente la depresión? Se la puede describir desde varias perspectivas. Si observas tu estado bioquímico cuando estás deprimido, tu metabolismo, la conducta de los músculos lisos y las glándulas, verás que no solo tu conducta verbal y motriz es la que tiene síntomas depresivos.
>
> Generalmente la depresión ocurre por algún motivo. La mayoría de las creencias erróneas que producen depresión entran en la corriente del monólogo interno después que ha habido una pérdida.
>
> Muchas veces el paciente no puede explicar por qué está deprimido. No sé por qué me siento así— suele decir. —Sencillamente siento que no puedo hacer absolutamente nada. No tengo ganas de hacer nada. Y lloro todo el tiempo. No duermo bien, no tengo energía ni interés en nada… no sé por qué… Generalmente terminan con una voz tan débil que se pierde, suspiran, se hunden en el asiento y simplemente se quedan mirando el piso.
>
> A pesar de la falta de habilidad del deprimido para explicar por qué ha llegado a este estado, es extremadamente raro que la depresión se produzca sin una causa especial. Las creencias erróneas que provocan la depresión pueden ser activadas por un solo hecho. Un hecho que represente una pérdida: Alguien querido se va o muere. O pueden ser dificultades económicas o pérdida de dinero. Una enfermedad física, la edad, un accidente, un ataque al corazón o la pérdida de la fortaleza física. La separación y el divorcio son frecuentes causas de depresión, y otras situaciones que también provocan el rechazo, el temor, el autodesprecio. Cualquiera de estas situaciones puede ser una oportunidad para que el diablo infiltre algunas sugerencias en el monólogo interno.»[4]

La depresión por lo general se expresa en términos de desprecio por uno mismo y subestimación. El depresivo tiene una imagen negativa de sí. «No puedo más, es mucho para mí». Mira con desesperanza su futuro. Su pensamiento dominante es: «Esto no tiene solución». Cuando alguien todavía guarda esperanzas, se aferra a alguna posibilidad de salida,

---

[4] William Backus y Marie Chapian, *Dígase la verdad*, Editorial Betania, Miami, FL, 1983, pp. 37, 38.

pero si las ha perdido totalmente acepta en su mente esta otra mentira del enemigo, que termina de derrumbarlo: «Esto jamás tendrá solución».

Dentro del sector de la población que padece de depresiones, algunos pocos llegan al suicidio a causa de su estado de angustia. Pero la mayoría sale de la fase aguda después de algún tiempo, tal vez meses, tal vez años. Algunos lo logran con ayuda médica o psicológica. Otros, sin ella. Es como si se cumpliera un ciclo y la situación entrara en un estado de alivio. Salen del cuadro agudo para volver a la zona de las fortalezas, donde se han movido la mayor parte de su vida. Es decir, dejan el momento crítico pero no alcanzan la superación completa del problema. Fuera del Señor no se da una solución de fondo. Pero en Dios sí. El siguiente ejemplo gráfico ayudará a una mejor comprensión del proceso:

Comparémoslo con uno de los instrumentos que controlan el correcto funcionamiento de los distintos sistemas de un automóvil (la presión del aceite, la temperatura, y otros).

La aguja señala el punto anímico y espiritual en que se halla la persona.

La zona roja indica un estado de depresión aguda. La zona gris señala el área de las fortalezas: no se trata de una situación de depresión intensa, pero tampoco de alivio total. La zona blanca es la de la libertad.

Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. (Juan 8:32)

Esta es la posición a la que el Señor nos quiere llevar. Pero aun más. Existe la zona dorada, la de la gloria, la del gozo inefable de Dios. Y allí podemos llegar porque el Señor se propuso hacer una obra completa y poderosa en nosotros. Él anhela hijos radiantes, que reflejen el brillo de la vida plena de Cristo en ellos.

El Señor quiere sacarnos de la zona roja, llena de peligros. Quiere librarnos de la zona gris de las fortalezas, en la que hemos permanecido por años. Y llevarnos a la zona blanca de la libertad; para que podamos acceder finalmente a esa zona dorada y brillante, la zona de su gloria derramada sobre nuestra vida. Cristo se propuso tener una iglesia gloriosa.

San Pablo dice: «*Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo*».

Contamos con armas poderosas, no tenemos por qué afligirnos. No necesitamos desarmar los muros piedra por piedra. No es preciso hacer la historia larga, analizando piedra por piedra.

¡No! No tenemos que revolver en nuestro interior, en nuestros recuerdos del pasado y hacer una regresión. Solo precisamos una cosa: conocer la verdad. «*Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*». Las armas de Dios son poderosas para derribar de una vez cualquier

fortaleza, cualquier muralla edificada dentro de nosotros. Lo que a Satanás le llevó años construir, cae bajo una sola andanada de la verdad de Dios.

Necesitamos escuchar las verdades del Señor como si fuera la primera vez, y creerlas.

Jeremías relata:

> *Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones. Y yo dije: ¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño. Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová. Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar».* (Jeremías 1:4–10)

En el último versículo aparecen seis verbos. Los cuatro primeros tienen una connotación negativa: arrancar, destruir, arruinar y derribar. Los dos últimos, positiva: edificar y plantar.

Eso es precisamente lo que Dios desea hacer. Quiere arrancar y destruir toda mentira, toda fortaleza. Arruinar y derribar todo argumento, toda altivez, todo sentimiento contrario a Dios. Y en su lugar edificar y plantar la verdad.

Y todo esto se opera simultáneamente. La misma verdad que destruye la mentira, libera y edifica nuestro ser interior.

Hay verdades claves que debemos conocer, y son suficientes para derribar cualquier fortaleza si las creemos y damos lugar a la acción del Espíritu Santo.

Jesucristo nos conoce y nos ama. Quiere nuestro bien. Necesitamos invocar su nombre y pedirle que nos dé la victoria; y él derribará toda fortaleza por su Palabra. Precisamos rechazar y resistir toda obra del enemigo en el nombre de Jesús; decirnos la verdad y guiarnos por ellas y no por nuestros sentimientos.

Las verdades que mencionaremos en los capítulos siguientes son esenciales para liberarnos de toda depresión, porque derriban nuestras fortalezas interiores y simultáneamente nos edifican, de modo que nuestro hombre interior sea fortalecido por el poder de la verdad de Dios.

CUARTA PARTE

Capítulo 10

IDENTIDAD

En todo cristiano debe darse un proceso de edificación interior para ser fortalecido por la verdad del Señor a fin de alcanzar la madurez.

En Efesios 3:16–17 el apóstol Pablo hace una oración de intercesión por los hermanos: *«…para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el* ***hombre interior*** *por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor…»*.

Nuestro hombre interior tiene que ser fortalecido, edificado. Del mismo modo en que necesitamos un cuerpo fuerte, sano, bien alimentado, es indispensable que nuestro hombre interior también sea fuerte, bien edificado y fortalecido con poder mediante el Espíritu del Señor.

Eso evitará que fluctúe entre la fe, los sentimientos y los pensamientos generados por los engaños del diablo.

Como en todo proceso de construcción, los muros deben levantarse paulatinamente, comenzando desde abajo. Se irá asentando piedra sobre piedra.

Precisamente quisiera señalar cuatro piedras básicas que necesitan ser edificadas una encima de la otra en la vida del discípulo de Cristo. Por supuesto, esto solo puede hacerse a partir de «la principal piedra del ángulo» que es el Señor Jesucristo.

A continuación sugiero una representación gráfica de esta estructura del ser interior:

La primera piedra es la del fundamento:

> *Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo*. (1 Corintios 3:11)

Para que el ser interior resulte eficazmente edificado es preciso que haya un cimiento firme y sólido, y ese cimiento solo puede ser Cristo. Sería inútil tratar de construir sobre otras bases. No se lograría nada.

Sobre ese fundamento se pueden colocar ciertos principios espirituales, sicológicos y emocionales capaces de ayudar al cristiano a construir su fuero interior.

Toda persona que desee tener salud mental, fuerza espiritual y fortaleza sicológica y emocional precisa que estas cuatro piedras formen parte básica de su ser. Luego, a partir de ellas, el Señor continuará construyendo su vida.

La primera piedra es IDENTIDAD; la segunda, AUTOIMAGEN; la tercera, SEGURIDAD; y la cuarta, AUTOCONFIANZA. Estas son las cuatro piedras fundamentales que debemos tener sólidamente edificadas la una sobre la otra en nuestro ser interior. Esta es la estructura firme que sostendrá nuestra vida espiritual, psíquica y emocional en el Señor.

MI NUEVA IDENTIDAD EN CRISTO

¿Qué es identidad? Es la respuesta que encontramos a la pregunta: ¿Quién soy? Para poder desarrollar una personalidad sana y equilibrada cada uno tiene que poder resolver este interrogante satisfactoriamente. Si tiene dudas o confusión, algo está mal en su constitución básica.

¿Quién soy?

¿Quién puede responder a esta pregunta? ¿La misma persona? ¿Algún psicólogo o filósofo, quizá? ¿O tal vez los razonamientos y sentimientos que brotan del alma humana?

Debemos tener cuidado al pensar la respuesta porque en este campo el enemigo se puede infiltrar fácilmente para darnos una visión equivocada acerca de quién somos en realidad.

La única fuente segura de conocimiento es Dios. ¿Quién nos conoce sino él? Descubrimos nuestra identidad a partir de lo que Dios dice de nosotros.

En primer lugar, soy una **criatura de Dios**. Él me creó tanto física como espiritualmente.

Además, me hizo **único**. Dios no fabrica en serie, es Creador. Puede haber alguien parecido a mí, pero no igual. Yo soy yo. No hubo ni habrá otro ser idéntico a mí, ni siquiera en el caso de tener un hermano gemelo. No existen en el mundo dos hojas de árbol exactamente iguales. Tampoco dos impresiones digitales idénticas. Yo soy único en el universo. Es simple, pero importante. Dios me ha hecho tal como soy. No hay nadie igual a mí, no hay nadie que me pueda reemplazar. Y soy como soy porque Dios lo quiso así.

Ahora bien, el punto principal para descubrir mi identidad es conocer la paternidad de la que provengo, mi filiación.

Para saber quién soy, debo preguntarme: ¿Quién es mi padre? La paternidad es la única referencia concreta para determinar la identidad de una criatura que nace.

Observamos a un bebé en la cuna de una sala de neonatología. ¿Quién es? ¿Quién lo conoce? Nadie lo ha visto antes. Sí, sabemos que es una criatura de Dios y que un ser único, pero eso no basta. Necesitamos conocer su filiación, saber quiénes son sus padres.

Alguien dice:

—Es el hijo de Julián y Marta González.

—¡Ah!… ¿Julián el almacenero de la esquina?

—Sí, el mismo.

Ya está identificado. Ya se sabe quién es. La paternidad es lo que le da identidad. Es preciso partir de alguien conocido por la sociedad para determinar la identidad de un nuevo ser, su origen, sus raíces. Al saber quiénes son sus padres, conocemos su raza, su contexto social, las tradiciones que lo influirán, el idioma que ha de hablar. Es decir, queda ubicado dentro de la sociedad, perfectamente individualizado.

Por eso en nuestro documento de identidad figura el apellido. El hijo de Julián se llama Carlos. Pero ¿cuál Carlos? ¡Hay tantos! Carlos González, hijo de Julián González. Y en los archivos de documentación del Registro Civil y del Departamento de Policía está asentado ese dato. Él es Carlos González, hijo de Julián González y de Marta López de González, nacido en tal fecha, con domicilio en tal calle. Como podrían haber otros Carlos González, además se le asigna un número. Para que haya orden en la nación, todos tienen que estar identificados. Se debe saber quién es quién.

Esta es una necesidad social, pero también es una necesidad emocional y psicológica. Cada individuo precisa saber quién es.

En el plano natural y espiritual, yo soy un descendiente de Adán y Eva, creado para llevar la imagen de Dios. A causa de la caída de mis primeros padres, heredé un estado de deterioro. Como ellos fueron pecadores, lo soy yo también; pues un hijo no solo recibe de sus padres el apellido sino la misma naturaleza. Y sus características propias. Por ser hijo de pecadores he heredado de ellos la vieja naturaleza: orgullo, rebeldía, egoísmo, maldad, impureza. No me debo sorprender al ver en mí esos rasgos.

Ahora bien, esa es mi identidad en Adán, no en Cristo. Cuando me convierto al Señor, cuando me entrego a él, me arrepiento y me bautizo, muero a la vieja vida. Mi naturaleza adámica es crucificada con Cristo y sepultada con él (véase Romanos 6:3–6).

Es así porque la obra de Jesucristo fue perfecta. Al venir al mundo me incluyó a mí en él; su muerte fue mi muerte y su sepultura mi sepultura. Cuando me bauticé me uní a él en su muerte y mi vieja identidad adámica quedó sepultada en las aguas. Además, resucité con él en el poder de su resurrección. Nací a una nueva vida, a la vida de Dios, por el Espíritu Santo. Y si nací de nuevo, recibí también una nueva naturaleza, una nueva identidad.

Afirma el apóstol Juan:

Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. (Juan 1:12)

Dios me adoptó como hijo y me otorgó una nueva identidad, la suya. ¡Él es mi Padre ahora!

¿Quién soy yo, entonces? ¡Soy un hijo de Dios!

Tengo un padre amoroso y tierno, santo y justo, paciente y bondadoso, que colocó en mí su misma naturaleza. Es a partir de esta nueva identidad en Dios que mi ser interior se comienza a construir. Se ha creado una relación definida entre Dios y yo. Y el saber que el Dios que creó los cielos y la tierra, las galaxias y el universo es mi padre me da seguridad.

Se planta la primera gran verdad en la mente: **Soy un hijo de Dios**. Esa es mi identidad.

Recuerdo que en mi primer viaje a Ecuador, un hermano llamado Alberto Mantilla me llevó a conocer «la mitad del mundo», o sea el paralelo cero, la línea del ecuador, que pasa cerca de la ciudad de Quito. Hay un monumento rodeado por un patio de baldosas y en el patio está dibujada la línea del ecuador que divide los dos hemisferios. Así que uno se puede parar con un pie en el hemisferio sur y otro en el hemisferio norte.

Mientras estábamos allí, Alberto me dijo:

—Jorge, ¿ves aquellos arbolitos, cerca de esos cerros que están al sur?

—Sí, los veo.

—Bueno, un poquito más allá tiene un terreno mi mamá.

—¡Qué bien! —le respondí y continué: —Ahora yo quiero mostrarte una cosa. ¿Ves todas esas montañas, aquellos cerros y estos valles con sus árboles, allí en el hemisferio sur? Bien, ahora da la vuelta y contempla las montañas y valles del hemisferio norte, con su vegetación. ¿No son hermosos? Pues todo, todo lo que hay en los dos hemisferios es de mi papá.

No sé qué idea tienes acerca de ti, pero yo se que soy un hijo de Dios. Y me da gran seguridad saber que el dueño de todas las tierras, sea en Ecuador, Estados Unidos, China, Francia o Argentina es mi papá. ¡Y es tu papá también!

En otra ocasión volví a Ecuador con toda mi familia. Fuimos para colaborar con la iglesia allí durante tres meses. Viajamos en avión. Una vez que subimos, junté a los chicos y les dije: «En realidad, los que viajan en avión con toda la familia suelen ser personas ricas, importantes. Nosotros no pertenecemos a ese nivel social, no somos gente importante. Viajamos porque los hermanos de Ecuador mandaron el dinero para nuestros pasajes».

Uno de mis hijos que en ese entonces tenía unos ocho años, me interrumpió:

«Papi, estás equivocado. La gente más importante de este avión somos nosotros. Porque nosotros somos hijos de Dios».

¡Era verdad! Yo había mirado el asunto desde un punto de vista humano. Él, en cambio, había captado la realidad.

En el viaje de regreso, a este mismo niño le tocó sentarse al lado de un hombre que luego supimos era un importante empresario chileno. Se puso a hablar con él de igual a igual. Al hombre le cayó en gracia. Antes de descender, sacó una tarjeta personal de su billetera, se la dio y le dijo:

—Si alguna vez vienes a Chile, llámame y ven a visitarme.

Me gustaría recibirte en mi casa.

Él respondió:

—¡Cómo no!

Luego mi hijo se acercó y me preguntó:

—Papi, ¿tenés un papel y un lápiz?

Se sentó y escribió:

Juan Pablo Himitian

Calle Gavilán tal y tal

Buenos Aires

Luego se dirigió a ese empresario, su compañero de viaje, y se lo entregó.

—Señor, si alguna vez viaja a Buenos Aires, venga a visitarme. Esta es mi dirección.

No tenía ningún complejo, ningún sentimiento de inferioridad. Se consideraba con la dignidad de un hijo de Dios. Se sentía uno de los pasajeros más importantes del avión. Tenemos que ser como niños y creer la verdad de Dios tal cual es, con toda sencillez.

Si somos capaces de creer, no habrá fortaleza que quede en pie. ¿Cómo que no sirvo para nada, que no soy importante, que nadie me quiere? ¡Mentiras! ¡Soy un hijo de Dios! ¡Y esto es lo más grande que pudo pasarme en la vida!

Capítulo 11

CATORCE VERDADES SOBRE NUESTRA IDENTIDAD

Vamos a reforzar este punto de la identidad con catorce verdades que encontramos en la palabra de Dios, principalmente en Romanos 8, Efesios 1 y algunos pasajes de Isaías.

1. SOY UN HIJO CONOCIDO POR DIOS

Romanos 8:29:

> *Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.*

Dice: *«A los que antes conoció»*. Algunos se preguntan: «¿Me conocerá Dios a mí? ¿Se acordará de que existo?»

Tengo la impresión de que algunos sienten que Dios no los atiende, que no se interesa por ellos, que casi ni los conoce. Cuando oran, parecen tener ganas de agitar su mano y decir: «¡Hola, Señor, aquí, aquí! Soy yo. ¿Me recuerdas? ¡Claro! ... tienes tantos hijos que ...»

Quítate esa duda. El texto especifica: «*A los que antes conoció*». ¿Desde cuando? Desde «*antes de la fundación del mundo*» (Efesios 1:4). Tú aún no habías nacido, pero Dios ya te conocía. Te conoció y te predestinó para él.

Pedro señala que fuimos «elegidos según la presciencia de Dios». ¿Qué es presciencia? Es conocimiento de antemano. Antes de crear todas las cosas el Señor te conocía, sabía que ibas a existir. Él está al tanto de todos los sucesos de tu vida. El día en que te convertiste hubo celebración en los cielos; el día que naciste él estuvo allí, te vio y te eligió. Más aun, cuando Cristo murió en la cruz, Dios ya sabía de ti y cargó tus pecados sobre su Hijo. ¡Él te conoce perfectamente! Dice que aun tus cabellos están contados.

¿Quién le daría importancia a un cabello? Ni tú ni yo. Pero el Señor le da. Dios te conoció desde siempre. No solo es tu Padre, sino que te conoce personalmente.

Así que puedes declarar esta primera verdad:

SOY UN HIJO DE DIOS CONOCIDO POR ÉL.

2. SOY UN HIJO ESCOGIDO POR DIOS

Efesios 1:4:

Según nos escogió en él [en Cristo] antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él.

ERES UN HIJO ESCOGIDO POR DIOS

Te escogió a ti. ¿Qué es escoger? Elegir. Uno va a la orilla de un arroyo y de entre las miles de piedritas que hay escoge algunas. ¿Por qué esas? ¡Quién sabe! ¿Por qué te escogió Dios a ti? ¿Por qué a mí? No lo sé. Solo se nos dice que lo hizo «según el puro afecto de su voluntad». Se le dio la gana elegirte. Eso es todo. Así que no solo te conoció sino que te escogió.

Para tomar conciencia de lo que esto significa, consideremos este dato. Cuando una pareja mantiene relaciones sexuales, el hombre libera entre 50 millones y 500 millones de espermatozoides en la eyaculación. La mujer aporta un óvulo. De esos millones de espermatozoides, uno solo fecunda el óvulo.

Así que, de entre tantos millones de posibilidades, tú fuiste el elegido. ¿Por qué ese espermatozoide y no otro? Porque Dios te escogió a ti. Si hubiera sido otro espermatozoide, no hubieras nacido tú sino tu hermano o hermana. ¡Qué maravilla! Dios decidió que fueras tú, entre las muchísimas opciones que se presentaban. ¿Sabes que la población de América del Sur consta de alrededor de trescientos millones de personas? Tú fuiste una opción entre trescientos millones, y resultaste elegido. Multiplica estas posibilidades por la cantidad de veces que tus padres mantuvieron relaciones sexuales hasta que tu madre quedó embarazada. ¡La mente no lo puede comprender! ¡Habiendo podido escoger entre tantos, Dios te eligió a ti! «*Nos escogió en él antes de la fundación del mundo*».

Nunca más digas: «No tengo suerte en la vida».

—Señor, ¡me elegiste a mí! No sé por qué, pero me elegiste.

—Sí. Porque quise tener un hijo como tú. Si hubiera querido tener un hijo distinto hubiera escogido a otro. Pero quise que fueras tú, así como eres.

—Gracias, Padre. ¡Te amo!

3. SOY UN HIJO DESEADO POR DIOS

Efesios 1:5:

En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad.

ERES UN HIJO DESEADO POR DIOS

Hay hijos que nacen sin ser deseados por sus padres. Otros niños son anhelados y buscados.

Pero te diré algo. Tú no naciste porque tu padre o tu madre lo quisieron. Tal vez desearon tener un hijo. Sin embargo, no te eligieron a ti. No te conocían. Tal vez dijeron: «Nos gustaría

tener un hijo varón». O tal vez esperaban que fuera una niña. Pero no sabían cuál varón o cuál niña.

De soltero, yo solía decir: «Me gustaría tener seis hijas». Al poco tiempo de casarme, mi esposa, Silvia, quedó embarazada. Queríamos que fuera una niña, pero teníamos la sensación de que sería un varón. Lo íbamos a llamar Juan Pablo. Fue Florencia.

En el segundo embarazo tuvimos la misma sensación. Seguíamos pensando llamarlo Juan Pablo. Nació Virginia. Los padres no lo pueden determinar.

La tercera vez, dijimos: «Es probable que sea otra niña». Fue Juan Pablo. Los padres no pueden elegir el hijo que desean tener. Tal vez sí la cantidad de niños (aunque no siempre), pero no el sexo ni las características. Eso solo le corresponde a Dios.

Algunos tienen un complejo de rechazo por no haber sido deseados por sus padres. Este trauma se sana con la verdad de Dios: Tú naciste porque Dios te deseó. Él decidió cómo quería que fueras. ¡Eres un hijo o una hija deseada! El Padre te escogió «según el puro afecto de su voluntad».

4. SOY UN HIJO AMADO POR DIOS

En el mismo versículo 5 de Efesios 1 leemos:

En amor habiéndonos predestinado…

Dios te eligió por amor. Así que,

ERES UN HIJO AMADO POR DIOS

Muchos tienen como una especie de melancolía que surge del pensamiento: «Nadie me quiere». ¡Mentira de Satanás! Él solo busca hacernos sufrir y crear en nosotros fortalezas.

Dios tu Padre te conoció, te escogió, te deseó y te amó desde antes de la fundación del mundo.

Él nos ama con amor eterno. Al reconocer esto, los afectos del orden natural pasan a un segundo plano. No necesitamos sentirnos desdichados porque nuestros padres no nos quieran. Lo importante es que Dios nos ama. Siempre nos amó y siempre nos amará. ¡Bendito Señor!

5. SOY UN HIJO PREDESTINADO POR DIOS

El versículo 5 también declara:

En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo.

ERES UN HIJO PREDESTINADO POR DIOS

¿Qué significa eso? Que Dios te dio un destino por anticipado. Y te predestinó a ser su hijo. Pero no cualquier clase de hijo, sino un hijo parecido a Jesús, con su misma calidad.

Romanos 8:29 dice:

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo.

El proyecto de Dios para tu vida es transformarte día a día hasta que te parezcas a Jesús. No podría tocarte destino más grande y trascendente.

6. SOY UN HIJO ACEPTADO POR DIOS

Efesios 1:6:

Para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.

Esto indica que:

ERES UN HIJO ACEPTADO POR DIOS

A causa del pecado nosotros nos desviamos del propósito eterno de Dios, pero el Señor nos amó tanto que insistió en querer salvarnos. Por eso envió a su Hijo a morir en la cruz por nuestra maldad. Cuando creímos en Jesucristo, nos arrepentimos y nos bautizamos y Dios nos aceptó nuevamente.

¿Escuchará Dios mis oraciones?, te preguntas. ¿Me habrá aceptado o aún estará enojado conmigo? ¿Me resiste el Señor?

El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Romanos 8:32)

¡Qué buena voluntad ha mostrado Dios hacia tu vida!

¡Oh, si pudieras percibir cuánto te ama el Señor y el entusiasmo que tiene por ti! Él sufre al verte engañado por Satanás. El diablo, con sus mentiras, se interpone entre Dios y tú. Pero Dios envía su verdad para hacerte libre. Para que puedas decir: «¡Señor, cuánto me amas! Me siento aceptado por ti. ¡Yo también te amo!».

7. SOY UN HIJO REDIMIDO POR DIOS

Efesios 1:7:

En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.

ERES UN HIJO REDIMIDO POR DIOS,

A través del sacrificio en la cruz.

El Señor te conoció, te escogió, te deseó, te amo, te predestinó y te aceptó desde antes de la fundación del mundo. Y te redimió hace casi dos mil años, cuando Cristo murió en la cruz.

8. SOY UN HIJO CREADO POR DIOS

Isaías 43:1:

Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú.

ERES UN HIJO CREADO POR DIOS

Él te formó en el vientre de tu madre.

Consideremos el Salmo 139:13–18:

Porque tú formaste mis entrañas;

Tú me hiciste en el vientre de mi madre.

Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras;

Estoy maravillado,

y mi alma lo sabe muy bien.

No fue encubierto de ti mi cuerpo,

bien que en oculto fui formado,

y entretejido en lo más profundo de la tierra.

Mi embrión vieron tus ojos,

y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas

que fueron luego formadas,

sin faltar una de ellas.

¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos!

¡Cuán grande es la suma de ellos!

Si los enumero, se multiplican más que la arena;

despierto, y aún estoy contigo.

Tú tienes dos padres, cuatro abuelos y ocho bisabuelos. Seguramente te pareces más a alguno de tus antepasados que al resto. ¿Por qué? ¿Quién hizo la combinación genética en el vientre de tu madre?

David señaló:

Mi embrión vieron tus ojos,

y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas

que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas. (Salmo 139:16)

Cada rasgo de tu físico y de tu personalidad fue determinado por él: tu estatura, la forma de tu nariz, el color de tu cabello, tu temperamento; él te creó.

Si yo mismo me hubiera diseñado me habría hecho diferente. Habría agregado unos diez centímetros a mis piernas (que son un poco cortas) y me habría achicado los dientes y la nariz.

A todos nos parece que precisamos algunos retoques. Pero ¿quién puede añadir a su estatura un codo? No somos nosotros nuestros propios creadores, sino Dios. Y él nos hizo como deseaba que fuéramos. Necesitamos aceptarnos tal como somos.

Tú necesitas aceptarte, estar contento contigo mismo. El Señor te dice: «Yo soy tu Formador, yo soy tu Creador».

A veces estropeamos un poco la obra del Señor, por ejemplo comiendo mucho y engordando. Otras, a través de vicios como el tabaco, el alcohol y las drogas. Pero lo cierto es que Dios no se equivocó al formarnos. Lo hizo todo bien. ¡Precisamos descubrir esta verdad!

Un médico me decía hace poco que dentro del núcleo de esa primera célula que conforman el óvulo y el espermatozoide (tan pequeña que el ojo humano no alcanza a verla sin la ayuda de un microscopio) hay unos espiralitos que, si se desenrollaran, tendrían kilómetros de extensión, en los que constan todas las características del cuerpo que se va a formar. Hay un tramo que corresponde a las manos, otro a los pies, otro a los ojos, otro a la boca. Todo está allí, predeterminado por Dios. ¡Qué cosa tan tremenda! Los científicos corroboran ahora lo que David ya había dicho en el Salmo 139: «*En tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas*».

Dios nos ha hecho más hermosos de lo que normalmente se nos ve. ¿Por qué digo esto? Porque el diablo arruina nuestro semblante. Cuando damos lugar a la amargura, a la tristeza, a la depresión, nuestro rostro se oscurece, se demacra, aparecen arrugas, ojeras y las comisuras de los labios se marcan hacia abajo. En cambio, si vivimos llenos del gozo del Señor, nuestra cara toma otra expresión, que la embellece. Porque la hermosura tiene mucho que ver con el espíritu de la persona. Y la alegría que viene de Dios, iluminan el semblante. Tú puedes mejorar tu belleza si comienzas a vivir en el gozo del Señor.

9. SOY UN HIJO GUARDADO POR DIOS

Mateo 10:29–30:

¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados.

ERES UN HIJO GUARDADO POR DIOS

¿Por qué vives hasta el día de hoy? Porque Dios te guardó.

Yo nací en Palestina, en la ciudad de Haifa, durante la segunda guerra mundial. Muchas mujeres embarazadas perdieron sus hijos a causa del terror de los bombardeos. Y muchos niños murieron poco después de nacer. ¿Por qué yo no? ¿Cómo pudo mi madre llegar al fin de su embarazo? ¿Por qué aún sigo viviendo? Porque Dios me guardó.

Quizá tú no naciste en la guerra. Pero muchos que fueron concebidos en el mismo tiempo que tú no llegaron a ver la luz. Tú, sin embargo, sí. Durante los años de tu niñez, adolescencia o juventud ¡Dios te ha guardado, y te está guardando!

¿De cuántas cosas nos salvó el Señor? No lo sabemos, ni aun podemos imaginarlo. Día tras día somos guardados por el poder de Dios. Él nos protege y nos defiende. Aun nuestros cabellos están contados. ¡Bendito sea su nombre!

10. SOY UN HIJO LLAMADO POR DIOS

¿Recuerdas el día en que alguien se acercó a ti y te habló del Señor? Y a través de esa persona te acercaste a Dios. Acuérdate siempre de esa persona con gratitud porque Dios la usó para llamarte.

ERES UN HIJO LLAMADO POR DIOS

Romanos 8:30 nos recuerda: «*Y a los que predestinó, a éstos también llamó*». Él te llamó, y tú lo oíste y le respondiste.

A mí el Señor me llamó en el año 1957, cuando apenas tenía quince años. ¡Bendigo a Dios por ese día!

11. SOY UN HIJO JUSTIFICADO POR DIOS

Romanos 8:30 también señala que «*a los que llamó, a éstos también justificó*».

ERES UN HIJO JUSTIFICADO POR DIOS

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; (Romanos 5:1)

¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. (Romanos 8:33)

Esta es una tremenda verdad que debemos proclamar cada día. Hemos sido justificados por Dios, así que tenemos que desechar todo espíritu de condenación.

En Efesios 6:14, hablando de la armadura de Dios, Pablo nos insta a andar «vestidos con la coraza de justicia».

Muchos creyentes tienen conflictos de conciencia. Cuando pecan no saben cómo liberarse del pecado. Aunque lo confiesan y se apartan, siguen sintiéndose culpables. Como si el pecado se les quedara encima. No han percibido claramente la verdad de Dios:

> *Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados*. (Isaías 43:25)

Dios ha echado nuestros pecados en el fondo del mar (véase Miqueas 7:19), y nos ha limpiado. No debemos dar lugar a las mentiras del diablo que quiere inculparnos.

Durante mucho tiempo Satanás me molestó con condenaciones. Si subía a un ómnibus y le daba un folleto a la persona que iba sentada a mi lado y ella se molestaba, el diablo me susurraba al oído: «Saliste sin orar, por eso ocurrió esto». Si en otra ocasión por no haber orado no me sentía en condiciones de entregar el folleto a mi ocasional compañero de viaje, Satanás me acusaba: «¿Ese es el amor que tienes por las almas?». Debo confesar que por bastante tiempo serví a Dios más instado por las acusaciones de Satanás que por lo que el Señor demandaba de mí.

Para el diablo todo lo que hacemos está mal. Si oramos nos acusará de no hacer la obra. Si trabajamos para Dios, de no dedicar suficiente tiempo a la oración. Si vamos, porque fuimos; y si no vamos, porque no fuimos. Su único propósito es hacernos sentir en falta. Debemos liberarnos de sus acusaciones falsas. Dios está contento con nosotros. Eso no significa que no necesitemos mejorar y crecer en la vida espiritual. Pero no podemos vivir bajo condenación. Cristo es nuestra justicia. Es «la coraza de justicia». Cuando nos vestimos de Cristo, los dardos del maligno rebotan en esa coraza y no pueden penetrar.

12. SOY UN HIJO RENACIDO POR DIOS

El Señor Jesús dijo que «es necesario nacer de nuevo» para entrar al reino de Dios. El día en que respondiste al llamado del Señor, naciste de nuevo por su gracia. Así que

ERES UN HIJO DE DIOS RENACIDO

Has recibido el valioso don de una nueva vida, llena de posibilidades. Puedes vivir de otra manera, porque:

> *Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*. (2 Corintios 5:17)

Y Pedro señala que somos «*renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible*». Tenemos vida nueva por la eternidad.

13. SOY UN HIJO SANTIFICADO POR DIOS

Otra verdad aparece en 1 Corintios 1:2:

A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos.

ERES UN HIJO DE DIOS SANTIFICADO

Santificar significa apartar y consagrar. Se aplica en dos sentidos:

- separar del mundo, del pecado y de Satanás; y
- consagrar para Dios.

La santificación cubre dos aspectos:

- La obra ya realizada por Cristo y aplicada a la vida en el momento de la conversión; y
- El proceso de limpieza y crecimiento, que continúa día tras día. Por eso dice: «*A los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos*».

Somos las dos cosas. Dios ya nos santificó, pero a la vez continúa limpiándonos de todo lo que no procede de él y consagrándonos cada vez más a sus propósitos. Por eso dice Pablo en Romanos 12:1: «*Os ruego… que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios*». Cada día debemos presentarnos a Dios para que él vaya efectuando en nosotros el proceso de santificación.

En Filipenses 1:6 el mismo apóstol nos anima:

Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.

Dios quiere hacernos semejantes a su Hijo.

14. SOY UN HIJO GLORIFICADO POR DIOS

Y a los que justificó, a éstos también glorificó. (Romanos 8:30)

ERES UN HIJO DE DIOS GLORIFICADO

El verbo glorificar tiene dos aspectos. Por un lado es una realidad presente, puesto que:

Y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús. (Efesios 2:6)

Y por el otro hace alusión al día en que Cristo volverá otra vez:

Transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya. (Filipenses 3:21)

¿Han quedado en pie algunas fortalezas después de esta andanada de verdades? Cada una de ellas es una bomba poderosa para destruir las mentiras del diablo si tú las crees en verdad.

Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. (Juan 8:32)

Pero uno puede conocer la verdad solo con su mente, sin creerla en realidad. Entonces no libera. Las verdades de Dios han de ser creídas con todo el corazón.

¡Alaba al Señor, proclama la verdad, respira la verdad, incorpora dentro tuyo la verdad! Levanta tu corazón y tu fe.

Necesitas un encuentro personal con Dios para que el Espíritu Santo te ministre. Reprende al espíritu satánico que te ha atrapado por tanto tiempo, y permite que la verdad de Dios te libere al creerla.

Eleva a Dios una oración como la que sigue:

«Padre bendito, te doy gracias porque sé que estás conmigo, y me has hablado para revelarme tu amor, tu bondad, tu gracia, tu verdad. ¡Gracias, papá! Ahora sé que me has amado desde antes de la fundación del mundo. Yo también te amo. Abro mi corazón para recibir tu verdad y dejarme sanar por ti. Rechazo toda mentira del diablo en el nombre de Jesús. Padre, rompe en este momento toda fortaleza que Satanás haya edificado dentro de mí desde la niñez. Sana, Señor, mis sentimientos, mis actitudes. Conozco, acepto, creo y recibo tu verdad, y me declaro libre.»

¡Soy un hijo de Dios:
Conocido
Escogido
Deseado
Amado
Predestinado
Aceptado
Redimido
Creado
Guardado
Llamado
Justificado
Renacido
Santificado
Glorificado!
¡Gracias, Señor!

Capítulo 12

AUTOESTIMA

Es importante que nuestro ser interior sea completamente edificado. Habiendo desarrollado el asunto de la identidad, consideraremos las otras tres «piedras» a colocar encima.

En tanto que la identidad tiene que ver con la pregunta, «¿Quién soy?», la autoimagen responde a la pregunta: «¿Qué soy?» ¿Qué visión tengo de mí mismo?

En Romanos 12:3 Pablo insta a que nadie «*tenga más alto concepto de sí que el que debe tener*». Pero tampoco más bajo, sino, como se menciona en este versículo, que cada uno «*piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno*».

¿Cómo me veo? ¿Me creo poca cosa? ¿O, por el contrario, me siento importante?

Conviene recordar que no cabe aquí la soberbia, ya que se trata de mi identidad en Cristo y de la imagen de mí mismo en Cristo. Por lo tanto, no preciso hurgar dentro para descubrir lo que soy. No viene al caso, porque sin Cristo puedo encontrar en mí suficientes cosas negativas como para desanimarme. No puedo considerarme aparte de Cristo, porque ahora soy nueva criatura en él. Dios me hizo nacer de nuevo.

Jesús dijo: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (Mateo 19:19). Si no me amo a mí mismo es difícil que pueda amar a los demás, porque la base sobre la que me relaciono con otros es la autoestima. Si tengo una baja autoestima, vivo un conflicto interno que me lleva a tratar mal a los que me rodean. Y aparecen los problemas y las dificultades. Por eso es importante que tenga una correcta imagen propia a través de mi unión con Cristo.

«*El que se une al Señor, un espíritu es con él*», señala Pablo en 1 Corintios 6:17. Al venir al mundo, Jesús se unió a nosotros, se hizo hombre, tomó nuestro pecado y fue a la cruz.

En el bautismo, tú y yo fuimos hechos uno con él, tal como sucede en un casamiento. El sacerdote o pastor oficiante pregunta primero al novio y después a la novia si se aceptan mutuamente para quedar unidos en matrimonio. Dios el Padre le preguntó a Jesús antes de la cruz si estaba dispuesto a unirse a nosotros. Su respuesta fue sí, y cuando nos arrepentimos y nos bautizamos se produjo la unión. Somos «un espíritu con él». Él murió, y con él morimos nosotros. Fue sepultado y nosotros también. Resucitó y fuimos resucitados con él. Ascendió y se sentó a la diestra de Dios. ¿Dónde estamos nosotros? «*Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*». Efesios 2:6

El *kerigma* (proclama) de edificación en el Nuevo Testamento se centraliza en esta verdad: nuestra unión con Cristo. Son tres las expresiones que se utilizan para referirse a ella: «en Cristo», «con Cristo» y «Cristo en nosotros».

La expresión, «en Cristo», «en él», o «en el Señor» se repite unas 160 veces en el Nuevo Testamento.

Dios quiere que no pensemos más de nosotros mismos separados de Jesucristo. Esta convicción debe dominarnos: Soy uno con Cristo, no estoy más solo.

Todo lo que soy tiene que ver con esta realidad: estoy en Cristo y Cristo está en mí. Es lo mismo que cuando una mujer se casa. Fue soltera, pero a partir de la boda se olvida para siempre de su soltería. Ya no puede concebir la vida independientemente de su marido. Ahora todo tiene que estar acorde con su nueva situación.

Recuerdo que de recién casado al salir de una reunión estuve a punto de subir al autobús que antes tomaba para ir a la casa de mis padres. Mientras esperaba en la parada caí en cuenta: «¿Qué estoy haciendo aquí? ¡Ahora soy un hombre casado y tengo mi propia casa!».

Muchas veces sucede algo parecido en lo espiritual. Satanás quiere que cuando te consideres te veas solo, no unido a Cristo. Pero ya no existes más como un ser solitario y aislado. Tu nueva realidad espiritual es que eres uno con Cristo. Y al ser uno con Cristo, todo lo que él es, lo eres tú también. Él es Hijo de Dios. ¿Tú, qué eres? ¡Hijo de Dios! Él es siervo de Dios; tú también. Él es sacerdote, lo mismo tú. Él es heredero de Dios, y tú coheredero con él. Él es rico. ¿Y tú? ¿Acaso te consideras pobre? ¿Dices: «pobrecito de mí»? ¡Nunca! Satanás siempre procura que te visualices solo. Como si tú estuvieras aquí y Jesucristo allá.

El enfoque del Nuevo Testamento es mostrarnos nuestra realidad «en Cristo», unidos a él. Con él somos hijos de Dios, coherederos del Padre, ricos, poderosos, vencedores, santos, llenos de gracia, fieles. Puede ser que una mujer pobre se case con un hombre muy rico, pero a partir de ese momento ya no es más pobre porque todo lo que él tiene ahora es también de ella.

Satanás nos engaña mostrándonos una imagen de nosotros sin Cristo. Entonces cuando oramos actuamos como mendigos, como pordioseros: «Padre, por favor dame una monedita ...» El diablo quiere hacernos sentir pobres, débiles, indignos, miserables. Dios desea que la imagen acerca de nosotros mismos sea esta: Soy uno con Cristo, todas sus riquezas son mías, su gracia es mía; y sus fuerzas, mis fuerzas. En mí nada puedo; pero «*todo lo puedo en Cristo que me fortalece*» (Filipenses 4:13).

Antes nosotros estábamos en Adán, pero ahora estamos en Cristo. En otro tiempo andábamos en pecado, mas ahora andamos en Cristo. Antes pertenecíamos al árbol genealógico de Adán, sin embargo hemos sido cortados e injertados en un nuevo árbol, el del Cristo resucitado. ¡Ahora no estamos más en Adán, ahora pertenecemos a Cristo!

Ahora nuestra vida es la vida de Jesús. Porque como el pámpano pertenece a la vid, así nosotros estamos unidos a Cristo y la savia de la vid, que es Cristo corre por nuestro interior. Los frutos amargos de aquel viejo árbol se irán limpiando gradualmente, y lentamente aparecerán los nuevos frutos en nuestra vida. Y ese fruto nuevo, dulce, delicioso, es el carácter de Cristo que se desarrolla en nosotros.

Es como una semilla de naranja que se encuentra dentro del fruto. Adelante tiene naranja, atrás hay naranja, a un lado, naranja, y del otro lado también naranja. Por arriba está rodeada de naranja, por debajo también, adentro hay naranja. Y nosotros, ¿dónde estamos? ¡En Cristo! Al frente está Cristo, detrás está él, a un lado y al otro encontramos a Cristo. Cristo encima, Cristo debajo, Cristo adentro.

¡Estamos en Cristo! ¡Esa es una nueva realidad! No es posible salir de él. Él es nuestra protección, nuestro castillo y fortaleza; él es la habitación en la que vivimos. Estamos en el Señor.

EN CRISTO

Toda la cristología de Pablo, de Pedro, de los apóstoles, gira en torno a esta frase: *En Cristo*, y sus equivalentes.

Romanos 6:3 «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?».

Notemos que no fuimos simplemente bautizados en agua. Es correcto bautizar en agua y por inmersión, porque bautizar quiere decir sumergir. Pero aquí el texto hace referencia al sentido espiritual del bautismo. Cuando nosotros fuimos bautizados, fuimos bautizados en una persona: Cristo Jesús. Fuimos sumergidos, colocados dentro de él, bautizados en su muerte para que nuestra vieja vida fuera sepultada y destruida en Jesús.

1 Corintios 12:13: *«Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu»*.

Todos fuimos bautizados en un cuerpo. Antes nos encontrábamos solos, pero ahora hemos sido bautizados, puestos dentro de un cuerpo y ese cuerpo es Cristo Jesús.

¿Cuál es la imagen correcta que debemos tener de nosotros mismos?

La imagen que debo tener de mí mismo es la visión que Dios tiene de mí. Yo tengo que mirarme a mí mismo con los ojos de Dios.

Efesios 1:3 *«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales **en Cristo**»*. El Padre nos bendijo en Cristo. ¿Cómo nos ve el Padre? ¡En Cristo! El versículo 4 dice: *«según nos escogió **en él** antes de la fundación del mundo»*. Notemos el modo en el que Dios nos concibió en su mente antes de la fundación del mundo. En el versículo 6 y 7 declara que nos escogió en él: *«para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos **en el Amado**, en quien tenemos redención»*. En Jesús, en el amado, tenemos redención.

En el capítulo 2 versículo 10 dice: *«Porque somos hechura suya, creados **en Cristo Jesús** para buenas obras»*.

El versículo 21 de este mismo capítulo declara: *«En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo».*

Veamos lo que Pablo afirma en el capítulo 4, versículo 1: *«Yo pues, preso* ***en el Señor****»*. Pablo se encuentra preso en Roma. Sin embargo, ¿cómo se visualiza a sí mismo? No se ve en una prisión. Es verdad que físicamente se encontraba allí. Pero esta es la imagen que Pablo tenía de sí mismo: ¡Estoy prisionero, sí, pero en el Señor! ¿Pablo dónde estás? Yo no estoy en Roma simplemente, no estoy en una prisión, yo estoy en el Señor.

Y así podríamos continuar. *«Ahora sois luz* ***en el Señor****…». «Hijos obedeced a vuestros padres* ***en el Señor****»*.

CON CRISTO

Romanos 6:6: *«Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente* ***con él****, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado»*. Cuando Jesús fue colgado en la cruz, otros dos ladrones fueron crucificados también, pero en cruces diferentes. Todo el mundo veía tres cruces y tres crucificados. Sin embargo el Padre, que era capaz de ver la dimensión espiritual que tenía aquel tremendo hecho, en la cruz del medio nos veía a ti y a mí clavados con Jesús. En la dimensión espiritual el Padre veía a millones y millones de crucificados, juntamente con su Hijo. Él veía nuestro viejo hombre crucificado con él. En griego la palabra crucificado tiene un prefijo, que en español podría traducirse de la siguiente manera:

«Nuestro viejo hombre fue co-crucificado con Jesús». (Algo parecido a la palabra coherederos, cooperadores, o colaboradores).

Jesús en la cruz no solo cargó nuestros pecados, sino que nos cargó a nosotros, con todo lo que éramos, con nuestra antigua vida. De modo que cuando él fue crucificado nosotros fuimos co-crucificados juntamente con él.

Siendo Dios, decidió hacerse hombre, ser uno con nosotros. Y siendo hombre eligió ser uno con nuestro viejo hombre y así se unió a él. Él se casó con nuestra vieja naturaleza. Fue hecho uno con nuestra naturaleza pecaminosa para ir a la cruz y crucificar allí al viejo hombre.

Cuando yo me casé me preguntaron: «Jorge, ¿aceptas a Silvia como tu esposa?». Yo contesté: «Sí, acepto». Después le preguntaron a ella: «Silvia, ¿aceptas a Jorge como tu marido?». Y ella respondió: «Sí, acepto». Y de ese modo se oficializó la alianza delante de Dios y de los hombres, así que de ahí en adelante somos uno. Del mismo modo el Padre le preguntó a Jesús: «Jesús, aceptas ser uno con Luciano, con Paula, con María, con Leticia, con Eduardo?». Y Jesús respondió: «Sí, acepto». «Pero ellos son pecadores, tienen una vieja naturaleza, aceptas ser uno con ellos de todos modos?». Y Jesús respondió: «Sí, acepto». Esa fue la decisión de Jesús. Cuando fuimos bautizados el Padre nos preguntó: «Julio, Pedro, Silvia, Graciela, María, ¿aceptas ser uno con Jesús?». Y nosotros respondimos: «Sí, acepto». Y luego fuimos bautizados y con aquella alianza se formalizó nuestra unión definitiva con Jesús.

Colosenses 2:12: *«Sepultados* ***con él*** *en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos»*. Por eso Pablo declara en Gálatas 2:20 lo siguiente: *«****Con Cristo*** *estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí»*.

Estamos muertos con Cristo Jesús. No tenemos por qué pecar. El pecado ya no tiene poder sobre nuestra vida. Fuimos libertados por la muerte de Jesús. La figura que Pablo usa en Romanos 6 es la figura de un amo y un esclavo. En ella el amo es el pecado y el esclavo somos nosotros. El pecado representa a un amo muy malvado, dominador, tirano, que nos obligaba a pecar compulsivamente. Antiguamente un esclavo no tenía posibilidad de ser liberado, no tenía recursos, ni dinero, no tenía voluntad, no podía huir. El esclavo solo contaba con una salida para ser libre de su amo: La muerte. Un día ese esclavo murió. El amo vino y le dijo: «¿Todavía estás durmiendo a esta hora de la mañana? ¡Levántate!». Pero el esclavo estaba muerto. «¡Vamos, ponte de pie!». Finalmente el amo se dio cuenta de que el esclavo no estaba durmiendo, sino que había muerto. El amo perdió toda autoridad sobre él. La muerte fue su liberación.

Nosotros no tenemos por qué obedecer más al antiguo amo, el pecado. Uno puede equivocarse, el enemigo intenta engañarnos, pero tenemos que aferrarnos a la Palabra de Dios y creer en la verdad. Declarémosle al pecado y a Satanás: «Estoy muerto con Cristo Jesús, estoy crucificado, ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí. ¡Soy libre!».

Muchos ignoran la Palabra, y por no tener claridad sobre estas verdades continúan sirviendo al antiguo amo. Si obedecemos nuevamente, nos estamos sometiendo innecesariamente. Nosotros estamos muertos con Jesús, crucificados con él, somos libres de la esclavitud del pecado.

No solo estamos muertos, también hemos resucitado con Jesús. Efesios 2:5–6: *«Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente* ***con Cristo*** *(por gracia sois salvos), y juntamente* ***con él*** *nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales* ***con Cristo Jesús****»*.

Y otra vez aparece esta frase, que en griego se usa con el prefijo: «con él nos co-resucitó y asimismo nos hizo co-sentar en los lugares celestiales con Cristo».

Eso significa que estamos muertos al pecado. La palabra muerte significa ruptura definitiva de relaciones. Nosotros en Cristo rompimos definitivamente todo vínculo con el pecado y juntamente con él hemos resucitado.

Tú eres una persona muerta y resucitada. ¿Dónde estas ahora? ¿En tu casa? ¿En tu lugar de trabajo? ¿O en cualquier otro sitio en este planeta? Físicamente, sí; pero espiritualmente estás con Jesús sentado en lugares celestiales a la derecha del Padre. Dónde está Jesús, estás tu con él. Somos inseparablemente uno con Jesús. Físicamente es imposible estar en dos lugares al

mismo tiempo porque la dimensión física tiene que ver con tiempo y espacio. Pero en la dimensión espiritual, estamos con el Señor en los lugares celestiales.

¿Sabes cuál es la diferencia entre unos y otros? ¡Pues, unos creen lo que Dios dice en su palabra, y otros dudan, pues en vez de creerle a Dios se complican con sus razonamientos. Se forjan una auto imagen a partir de su estado de ánimo, de sus emociones, de sus pensamientos. Consideran sus debilidades, sus limitaciones. Creámosle a Dios, a su palabra. Yo no soy aquello que siento, no soy lo que pienso ni lo que a mí me parece. **Soy aquello que Dios dice que soy. Estoy donde Dios dice que estoy**. No ando por vista, ni por razonamiento, vivo por fe. La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de las realidades que no se ven con los ojos humanos. La fe es creerle a Dios. Tomemos la decisión de creerle. El es digno de nuestra confianza.

CRISTO EN NOSOTROS

Gálatas 2:20: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas **vive Cristo en mí**».*

Colosenses 1:27: *«a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es **Cristo en vosotros**, la esperanza de gloria».*

Efesios 1:17–18: *«para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia **en los santos**».*

Esta es la riqueza de la gloria de su herencia que está en nosotros. Necesitamos revelación para comprender esa gloria.

¿Qué es gloria? Gloria es la manifestación visible de las virtudes invisibles de Dios. Cuando aquellas virtudes se manifiestan, la Biblia las llama **gloria**. Por eso los cielos cuentan la gloria de Dios. Nosotros podemos ver la gloria de Dios en una flor, en un pollito, en un bebé recién nacido, en un árbol, en la naturaleza. La tierra está llena de su gloria. Todo revela que Dios es grande y poderoso. Eso es gloria. Cuando el hombre ve la gloria de Dios queda tan maravillado que no logra explicar aquella maravilla y se la atribuye a Dios. Pero la máxima manifestación de la gloria de Dios es **Jesús**, el verbo que se hizo carne. Juan dice: «*Aquel Verbo fue hecho carne… y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre*». (Juan 1:14) Aquella grandeza, gracia, amor, y aquel poder de Dios se hizo carne, se volvió visible. Eso es gloria. Por eso la Biblia declara que Jesús es la imagen del Dios invisible. El Dios invisible se hizo visible a los hombres en Jesús. Él es el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia. (Hebreos 1:3)

En él (en Jesús) *habita corporalmente toda la plenitud de la de la deidad* (Colosenses 2:9). La totalidad del Padre se encuentra en el Hijo. Jesús es la máxima manifestación de la gloria de Dios. Para decirlo de un mejor modo, él es la manifestación total de la gloria de Dios.

Pues bien, la pregunta clave es: ¿Dónde está el Hijo? Pon tu mano en tu pecho y declara: ¡Está aquí! Está en ti, está en mí, está en nosotros.

Ese Jesús, en el que habita la plenitud del Padre con todas sus virtudes y atributos, ahora está en ti. Y Cristo en nosotros es la esperanza de gloria. Jesús está en nosotros, nosotros estamos en él, y con él. Jesús y nosotros somos uno.

Por favor, no digamos más que somos desventurados, débiles, pobres. No digas que no puedes. Ese es un lenguaje antiguo. Ahora somos uno con Jesús. ¿Puede Jesús ser rico y tú pobre? ¿Puede ser él poderoso y tú débil? ¿Puede él ser santo y tú pecador?

Que Dios abra los ojos de nuestro entendimiento, que recibamos espíritu de sabiduría y revelación para conocer las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.

Capítulo 13

SEGURIDAD

¿Cómo hablar de seguridad en una sociedad en la que cada día crece la inseguridad? Estamos rodeados de crímenes, asaltos, secuestros, violencia, ultrajes, ataques, robos, accidentes de tránsito, asesinatos, personas drogadas, locos, terroristas; también ocurren catástrofes naturales, terremotos, maremotos, tsunamis. Hay amenazas de guerras, de ataques nucleares y aún persecuciones. Cada año millares y millares mueran en el mundo por ser cristianos. También vivimos en medio de conflictos sociales; y el peligro de contaminación por enfermedades como el SIDA atemoriza a mucha gente. Lo mismo sucede con la posibilidad de desarrollar un cáncer o contraer otro tipo de enfermedades con la llegada de nuevas epidemias. La lista es larga.

LAS SIETE TROMPETAS DEL APOCALIPSIS

Pero todo lo que hemos dicho no es nada si la comparamos con lo que dice Apocalipsis en los capítulos 8 al 11, sobre las siete trompetas.

Cuando suena la primera trompeta dice que caerá sobre la tierra granizo y fuego, y en un tercio de la tierra la hierba se secará.

Cuando suene la segunda trompeta, una gran montaña ardiendo caerá en el mar y un tercio de los peces del mar morirán; una tercera parte de los navíos se hundirán.

Cuando suene la tercer trompeta, una gran estrella ardiendo caerá sobre las aguas potables y ellas se contaminarán y muchos morirán por esa causa.

A la cuarta trompeta un tercio del sol y de las estrellas se oscurecerán trayendo consigo consecuencias inimaginables.

En la quinta trompeta, caerá una estrella, que según la descripción podría tratarse de un principado que posee la llave del pozo del abismo, y al abrirlo liberará langostas con los poderes del escorpión. Seguirá una invasión de demonios sobre el mundo que por cinco meses tendrán poder para herir a los hombres, y ellos en su desesperación, buscarán la muerte y no la hallarán.

A la sexta trompeta, cuatro ángeles, junto al Éufrates, en la región de Irán e Irak, serán desatados y se levantará un ejército de doscientos millones de personas y habrá una guerra tal que un tercio de la población mundial morirá. Pero no nos preocupemos, pues existe una séptima trompeta,

Y cuando suene esa séptima trompeta, dice Apocalipsis 11:15: *«El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos»*.

Y alguno me dirá: Jorge, ¿y con todo este panorama tú hablas de seguridad?

¡Sí, hablo de seguridad!

La seguridad no depende de lo que suceda o deje de suceder en nuestro entorno sino en nuestro interior. Nosotros nunca seremos capaces de controlar las cosas que suceden fuera de nosotros. Pero pase lo que pase, sabemos que hay alguien que está sentado en el trono y que tiene todo bajo control. El problema de la inseguridad o de la seguridad está en nuestro interior. En ese miedo que sentimos, en la angustia, en la ansiedad y la desesperación, en el pánico por las cosas que ocurren o que pueden llegar a suceder. Jesús no nos dijo que en el mundo nunca tendríamos aflicción. Al contrario, él dijo: «*En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo*» (Juan 16:33).

Y aun más, en Mateo 10:28, nos dice: *«Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno»*.

El que puede destruir nuestra alma y cuerpo en el infierno es el pecado. Tenemos que temer al pecado. Debemos tener temor de Dios para no pecar. Fuera de eso, debemos liberarnos de cualquier otro temor, aun del temor a la muerte. Nunca seremos personas totalmente libres si no solucionamos el tema de la muerte. Debemos asumir la realidad de que somos mortales. Tarde o temprano nuestros días llegarán a su fin. Y es preciso que seamos libres del temor a la muerte. Pues muchas cosas terribles pueden suceder. No sabemos si esas trompetas se oirán en nuestros días, en los días de nuestros hijos, de nuestros nietos, o en alguna generación futura. De modo que tenemos que estar preparados, y vivir libres de todo temor, ansiedad,

miedo y pánico y movernos en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Tenemos que tener seguridad interior para ser personas libres y victoriosas como Dios quiere.

Hay una porción de la Biblia que sería muy bueno que aprendiéramos de memoria. Me refiero a Romanos 8:28–39. Son doce versículos poderosos. Te animo de todo corazón a que los aprendas con paciencia, versículo por versículo. Son verdades tremendas que necesitamos creerlas y tenerlas siempre presente en nuestra mente y corazón, de ese modo seremos libres a través de la Palabra de Dios.

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.

Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?

¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo;

Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

En estos doce versículos hay **diez verdades gloriosas** que tenemos que conocer, creer, abrazar y proclamar con todo nuestro corazón.

PRIMERA VERDAD:

Todas las cosas están bajo el control de Dios

Esto se deduce del versículo 28, cuando dice: *«Y sabemos que… todas las cosas»*. Él está en el trono y está sentado, tranquilo. Ni siquiera tiene que ponerse de pie. Él reina. Tiene control y dominio sobre toda situación. El libro de Apocalipsis fue escrito justamente para enseñar a la

iglesia las cosas difíciles que vendrían sobre el mundo, sin embargo en todo el libro de Apocalipsis la figura dominante es aquel que está sentado en el trono y reina, y al que le pertenece la victoria final y definitiva. Todas las cosas están bajo el control del Señor. Y cuando leemos *todas las cosas*, por favor no excluyamos nada.

SEGUNDA VERDAD:

Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de los que lo aman

El versículo 28 no dice que todas las cosas son buenas. ¡Definitivamente no es así! Existen crímenes, abusos, guerras, tragedias, que para nada son buenos. Hay cosas horribles que suceden en el mundo. Solo Dios, en su gran sabiduría y soberanía puede reciclar las cosas negativas y utilizarlas, encaminarlas para el bien de los que le aman.

Tenemos que creer en esta verdad con todo nuestro corazón, aun cuando nos toque atravesar por situaciones muy dolorosas, aun cuando sea preciso llorar: *«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados»*. Aun cuando nos toque sufrir. Jesús también sufrió. Dios usará ese sufrimiento para purificar nuestra vida de una manera extraordinaria. Hay cosas que solo se logran purificar con el fuego del sufrimiento. Dios está buscando el bien supremo de cada uno de nosotros. Él permite que algunas cosas difíciles, a veces terribles, sucedan, pero nuestro corazón debe permanecer tranquilo y en paz porque estamos convencidos de que todas las cosas ayudan para el bien de aquellos que aman a Dios.

TERCERA VERDAD:

Dios tiene un propósito en todo lo que nos sucede: formarnos a la imagen de su Hijo

Versículos 28–29. Ante una tragedia, un accidente, un crimen, la muerte o una dificultad grave, muchas veces nos preguntamos: «¿De qué modo esto puede contribuir a mi bien? ¡Si se trata de una tragedia!». Esta es la respuesta: Dios tiene un propósito. Todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios, los que conforme a su propósito son llamados. ¿Cuál es ese propósito? Transformarnos hasta que lleguemos a ser conformados a la imagen de su Hijo. La Palabra dice que el propio Cristo tuvo que padecer para aprender la obediencia. Si él, siendo Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia, que nos queda a nosotros; no somos mejores que él. La meta de Dios es formarnos a la imagen de su Hijo. Entonces cuando dice que todo ayuda para bien, no se trata de nuestro bien temporal sino de nuestro bien eterno: el formar en nosotros la imagen de su Hijo Jesús.

CUARTA VERDAD:

El plan de Dios para nuestras vidas está garantizado

Versículo 30: *«Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó»*. Aquí no dice *glorificará*, sino «*glorificó*». Mucho antes de la fundación del mundo Dios nos conoció y nos predestinó, nos dio un destino de antemano. Su propósito es tener una familia de muchos hijos semejantes a Jesús. Y él, en su soberana gracia, está realizando en la historia lo que planeó millares de años antes. *Y a los que predestinó, a estos también llamó*. Y al creer, fuimos justificados. *Y a los que justificó a estos también glorificó*. Solo falta la glorificación de nuestros cuerpos. Porque ya hemos dicho que la riqueza de su gloria está en nosotros, y que en espíritu ya hemos sido glorificados y estamos sentados con Jesús en lugares celestiales.

La concreción del plan de Dios está garantizada para nuestra vida. Nada podrá impedir la realización de su propósito.

DIOS ESTÁ DE NUESTRO LADO ¿QUIÉN SE OPONDRÁ?

Versículo 31. Dios es por nosotros. Pablo preguntó: Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? La respuesta fue un silencio absoluto. Nadie se presentó. Ni siquiera Satanás. Estamos en el equipo de Dios, en el equipo vencedor. No hay nada de qué preocuparnos. El Rey de reyes, el Señor de señores es por nosotros. El Todopoderoso está de nuestro lado. No temamos a Satanás. Él es el que tiene que temblar delante de nosotros. La Biblia nunca dice: «Huyan del diablo», sino «Resistid al diablo y él huirá de vosotros». Él es el que tiene que huir. Cuando uno declara: «¡En el nombre de Jesús, vete Satanás!». El diablo huye de nosotros.

SEXTA VERDAD:

Dios promete darnos con Cristo todas las cosas

El versículo 32 dice: *«El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?»*. Todo lo que necesitamos Dios nos lo dará. Está garantizado.

SÉPTIMA VERDAD:

Nadie nos podrá acusar ni condenar, pues Cristo murió por nosotros, y hoy, a la diestra del Padre, intercede por nosotros

Yo sé que tú no eres perfecto, que a veces pecas. Yo también. Y cuando pecamos el enemigo aprovecha para acusarnos diciendo: «Estás en pecado».

En primer lugar Dios dice que no pequemos. Pero si pecamos, confesemos nuestro pecado y apartémonos de él. De otro modo le estaremos dando ventaja al enemigo, el acusador. Si confesamos nuestros pecados, la sangre de Jesús nos limpia. Delante de la sangre de Jesús el acusador retrocede no puede traspasar la sangre de Cristo. *«¿Quién acusará a los escogidos de*

Dios? Dios es el que justifica». El diablo se aproxima a Dios y le dice: «Dios, ¿cómo bendices a Jorge? ¿No te acuerdas de lo que él hizo ayer? Y Dios le responde al diablo: «No, no me acuerdo». La Biblia dice que en el nuevo pacto Dios perdona nuestros pecados y nunca más se acuerda de ellos (Hebreos 8:12). *«¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros»*. Jesús resucitado es nuestro abogado a la diestra del Padre. Nuestra causa está en sus manos. La deuda ha sido cancelada. Nuestra foja tiene un sello rojo con la sangre de Jesús que dice: **deuda cancelada, deuda pagada**. ¿Quién la canceló? El Hijo de Dios.

OCTAVA VERDAD:

Ninguna adversidad nos podrá separar del amor de Cristo

Versículos 35–36. Pablo pregunta: «*¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?*» ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Cuál es la respuesta? **¡Nadie!** Y aquí menciona una cosa interesante: «*Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero*».

En Argentina se crían ovejas en el sur del país, y en la zona central, vacas. Cuando uno pasa por esos campos, a veces ve que han amontonado a los animales para subirlos a los camiones y llevarlos al matadero. El pasaje que leímos dice que nosotros somos contados como ovejas de matadero. Estamos en la fila de los que morirán. No sé cuando será, pero yo estoy listo. Me considero a mí mismo en esa fila. Tarde o temprano moriremos. Si somos capaces de asumir nuestra propia muerte, vamos a vivir libres del temor de la muerte. Por ejemplo: El médico nos diagnostica un cáncer. Podemos llorar uno o dos días, pero, ¿qué es el cáncer? No vivas con miedo. Morir de cáncer o en un accidente hoy o mañana o de aquí a treinta años, ante la eternidad no hay mucha diferencia. De aquí a cinco millones de años ¿qué importancia pueden tener treinta años antes o después?

Para ser testigos valientes del Señor debemos vivir libres del temor a la muerte. ¡Considérate como oveja de matadero! Tienes que resolver este asunto en tu vida cuanto antes. No le tengas temor a nada en la vida. A ningún sufrimiento o tribulación; ni siquiera a la muerte.

NOVENA VERDAD:

En toda circunstancia somos más que vencedores por medio de Jesucristo

Versículo 37: *«Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores»*. ¿Qué significa ser más que vencedores? Yo comprendo bien lo que es ser vencedor. Viene la prueba, uno tambalea, pasa por momentos difíciles, pero finalmente vence. ¿Pero qué significa ser «más que vencedor»? Que cuando aquella prueba termine, quedaremos mejor que antes de la prueba. La prueba nos

ayudó a crecer, a ser edificados, santificados. Aprendimos, conocimos más a Dios. ¡Gracias a Dios por la prueba! *Somos **más** que vencedores por medio de aquel que nos amó»*.

DÉCIMA VERDAD:

Nada ni nadie nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor Nuestro

Nada ni nadie en el Universo puede separarnos de él. *«Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro»*. Aquí no dice que nada puede separarnos de nuestro amor por Dios. Nuestro amor a veces fluctúa. Aquí habla de *«separarnos del amor de Dios»*. Del amor que Dios tiene por nosotros. Ahora quiero hacer una pregunta: ¿tienes completa certeza de que Dios te ama? Puede suceder lo que tenga que suceder, pero nunca dudes del amor de Dios por tí. Ten seguridad.

Nuevamente mi recomendación es que aprendamos de memoria Romanos 8:28–39; creámoslo con todo nuestro corazón y proclamemos estas verdades. Recordemos que el poder está en nuestra boca.

Capítulo 14

CONFIANZA

¿En qué se fundamenta la confianza? En la seguridad de que Cristo está en mí. Pablo dice:

> *Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*. (Gálatas 2:20)

El que no tiene confianza en sí mismo es incapaz de hacer muchas cosas, porque se siente atado por su timidez, por su cobardía. Se menosprecia: «No puedo, no sirvo, soy un inútil».

> *No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio*. (2 Timoteo 1:7)

Mi confianza no se basa en mi mismo sino en la verdad de que Cristo vive en mí. Pues cuando en mis fuerzas me propongo no pecar, vuelvo a pecar. Procuro hacer lo bueno y no lo

logro. Lo compruebo una y otra vez. Pablo lo expresó así: «*Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago*». (Romanos 7:19)

Separado de Cristo no tienes posibilidad de vivir bien. Pero en Cristo es otra cosa. Dios te dio el poder del Espíritu Santo.

Se puede resumir esa **confianza** en dos expresiones: tú tienes poder y autoridad. Debes confiar en aquello que Dios te dio. Él te proporcionó el poder del Espíritu Santo; el mismo poder que resucitó a Jesús de entre los muertos está en ti. Él te confirió autoridad. Tienes poder y autoridad para vivir según la voluntad de Dios. Poder para dar testimonio de Jesús en todo lugar. Por eso Pablo declara: «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*». Todo lo puedo en aquel que me da sus fuerzas. Tienes que tener confianza en ti mismo en Cristo. No en tus propias fuerzas, sino en sus fuerzas que están en ti.

Rechacemos toda expresión negativa que el enemigo haya colocado en nosotros, como «no sirvo»,«soy incapaz», «soy incompetente».

Tú estás en condiciones de proclamar: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece». Puedes amar, porque no eres tú el que ama, sino Cristo que ama en ti. Puedes testificar, puedes perdonar al que te ofende, puedes orar, puedes confesar tus pecados con humildad, puedes servir, ser paciente, ser mejor esposo o esposa, mejor padre, mejor madre. Todo lo puedes en Cristo. Puedes tener dominio propio, puedes ser fiel al Señor, ser buen hijo o hija, ser manso y humilde, ser generoso. Puedes vivir feliz, dar gracias siempre y por todo, compartir con el necesitado, vencer la tentación, tener victoria sobre el diablo, vencer la mentira, vivir en el Espíritu. Puedes derrotar principados y potestades en el nombre del Señor.

En Cristo, todo lo puedes porque él te da su fuerza.

Las siguientes cuatro piedras son fundamentales en la edificación de nuestro ser interior. Al afirmar nuestra nueva **identidad** en Cristo; al tener una buena **autoestima**; al tener **seguridad** y **confianza** plena en el Señor; nuestro carácter se transformará, nuestra personalidad mejorará en el poder del Espíritu Santo. Y un carácter transformado determinará una conducta santa como agrada al Señor.

QUINTA PARTE

EL PODER DE LA VERDAD

Capítulo 15

EDIFICAR LA MENTE CON LA VERDAD

Hay muchas personas que, aunque pasan por diversas experiencias, nunca entran en una firme edificación con la verdad. Este es un punto de vital importancia para gozar de salud interior.

Si queremos alcanzar una vida espiritual robusta y plena, tenemos que tomarnos de la palabra de Dios, aferrarnos a ella.

Cuando la mente no está edificada conforme a la verdad de Jesucristo, resulta como una casa semidestruída, sin puertas ni ventanas; murciélagos, aves y alimañas entran y salen cuando quieren. Aunque logremos sacarlos, regresan si no cerramos las aberturas.

La mente no tiene que ser edificada con simples conocimientos humanos, sino con la verdad que está en Jesús. Muchas veces observamos que algunos confían más en las técnicas psicológicas que en la verdad de Dios para ser sanados. Yo quiero reafirmar el valor de la Palabra de Dios, la que constituye una terapia completa y profunda para el espíritu humano. No necesitamos remitirnos repetidas veces al pasado ni revolver viejas situaciones, sino exponernos a la Palabra específica de Dios que tiene que ver con nuestro problema, y creerla.

Cristo dijo que él edificaría su iglesia, una iglesia contra la que ni aun las puertas del infierno prevalecerían. ¿Cómo puede ser, entonces, que si nosotros constituimos esa iglesia, cada vientito que sople haga que sea necesario apuntalar muchas vidas? No es posible que al dejar de visitar a los hermanos por un breve tiempo los encontremos luego amargados, derrumbados, en derrota. La iglesia a la que Cristo alude está edificada sobre un fundamento firme y estable, con piedras bien encajadas entre sí, de tal manera que aunque todo el ejército del infierno arremetiera contra ella, no podría prevalecer.

¡Qué panorama distinto se observa a veces en las vidas y en las congregaciones! No hace falta que todo el ejército del infierno avance contra ellas. Con que un diablito raso les inserte alguna mentira, basta. Muchas vidas se encuentran en un equilibrio inestable y hasta una leve brisa las voltea. Dios promete edificar una iglesia tal que ni el infierno, ni los demonios, ni el mismo Satanás, ni problemas, ni tribulaciones, ni ángeles, ni lo presente, ni lo por venir, ni ninguna cosa creada pueda destruirla. Esta será la gloria de Jesucristo: tomar hombres pecadores, mortales y débiles para transformarlos, limpiarlos y llenarlos de la verdad, aun cuando sigan siendo vasos de barro. ¡Bendito sea su nombre!

En Efesios 4:11–25 Pablo señala que el Señor estableció ministerios en la iglesia para perfeccionar a los santos para que ellos también realicen la obra del ministerio. La función de

un apóstol, de un profeta, de un evangelista o de un pastor no es simplemente predicar, sino «perfeccionar a los santos para la obra del ministerio» (v.12). O sea, formarlos como obreros:

> *A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que* ***siguiendo la verdad en amor****, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo*. (Efesios 4:12–15)

¿Cómo se realiza la edificación del cuerpo? Siguiendo la verdad de Dios en amor. Verdad mezclada con amor. No un enunciado teológico o filosófico, sino una verdad de carácter espiritual. Luego recalca el apóstol:

> *De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor* (v.16)

¿Qué es lo que pasa por las coyunturas? ¿Qué es lo que se suministra a través de ellas para que el cuerpo se edifique? La verdad de Dios.

> *Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente*. (v.17)

Andar significa actuar. Tiene que ver con la conducta. ¿En qué andan los que no creen en Dios? En la vanidad de su mente. Uno vive de acuerdo con lo que tiene en su mente. Eso determina el comportamiento. La Biblia de Jerusalén utiliza la expresión «en la vaciedad de su mente». La mente de los incrédulos está vacía. Vacía de luz, por lo tanto tienen el entendimiento entenebrecido, oscurecido. Como su mente está en oscuridad, así viven, así andan, ajenos a la vida de Dios por su ignorancia. Ignorancia es ausencia de conocimiento, ausencia de verdad. Pablo acaba de señalar:

> *hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios*. (v.13)

La iglesia se edifica en la medida en que va conociendo al Hijo de Dios y apropiándose de la verdad que está en él.

En los incrédulos, la ignorancia es causada por su dureza. No conocen la vida. Han perdido toda sensibilidad, toda conciencia. Están entregados a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. ¿Por qué? Por la ignorancia. Pablo declara en el v. 20: «*Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo*». No dice «no habéis aprendido de Cristo» sino «a Cristo». Aprender a Cristo es aprender la verdad. Cuando uno aprende la verdad que está en Jesús,

aprende a Cristo y no solamente de Cristo. «*Si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús*» (v. 21).

«*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos*» (v. 22). La vieja naturaleza tiene una mente vieja. Es carnal porque lo ha heredado de Adán. «*Lo que es nacido de la carne, carne es*» (Juan 3:6) y por lo tanto tiene una mente carnal. Precisamos despojarnos de la vieja naturaleza «*que está viciada conforme a los deseos engañosos*» (v. 22).

Luego enfatiza Pablo: «*Y renovaos en el espíritu de vuestra mente*» (v. 23). Hay un espíritu nuevo que se tiene que formar en nuestra mente. Pablo señala en 1 Corintios 2:16 que «*tenemos la mente de Cristo*». No que todos los cristianos tengan la mente de Cristo, sino los espirituales. Porque a los corintios les dice: Ustedes todavía son niños. Hay peleas, enemistades, divisiones, celos, contiendas, carnalidad, y se comportan como los incrédulos.

El hombre natural no entiende las cosas del Espíritu. Al decir Pablo que tenemos la mente de Cristo, indica que es preciso desechar nuestra propia mente carnal. Cuando Cristo clavó nuestro viejo hombre en la cruz; no crucificó solamente el cuerpo de pecado sino todo el ser, que incluye la vieja naturaleza. «*Despojaos del viejo hombre … y vestíos del nuevo hombre*» (vv. 22, 24).

Necesitamos una limpieza. Tenemos que despojarnos de aquello que traemos por herencia natural. Nuestra vieja naturaleza es aliada de Satanás porque fue contaminada en Adán y Eva por la introducción de una mentira, lo que entenebreció todo nuestro entendimiento. Por eso la mente carnal tiene afinidad con el diablo. Él la usa como aliada para atarnos, esclavizarnos, arruinarnos y paralizarnos.

> *Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.* (v. 24)

La nueva naturaleza se crea en nosotros a través de la justicia y santidad de la verdad. Y comienza a formarse una nueva mente, la que modifica nuestra manera de vivir.

El versículo 25 es clave:

> *Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.*

Una lectura superficial del texto nos llevaría a pensar que exhorta simplemente a no mentir, pero esto tiene una implicancia mucho mayor. El sentido más concreto y esencial es desechar la mentira cuyo origen es Satanás. No se trata de la mentira que yo pronuncio para engañar a otros sino de la mentira que el diablo me dice a mí y yo creo y repito. El primer engañado soy yo. Pero luego la trasmito a otros y los contamino también. Cuando creo esa mentira e ignoro la verdad, Satanás me ata. Me dice: «Tú no puedes». Yo le creo y digo: «La verdad es que no puedo».

Mucho de lo que pensamos, decimos y vivimos está fundamentado en mentiras que nacen de Satanás. Nuestra mente se acostumbra a oírlas, creerlas y hablarlas. Y ellas determinan luego nuestra conducta. La verdad que está en Jesús no es un enunciado teológico o una explicación. Es una palabra poderosa. Tiene carácter y confiere carácter a la vida. Cristo dice: «*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*» (Juan 14:6). Él no es 33% camino, 33% verdad y 33% vida. Él es 100% camino, 100% verdad y 100% vida.

Esta verdad es un camino, es el camino de Dios que debemos seguir. En la medida que avanzamos en el conocimiento de la verdad, conocemos a Cristo y esta verdad nos otorga vida. Si recibes algo que crees que es de Dios, pero que no modifica tu manera de vivir, esa no es la verdad que está en Jesús.

Hay muchos que se infatúan en la vanidad de su mente, sin que se produzcan cambios en su vida. Toda verdad que venga a nosotros, toda revelación o luz que nos llegue, debe transformar nuestra manera de vivir, pues Jesucristo es verdad y vida.

Conocer esta manera de vivir es apropiarnos de la vida que está en Jesús.

> *Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo*. (Juan 1:17)

Y Jesús dijo:

> *Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres* (Juan 8:32)

La verdad tiene un poder liberador. Cuando alguien conoce la verdad, esta lo libera. La mentira esclaviza, subyuga, mata. El pasaje de San Juan agrega: «*Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres*» (Juan 8:36). Pero ¿quién es el que libera, la verdad o Cristo? Ambos son una misma cosa. Esta verdad es el Hijo. Esta verdad es el verbo de Dios que se hizo carne y fue revelado por el Espíritu.

Cuando un cuarto está a oscuras, no procuramos sacar las tinieblas sino que abrimos la ventana y dejamos penetrar la luz. La oscuridad se va cuando entra la luz. Así también cuando la mente entenebrecida recibe un rayo de la vida de Jesucristo, comienzan a disiparse sus tinieblas. Cristo pidió al Padre:

> *Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad*.

Cristo se refiere a una operación espiritual, la santificación, que se realiza por medio de la verdad.

Dios quiere restaurar su iglesia en base a la verdad. Pablo señala este propósito divino al escribir a Timoteo:

> *Esto te escribo … para que … sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad*. (1 Timoteo 3:14–15)

¿Qué es la iglesia? Un pueblo, una comunidad. Y Pablo afirma que en medio de un mundo de tinieblas la iglesia es «columna y baluarte de la verdad». Afuera domina la mentira, pero dentro mora la verdad de Dios. La iglesia es columna, lo que habla de solidez, de estabilidad, de firmeza. La iglesia es también fundamento de la verdad.

Es importante que sepamos que no todo lo que viene a nuestra mente tiene origen en nosotros. El mundo vive una mezcla de luz y tinieblas en lo espiritual, con predominio de la oscuridad. Dios desea separar en nosotros la luz de las tinieblas.

En el universo hay dos ondas que trasmiten continuamente. Una es la de la mentira; su estación trasmisora está en el mismo infierno y es operada por Satanás y sus espíritus mentirosos, que buscan crear una corriente de ideas y pensamientos fundamentada en la mentira. Hay mentiras que Satanás coloca individualmente en algunos, y mentiras colectivas que introduce en la sociedad. Dios quiere destruirlas a través de la iglesia. Pablo subraya este propósito divino:

> *Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales*. (Efesios 3:10)

La iglesia no solo tiene la responsabilidad de apropiar para sí la verdad, sino de limpiar este universo de la mentira y de la obra destructora de Satanás.

La otra onda que está en permanente emisión es la de Dios, a través de la frecuencia del Espíritu Santo. Su mensaje es la verdad. El mundo no la puede oír ni percibir. Nosotros sí. Cristo prometió a sus discípulos:

> *Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad*. (Juan 16:13)

Y Juan afirmó al respecto:

> *Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros … la unción … es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado*. (1 Juan 2:27)

Dios trasmite en una sola onda, la del Espíritu de verdad.

Nosotros podemos sintonizar una u otra frecuencia. Debemos tener esto claro. Algunos creen que por ser cristianos su mente no puede recibir mensajes del diablo, y se atribuyen ciertos pensamientos que los invaden, cuando hay un responsable que los coloca allí. Muy pocas veces tomamos conciencia de esto. Pablo declaró: «*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*» (Romanos 8:14). ¿Pero cuántos hijos de Dios no reconocen la guía del Espíritu porque no han desarrollado sensibilidad para percibirla? El bautismo del Espíritu Santo no solo nos capacita para hablar en lenguas, sino para captar la onda del Espíritu y vivir conforme a ella.

Jesús les preguntó a sus discípulos:

¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?

Pedro sintonizó y respondió:

Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

Dijo la verdad. Para que no se envaneciera, Jesús le señaló:

> *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos*. (Mateo 16:13–17)

Pedro se sentía satisfecho por la revelación que había recibido.

Muy poco después, Jesús comenzó a preparar a sus discípulos para su muerte. Les dijo que:

> *Le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.*

Pedro le reconvino:

> *Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca.*

Cristo no le respondió: «Pedro, estás equivocado», sino:

> *¡Quítate de delante de mí, Satanás!* (Mateo 16:21–23)

¿Cómo Satanás? Pedro pensaba que había sido una ocurrencia suya.

Lo que decimos procede de la verdad de Dios o de la mentira del diablo. Todo lo que pensamos tiene su origen en una de estas dos fuentes.

Nosotros no somos deudores a la carne, para vivir conforme a la carne. Cristo nos dio su Espíritu para que ya no vivamos conforme a la carne sino conforme al espíritu. La mente carnal no puede captar lo que viene del espíritu. La mentalidad pecaminosa, según Pablo «*no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede*» (Romanos 8:7).

Cuando comunicamos una verdad no esperemos que la gente la comprenda con su vieja naturaleza, con su capacidad de razonamiento e inteligencia natural. No se puede. El Espíritu comunica a nuestro espíritu y va creando en nosotros una nueva mente, la mente de Cristo. Conforme a esa verdad que se arraiga en nosotros comienza a formarse el nuevo hombre «*creado a imagen de Dios en verdadera justicia y santidad*» (Efesios 4:24 NVI).

> *Hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros*. (Efesios 4:25)

¡Cuidado con lo que le dices a tu prójimo! Desecha la onda mentirosa si es que estás sintonizado con ella. Porque cuando sintonizas las mentiras de Satanás y hablas con tu

hermano, como él es miembro del mismo cuerpo que tú, lo contaminas. Lo que dices a tu prójimo, lo edifica o lo contamina. Si es la verdad de Cristo, lo edifica.

¿Qué conversas en tu casa con tu esposa, con tus hijos? Deja que la luz separe la mentira de la verdad.

Lo que hablamos, eso es lo que vivimos. A veces, en broma decimos algunas mentiras. Hay que desechar la necedad, las vanas palabras. El buen humor no atenta contra la vida cristiana, pero la liviandad, las burlas y las mentiras, sí. Hay mucho de mentira en nuestras bromas y chistes. Quizá no intentamos engañar y el otro lo sabe, pero no lo edificamos y hablamos lo que no conviene. También salen muchas mentiras de nuestra boca cuando nos enojamos. ¡Decimos cada cosa!

Si lo que yo hablo no es Cristo, es mentira. Por ejemplo, llego a mi casa y digo: «No doy más». ¡Mentira! Puedo decir que estoy cansado pero no que no doy más, porque la mentira me ata. Me condiciona.

Aun podemos orar sintonizando la mentira. Muchas veces salimos del cuarto de oración peor de lo que estábamos cuando entramos, porque no estuvimos en comunión con el Espíritu de verdad. Creemos que es un gran acto de sinceridad y de honestidad decir ciertas cosas. No es así. Dios da gracia a los humildes, no a los mentirosos.

Cuidado con lo que enseñamos. Cuidado con lo que predicamos. Debemos estar seguros de que es la verdad de Dios. Aun en la persona más espiritual puede colarse un espíritu de error y trasmitir lo que no es palabra de Dios y que luego produce condenación, confusión y amargura.

Cuando escuchamos una predicación debemos examinar todo y retener lo bueno. Cuando alguien habla algo errado, déjalo pasar. Retén solo lo bueno.

Necesitamos ser sensibles al testimonio del espíritu. No condicionemos el testimonio del Espíritu a nuestra comprensión. Hay muchas cosas que yo no entiendo, pero mi espíritu dice amén.

No entiendo, por ejemplo, cómo es que todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios. Pienso en aquel matrimonio que teniendo un único hijo, al año y medio fallece. Saben que no podrá venir otro y se sienten despojados de lo más valioso que poseían en la vida. Mi mente no lo entiende. Tampoco intento comprenderlo. Cuando escucho la verdad: «*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*» (Romanos 8:28), mi espíritu dice amén. Avanzamos por el amén al testimonio del Espíritu, no por razonamientos. Así se va formando una nueva mente.

Parte de la armadura de Dios es el casco de la salvación que cubre y protege nuestra mente y nos libra de los ataques del diablo (véase Efesios 6:10–17). Algunos entran a la lucha, a la guerra espiritual, sin su casco, desprotegidos. El enemigo apunta a la cabeza, pues si da en el

blanco destruye todo lo demás. Nunca pongas tu mente en estado pasivo porque eso es invitar a Satanás, es encender las luces de la pista de aterrizaje.

¿Cómo se pone la mente en estado pasivo? Por ejemplo, cuando la esposa que espera a su marido de vuelta en casa a las diez de la noche y él no regresa hasta las doce, deja que sus pensamientos sean arrastrados al temor: «Tal vez le haya sucedido algo». Pone su mente en estado de interrogación. Abre la mente a Satanás y él comienza a operar.¿Por qué ese temor? Porque no hay una verdad operando. La verdad dice: «*El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende*» (Salmo 34:7). La verdad dice que mi esposo es de Dios y él lo guarda. Ante cualquier circunstancia nuestro pensamiento debe volverse a la verdad de Dios, abrazarla, creerla.

Otra manera de permitir aterrizar al enemigo en nuestra mente es entrar en el terreno de las suposiciones. Ese es campo fértil para Satanás, y no corresponde a la verdad de Dios. La verdad no admite suposiciones. Dios reina, él sabe el pasado y el futuro y ordena los caminos del hombre conforme a su voluntad. No abramos la mente a un estado de pasividad, pues nos haremos daño y también haremos daño a los demás. Nuestra mente debe ser tenaz y activa: firme en la verdad de Dios. Nuestra mente debe estar sólidamente edificada con la verdad; así el enemigo no logrará perturbarnos con sus mentiras.

Por mucho tiempo hemos estado habituados a usar la mente carnal y vivir según los pensamientos de la vieja naturaleza. Cuando nos llega la luz de Dios discernimos que precisamos filtrar cada pensamiento que tenemos, cada palabra que pronunciamos. Nuestros labios pueden permanecer cerrados por momentos, pero nuestra mente no se detiene jamás. Aun cuando dormimos nuestro subconsciente sigue funcionando.

Nuestra mente puede ser una gran fuente de edificación o de destrucción. A veces nos invaden pensamientos perniciosos que nos destruyen. Otras veces, nuestra mente se vuelve un barco sin timón a merced de las olas. ¡Qué bueno es cuando nuestras palabras y nuestros pensamientos son gratos delante del Señor! (véase Salmo 19:14). Nuestra mente debe habituarse a pensar en la verdad y vivir en la verdad. Si aprendemos a controlar nuestros pensamientos, permitiendo que Dios gobierne sobre ellos, seremos muy fortalecidos por el ejercicio de andar en la verdad.

Leemos en Efesios 6:14: «*ceñidos vuestros lomos con la verdad*». Lo primero que el soldado colocaba sobre su cuerpo era un cinto o faja (que representa la verdad), que debía quedar bien ajustado, bien ceñido. Eso le daba firmeza. Los lomos representan la fuerza del hombre. Para tener fortaleza interior necesitamos ceñir nuestros pensamientos con la verdad de Dios cada día.

Ya que no todo lo que llega a nuestra mente proviene de Dios, hay una pregunta que nos ayuda a detectar la fuente: ¿Qué dice el Espíritu Santo? (pues el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu). Tenemos que aprender a discernir la voz del Espíritu. «*Los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios*». Dios nos ha dado el Espíritu para que entendamos

lo que nos quiere decir. Debemos acostumbrarnos a pensar con la nueva mente, que es la mente de Cristo. Aunque sea poco lo que hemos aprendido de Cristo, es necesario que lo usemos. Un hombre espiritual es alguien que diferencia claramente entre la mente de Cristo y su propia mente carnal. Esto es indicio de crecimiento.

Muchas veces hacemos planteos equivocados en nuestra vida, en nuestras oraciones y aun en nuestras predicaciones. Y de un planteo equivocado llegamos a conclusiones equivocadas. Tenemos ciertos dichos muy comunes que consideramos verdades.

Alguien que vive en derrota dice: «¡Qué va a hacer, estamos en la carne!» ¿Cuántas veces hemos escuchado: «*El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil*» (Mateo 26:41)?

Satanás sabe usar bien la Biblia. Si él lanzara sus mentiras en forma descarnada, ¿quién de nosotros las creería? Por eso las envuelve en un 90% de verdad. Si Satanás te diera un frasquito con cianuro, etiquetado «cianuro», ¿lo tomarías? No. Por eso él coloca el veneno dentro de una deliciosa torta de crema y chocolate. Tú la comes y te mueres. El enemigo es sutil. Usa artimañas diabólicas para engañar a los hombres y a tal fin se disfraza como ángel de luz. La única defensa segura consiste en apropiarnos de la verdad de Dios, de su Palabra.

¿Pero acaso no es verdad que estamos en la carne? No. La palabra carne tiene dos acepciones: una referida al viejo hombre y otra al cuerpo físico. Al viejo hombre Cristo lo tomó sobre sí y lo crucificó para que ya no anduviéramos conforme a la carne sino conforme al Espíritu. Por eso, «*aunque andamos en la carne, no militamos según la carne*» (2 Corintios 10:3). Pablo señala claramente: «*Por tanto, hermanos, tenemos una obligación, pero no es la de vivir conforme a la naturaleza pecaminosa*» (Romanos 8:12 NVI). A la carne no le debemos nada. «*Nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él* [Cristo], *para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado*» (Romanos 6:6 NVI). Cristo destruyó nuestra carne, nuestro viejo hombre, el cuerpo de pecado en la cruz. Para que ahora no vivamos más en la carne sino en el Espíritu. Ningún pasaje del Nuevo Testamento dice que podemos andar en la carne. Es la resignación que en derrota nos lleva a aceptar: «Qué vamos a hacer, estamos en la carne». Pablo declara con firmeza:

> *Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*. (Romanos 8:1–4)

Es decir que lo que era imposible antes de Cristo, él lo hizo posible. ¿Quién lo señala como imposible? El mentiroso. Cristo resucitado envió al Espíritu Santo para que la justicia de Dios

se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne sino conforme al Espíritu. Puedes decirle a la carne: «No te debo nada, Cristo me libró de ti».

Otro ejemplo: a veces algunos tienen confusión con respecto a la presencia de Jesús. Es un error sutil invitar a Cristo a venir para estar con nosotros cuando nos reunimos. Se parte de una base equivocada: que él no está allí. Pero su promesa es clara:

> *Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*. (Mateo 18:20)

¿Está o no? Si nos reunimos en su nombre él dice, «yo estoy». Toda reunión que parte de su ausencia arranca de una base mentirosa y puede derivar en frustración, desesperación, confusión, conflicto y aun en un sentimiento ilusorio de que al fin su presencia ha llegado. Nuestra fe debe apoyarse en la verdad.

Hay hermanos que oran: «Señor, quédate con nosotros», cuando Cristo dice: «Ya estoy». «*He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*» (Mateo 28:20). Si lo crees te vas a gozar en la presencia del Señor. Y si no, no la disfrutarás.

Muchas son las mentiras que Satanás intenta introducir sutilmente en nosotros para confundirnos. Necesitamos ejercitarnos en el uso de la verdad de Dios para contrarrestar sus ataques.

Capítulo 16

PROCLAMAR LA VERDAD

El nuevo pacto guarda un contraste marcado con el antiguo pacto, en el que Dios había escrito sobre piedras. *Haré nuevo pacto con la casa de Israel… Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón*. Jeremías 31:31–33. Hoy el Verbo encarnado y el Espíritu vivificante de Dios vienen para escribir sus leyes en nuestra mente y en nuestro corazón. En esta operación dinámica de Dios se manifiesta la gloria del nuevo pacto. Ya no se trata de la palabra fría escrita sobre piedra, de una letra que mata. Dios nos concede el Espíritu que vivifica, y él la convierte en una palabra que imparte vida, la vida de Jesucristo.

Cuando nada existía en el universo sino Dios, él habló y a su palabra surgió la creación. También en la redención hay una palabra creadora, no para producir estrellas o animales, sino para formar en nosotros la vida de Cristo. Para transformarnos a la imagen del que nos creó.

Para los judíos era muy importante grabar las palabras de Dios en la mente, y en tablas o en pergaminos. Dios les había dicho:

> *Por tanto, pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis como señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos. Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes*. (Deuteronomio 11:18–19)

Era la Palabra de Dios, pero faltaba la ministración del Espíritu, (pues Jesucristo aún no había muerto y resucitado; aún no había sido hecho espíritu vivificante).

Los judíos pusieron mucho empeño en cumplir el mandato del Señor. Tenían sinagogas por todas partes. Allí se enseñaba la Palabra de Dios por repetición a los niños, a los jóvenes, a las mujeres y a los hombres. Se insistía en la repetición porque no había imprenta ni muchos de los recursos con que contamos hoy. Así que necesariamente debían grabar todo en la mente y aprender de memoria.

Con el tiempo se volvió algo mecánico, artificial, sin vida. Pero en el nuevo pacto Dios dice: «*Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón*». A veces queremos obviar la mente para llegar directamente al corazón. Pero Dios no obvia el escribirla en la mente aunque el objetivo final sea el corazón; no se puede llegar allí sin pasar primero por la razón. Sucede como con la imprenta. Primero se colocan los tipos en la forma correcta y luego se bajan para imprimir. Dios tiene que acomodar los tipos en nuestra mente para que luego bajen a nuestro corazón.

En el día de Pentecostés, Pedro fue lleno del Espíritu Santo. Él no andaba por ahí con el rollo del profeta Joel debajo del brazo. Pero como buen judío, desde niño había aprendido las Escrituras. Alguna vez ese pasaje había entrado y había quedado en su mente. Llegado el momento, Pedro citó al profeta Joel:

> *Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo*. (Joel 2:28–32)

El Espíritu Santo tomó una escritura que Pedro tenía grabada en su mente y le dio vida para que fuese proclamada como palabra profética en el momento adecuado. Pedro no solamente citó a Joel. Al leer Hechos 2, observamos que hizo mención a los Salmos de David. El Espíritu le dio sentido a las Escrituras y las puso en su boca en el momento indicado.

En el nuevo pacto, Dios graba sus palabras en nuestra mente y en nuestro corazón. ¡Que Dios nos haga ministros competentes del nuevo pacto para que no trasmitamos letra sino vida!

Conviene recordar que durante quince siglos la iglesia no contó con una Biblia impresa para cada cristiano. Pablo instaba a los creyentes:

La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros. (Colosenses 3:16)

Cristo también dijo:

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. (Juan 15:7)

Necesitamos tomar una nueva actitud frente a la Palabra de Dios.

Juan 1:14 relata:

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros

Cristo dijo:

las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. (Juan 6:63)

Los apóstoles pasaron tres años y medio con él aprendiendo. Cristo les anunció que el Espíritu Santo vendría para enseñarles todas las cosas. El Espíritu descendió en Pentecostés y se reveló a los apóstoles y profetas. Ellos entonces empezaron a entender las Sagradas Escrituras, que cobraron un sentido más dinámico y real en Jesucristo. Comenzaron a predicar la palabra de Dios, que es Cristo. No dice que predicaban de Cristo sino que predicaban a Cristo. Cuando hablaban, Cristo entraba en las vidas por su ministración. Ellos se constituyeron en ministros del nuevo pacto. Cuando anunciaban la verdad, esta se vertía en los corazones, transformaba las vidas, edificaba las mentes, fortalecía la fe.

Pablo preguntó a los gálatas: *¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?* (Gálatas 3:2)

El *kerigma* (la proclama apostólica), cuyo contenido es Cristo fue anunciado por los apóstoles.

La iglesia nació por el *kerigma* apostólico. Pablo insiste en que nosotros somos «*edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas*» (Efesios 2:20) por el Espíritu.

La iglesia es una sola desde Pentecostés hasta la venida de Cristo. Dios reveló a los apóstoles el fundamento sobre el que edificaría la iglesia de todos los siglos. Nosotros no podemos tener un kerigma diferente al de los apóstoles; no podemos basarnos en un fundamento distinto. Sabiendo estas cosas, Pablo señaló:

Yo como perito arquitecto puse el fundamento … pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. (1 Corintios 3:10–11)

Nosotros estamos edificados sobre ese mismo fundamento.

¡Qué bendición es que cada uno de nosotros hoy pueda tener la Biblia y abrirla a cualquier hora del día para leerla y encontrar en ella la palabra del Señor!

Pablo dice que «*la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios*» (Romanos 10:17). No leas simplemente las Sagradas Escrituras; proclámalas con tu boca porque la fe viene por el oír. Cuando leas y te encuentres con una verdad, proclámala y te surgirá fe.

Hay una apropiación más eficaz de la verdad cuando oímos con fe. Tenemos que apropiarnos de la Palabra de Dios.

La espada del Espíritu no son las Sagradas Escrituras, sino la palabra de Dios. Tú no vas a ahuyentar ni a un solo demonio pegándole con la Biblia. Pero toma algún aspecto de la verdad, apréndela, créela en tu corazón, exprésala con tu boca en el Espíritu y verás a donde va a parar el demonio. La verdad tiene que transformarse en nuestra boca en palabra de Dios. La espada del Espíritu es la palabra; si no pronunciamos nada no hay palabra sino Escritura. La palabra de Dios tiene que cobrar un dinamismo espiritual en nosotros. La única arma de Satanás es la mentira. No tiene otra. ¿Cuál es la nuestra? La verdad proclamada, pronunciada. Es espada y la espada no se usa para espantar o correr a los demonios, sino para destruirlos, para deshacerlos.

En el Antiguo Testamento figura una oración que Moisés hacía cada vez que se levantaba el campamento. Cuando se alzaba el arca, Moisés levantaba sus manos y decía: «*Levántate, oh Jehová, y sean dispersados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen*» (Números 10:35). Esa es una oración del antiguo pacto. En el nuevo, Dios no promete dispersar a los enemigos sino aplastarlos bajo nuestros pies. Ahora nuestra función es subyugar a los enemigos bajo nuestros pies. Al inaugurar el nuevo pacto el Padre le dijo al Hijo: «*Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*» (Mateo 22:44). La iglesia es el cuerpo de Cristo. Nosotros estamos entre la planta de los pies y el cuello. Cristo es la cabeza, y si Dios ha de poner a los enemigos debajo de sus pies, los pondrá debajo de nuestros pies (véase Romanos 16:20). ¡Y para aplastar al enemigo el Señor nos ha dado la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios!

Dios escribe su verdad en nuestra mente y en nuestro corazón, y cuando la pronunciamos con la boca se transforma en *rhema* de Dios, proclama de Dios. Hay muchos creyentes que viven en un conflicto continuo con el demonio. Por momentos tienen victoria y por momentos derrota. Se vuelve una pelea interminable. ¿Y la victoria que el Señor ha prometido darnos? Por la palabra de Dios alcanzamos la victoria definitiva sobre Satanás. Un demonio tras otro caerá por la proclama de la verdad que salga de nuestros labios.

Watchman Nee dice en uno de sus libros que hay tres cosas que deben marchar en orden. La primera es la verdad, la segunda la fe y la tercera la experiencia. Él las compara a tres hombres que caminan sobre una cornisa. El que va adelante representa a la verdad, que nunca

se cae; luego sigue la fe y detrás de ella va la experiencia. Si la fe mira a la verdad, la experiencia la sigue, pero si se da vuelta para ver cómo sigue la experiencia, allí caen ambas, la fe y la experiencia. No mires a tu experiencia; pon tu mirada en lo que Dios dice, en la verdad, y pronto la experiencia te acompañará. *El justo por la fe vivirá*. (Gálatas 3:11)

Vivir tiene que ver con la experiencia, y esta depende de que la fe mire a la verdad, a la palabra de Dios. Cuando yo me detengo en mi experiencia para determinar por ella si la verdad de Dios es tal, caigo. La fe tiene que mirar con firmeza a la verdad.

Pablo llegó a una crisis saludable en su vida y la resolvió diciendo: «*sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso*» (Romanos 3:4). En ese *todo hombre* estaba incluido Pablo. Nuestra mente carnal es aliada del mentiroso. Muchas veces nos creemos más a nosotros que a Dios. Juzgamos la verdad de Dios por nuestra experiencia.

Fe no es simplemente creer en Dios, sino creerle a Dios.

> *Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia*. (Génesis 15:6)

¡Abraham le creyó! Dios le había dicho: «*Vete de tu tierra y de tu Parentela … y haré de ti una nación grande*» (Génesis 12:1–2), y él simplemente le creyó. Fe es creerle a Dios.

Santiago enseña: *Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan*. (Santiago 2:19)

Los demonios saben que Dios existe, no les cabe la menor duda. Hoy, el «creer en Dios» parece ser sinónimo de asentir en su existencia. Eso no es fe. Fe es creer lo que Dios dice. Y cuando le creemos entramos en la vida de fe, en la vida cristiana normal. «*El justo por la fe vivirá*».

En Hebreos 11 encontramos una lista de los grandes hombres de fe. No fueron grandes en ellos mismos; simplemente le creyeron a Dios. Él le dijo a Noé: «*Hazte un arca … y he aquí que yo traigo un diluvio*» (Génesis 6:14, 17). La mente natural no lo podía entender pues nunca había llovido sobre la tierra. Noé le creyó a Dios y puso su fe en acción; comenzó a construir el arca. Moisés, Abraham, Jacob le creyeron a Dios. ¿Crees tú lo que Dios te dice?

Tenemos que llegar a la misma conclusión que Pablo: «*sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso*». No voy a creerle a nadie, ni aun a mí; solo a él. No voy a procurar confirmar su verdad con mi experiencia, sino que su verdad modifique mi experiencia.

¿Qué elemento hace falta para alcanzar la vida victoriosa que el Señor ha prometido? Veamos:

> *Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe*. (1 Juan 5:4)

Cree lo que Dios dice y tendrás victoria. La fe viene por oír la palabra de Dios. Pero puedo oírla sin creerla y no me aprovecha. Hebreos 4:2 cuenta que a algunos: *No les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron*.

Al escuchar la palabra puedo cuestionarla; entonces no me sirve de nada.

El creer produce en nosotros edificación. No es un proceso repentino sino paulatino. Somos edificados en la medida en que creemos.

Quiero reiterar el consejo de Pedro a los predicadores, pastores y líderes: *Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios*. (1 Pedro 4:11)

No todo el que toma la Biblia y predica, ministra la palabra de Dios. A la Biblia se le han hecho decir muchas cosas. La Biblia no existe para confirmar lo que nosotros queremos decirle a la gente. Es nuestra obligación descubrir la verdad esencial, que es Cristo, y ministrar a los demás esa verdad.

En la experiencia de nuestra congregación esto nos ha llevado a valorar de un modo nuevo las Sagradas Escrituras, y a dar un lugar preponderante a la verdad y a la fe. Nuestra vida personal, nuestro hogar y nuestros discípulos han recibido el impacto.

Aun después del bautismo del Espíritu Santo nos costaba encontrar una motivación suficiente como para inspirar a los jóvenes a leer las Sagradas Escrituras en forma diaria. Pero el Señor nos dio esa motivación al descubrir la importancia de conocer y vivir la verdad.

Lee las Sagradas Escrituras. Trata de apropiar las verdades fundamentales. Escribe en una hoja las palabras que el Espíritu destaca en tu corazón y colócala en un sitio visible de la casa, para ir memorizándolas y luego proclamarlas durante todo el día. Esto te resultará una fuente de edificación personal.

Los hogares cambian cuando en vez de hablar trivialidades, se habla la palabra de Dios. Cuando en lugar de pensar en cualquier cosa nuestra mente está ocupada con las verdades del Señor.

Cuando voy en el automóvil, pongo delante de mí un papelito con una verdad de Dios, la repito y oro conforme a esa verdad. Cuando entra en mi mente y es vivificada por el Espíritu, se vuelve palabra de Dios en mi boca y comienza a edificarme. Visito algunas casas donde veo en la cocina, sostenidas por imanes a la heladera, proclamas de las verdades de Dios.

No es solo cuestión de aprender versículos de memoria. Se trata de hacerlas nuestras y proclamarlas con fe. Cada día una verdad.

Por ejemplo: *Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*. (Romanos 8:28)

Cuando nos apropiamos de esta palabra en el espíritu, muchos de nuestros problemas quedan resueltos.

Al viajar en la ruta, alguien sufre un accidente con su auto. ¿Qué hace? Si la verdad de Dios está bien implantada, desaparece la queja. Si cree como Dios dice que él «dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman», por lo único que tiene que preocuparse es por amar a Dios. Suceda lo que sucediere, dice: «Señor, ¡gloria a tu nombre!»

Esto no es pertinente únicamente para situaciones de mucha dificultad sino también para los pequeños inconvenientes diarios. Esta sola verdad le cierra un gran portón al diablo. La mamá cambia al bebé. Le pone pañales limpios, talco, perfume, y apenas lo coloca en la cuna se ensucia otra vez. ¿Qué hacer? La verdad de Dios instruye: «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman». La mamá se pregunta: «¿Y en qué ayuda para el bien? ¡No lo puedo entender!». La mente carnal es enemistad contra Dios. Él está interesado en formar nuestra vida y lo hace a través de cambiar pañales y lavar bebés. El Señor quiere enseñarnos paciencia, fe, dominio propio. Quiere que aprendamos a vivir en toda circunstancia con paz y calma. Y para lograrlo, usa todo lo que sucede. ¡Cuántos problemas se solucionan cuando amamos a Dios, y lo dejamos formarnos, sin quejas!

Cuando el enemigo quiere deprimirme y amargarme por algo que sucede, yo proclamo con mi boca la verdad: «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman».

Juan señala:

> *Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*. (1 Juan 1:7)

La palabra nos enseña a sacar a la luz todo lo oculto para que la sangre de Jesús nos limpie.

> *Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*. (1 Juan 1:9)

Si confesamos, él nos perdona. Cuando desconocemos esta verdad, Satanás nos mantiene en condenación.

Otros confiesan pero no saben que Dios los perdona, porque no conocen la verdad. Ante la pregunta: «¿Confesó su pecado?», responden:

—Sí, hermano.

—¿Y el Señor le perdonó?

—No lo sé.

Justamente por no saber están atados por el engaño del enemigo. Pero cuando conocen la verdad, la verdad los libera.

Pablo proclama: *Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*. (Filipenses 4:13)

Tú también debes proclamar: en Cristo todo lo puedo. No hay pecado que no pueda vencer. No hay circunstancia que tenga que atravesar sin victoria. «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*». Pero si miras tu experiencia, dirás: «No puedo. Lo intenté y no pude». No mires tu experiencia, mira la verdad y proclámala. Comienza a vivir por fe. La fe mueve montañas, la fe hace milagros, abre caminos imposibles. La fe todo lo puede.

No hay enemigo que no puedas vencer. No hay demonio que no puedas destruir. Para ello vístete de toda la armadura de Dios:

Cíñete con la **verdad**. Colócate la coraza de **justicia**. Cálzate con el **evangelio**. Toma el escudo de la **fe**. Ponte el casco de la **salvación**. Empuña la espada del Espíritu que es la **palabra de Dios**. Y proclama la palabra.

Nuestras armas son poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas. Cree en el poder de la palabra y proclámala. Derriba todo argumento, todo pensamiento que se oponga a la verdad de Dios. Captura todo pensamiento tuyo que sea contrario a Cristo. Captura toda mentira; átala con la verdad como a un prisionero. Mátala con la espada. Aplasta a tus enemigos bajo tus pies; acaba con ellos y canta como David:

Te amo, oh Jehová, fortaleza mía.
Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador;
Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré;
mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio.
Invocaré a Jehová, quien es digno de ser alabado,
y seré salvo de mis enemigos …
Porque ¿quién es Dios sino sólo Jehová?
¿Y qué roca hay fuera de nuestro Dios?
Dios es el que me ciñe de poder,
y quien hace perfecto mi camino;
quien hace mis pies como de ciervas,
y me hace estar firme sobre mis alturas;
quien adiestra mis manos para la batalla,
para entesar con mis brazos el arco de bronce.
Me diste asimismo el escudo de tu salvación;
tu diestra me sustentó,
y tu benignidad me ha engrandecido.
Ensanchaste mis pasos debajo de mí,
y mis pies no han resbalado.
Perseguí a mis enemigos, y los alcancé,
y no volví hasta acabarlos.
Los herí de modo que no se levantasen;
cayeron debajo de mis pies.

Pues me ceñiste de fuerzas para la pelea;
has humillado a mis enemigos debajo de mí.
(Salmo 18:1–3, 31–39)